El libro salvaje

JUAN VILLORO

ILUSTRADO POR
GABRIEL MARTÍNEZ MEAVE



Juan ya tiene planeadas las vacaciones de verano. Sin embargo, su madre ignora sus planes y lo deja en casa de tío Tito, un bibliófilo empedernido que hace ruido cuando come y que les teme a los osos de peluche. Ahí, escondido entre los miles de ejemplares de la biblioteca de su tío, Juan tendrá que encontrar el Libro Salvaje, un libro rebelde que se resiste a la lectura y que guarda entre sus páginas un secreto destinado al lector capaz de atraparlo. Esta búsqueda no será sencilla, pero contará con la ayuda de Catalina. La chica revelará cosas que no sabía que podrían gustarle y con ella descubrirá que los libros se relacionan entre sí, pero sobre todo con sus lectores.



Juan Villoro

El libro salvaje

ePub r1.0
Watcher 06.07.17

Título original: *El libro salvaje*
Juan Villoro, 2008
Ilustraciones: Gabriel Martínez Meave

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2







A Carmen, mi hermana

La separación

Voy a contar lo que ocurrió cuando yo tenía 13 años. Es algo que no he podido olvidar, como si la historia me tuviera tomado del cuello. Puede sonar extraño, pero incluso siento las «manos» de la historia sobre mí, una sensación tan precisa que hasta sé que se trata de manos con guantes.

Mientras la historia sea un secreto, me tendrá prisionero. Ahora que comienzo a escribir experimento un ligero alivio. Las «manos» de la historia siguen sobre mí, pero un «dedo» ya se ha soltado, como una promesa de que estaré libre cuando termine.

Todo empezó con un olor a puré de papa. Mi madre hacía puré cuando tenía algo de qué quejarse o estaba de mal humor. Trituraba las papas con más esfuerzo del necesario, con verdadera furia. Eso la ayudaba a relajarse. A mí siempre me ha gustado el puré de papa, aunque en mi casa tuviera sabor a problemas.

Aquella tarde, en cuanto olí el vapor que salía de la cocina, fui a ver cómo estaban las cosas. Mi madre no advirtió mi presencia. Lloraba en silencio. Yo hubiera hecho cualquier cosa porque volviera a ser la mujer sonriente que adoraba, pero no sabía qué podía darle alegría.

A partir de ese momento la oí sollozar en las noches. Me había dado por despertarme a horas raras. De chico dormía de un tirón, pero a los 13 años empecé a tener el «sueño escarlata», una pesadilla que regresaba una y otra vez. Me encontraba en un pasillo largo, húmedo y oscuro. Al fondo se agitaba la luz de una flama. Caminaba hacía ahí. Entonces me daba cuenta de que estaba dentro de un castillo. Mis pasos resonaban en la oscuridad y esto me hacía saber que llevaba botas de hierro. Era un soldado con armadura. Debía rescatar a

alguien al final del pasillo, alguien que lloraba. Tenía voz de mujer, una voz agradable y muy triste. Yo caminaba hacia ese sonido, durante un tiempo exagerado, pues el pasillo parecía alargarse con mis pasos. Finalmente, entraba en un cuarto de paredes rojas. Mi color favorito en esa época era el escarlata. ¡Cómo me gustaba el sonido de la palabra «escarlata»! En el sueño, no veía a la mujer que lloraba, pero sabía que estaba ahí. Antes de dirigirme a ella me acercaba a una pared, hipnotizado por el color escarlata. Solo entonces me daba cuenta de que la superficie era líquida. Nadie había pintado esos muros. Ponía mis manos en la superficie y la sangre escurría entre mis dedos. En ese momento despertaba, muerto de miedo.



Encendía la luz, miraba el mapamundi sobre el escritorio y el último peluche con el que a veces dormía. Si alguien me hubiera dicho a los 13 años que yo era un niño, me habría puesto furioso. Yo me sentía como un hombre joven. Mi conejo de peluche estaba ahí porque le tenía cariño. Pero podía dormir sin él y podía defenderme solo. Ni siquiera cuando tenía el «sueño escarlata» me lo llevaba a la cama. El conejo me miraba desde su rincón, con un ojo más bajo que el otro. No le pedía ayuda pero pasaba mucho tiempo antes de que pudiera volver a dormirme.

En las noches de pesadilla despertaba con mucha sed. Si ya me había acabado el agua que mi madre colocaba en el buró, no me atrevía a ir a la cocina, como si ese fuera el lugar del «sueño escarlata».

Entonces trataba de distraerme con los países del mapamundi. Mi favorito era Australia, pintado del color de un chicle bomba. Mis tres animales preferidos eran australianos: el koala, el canguro y el ornitorrinco.

Lo que más me gustaba de los koalas era la forma en que se sostenían de los árboles. Me abrazaba a la almohada, como si fuera un koala, hasta quedarme dormido, con la luz encendida.

Tal vez porque estaba creciendo se me ocurrían cosas de terror. A mis amigos del colegio les gustaban las historias de fantasmas y vampiros. A mí no me gustaban, pero tenía ese sueño terrible.

Una noche desperté aún más sobresaltado. Prendí la luz y me vi las manos, temeroso de que estuvieran manchadas de sangre. Solo tenía las marcas de tinta con las que había vuelto del colegio. Vi el mapamundi y, antes de que pudiera pensar en países lejanos, oí un sollozo. Venía del pasillo y tenía el tono inconfundible de mi madre.

Esta vez me atreví a salir. El llanto era más importante que mi pesadilla y caminé descalzo al cuarto de mis padres.

Ellos dormían en camas separadas. Las cortinas estaban abiertas y la luz de la Luna entraba al cuarto, sobre la cama de mi padre, que era la más próxima a la ventana. He visto muchas camas desde entonces pero ninguna me ha impresionado de ese modo: mi padre no estaba allí.

Mamá lloraba, con los ojos cerrados. No se dio cuenta de que yo estaba en el cuarto. Fui a la cama de mi padre, la abrí y me metí ahí. Respiré un olor delicioso, a cuero y loción, y me quedé dormido en el acto. Nunca descansé mejor que esa noche.

Al día siguiente, a ella no le gustó verme dormido en la cama de mi padre.

Le dije que era sonámbulo y que había llegado ahí sin saberlo.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó mi madre—: ¡un hijo sonámbulo!

En el camino a la escuela, mi hermana Carmen se burló de mí porque caminaba dormido. Luego me preguntó si le podía enseñar a ser sonámbula. Carmen tenía 10 años y creía todo lo que yo decía. Le expliqué que pertenecía a un club que se reunía por las noches: recorríamos las calles sin dejar de dormir.

—¿Cómo se llama el club? —me preguntó Carmen.

—El Club de la Sombra —se me ocurrió de pronto.

—¿Y yo puedo entrar?

—Antes tienes que superar varias pruebas. No es tan sencillo —le contesté.

Carmen me pidió que una noche la despertara para llevarla al club. Prometí hacerlo, pero naturalmente no lo hice.

Preocupada de que yo fuera sonámbulo, mamá habló con su amiga Ruth, que había vivido en Alemania durante la segunda Guerra Mundial y había presenciado cosas más espeluznantes que un niño sonámbulo. Cuando mi madre hablaba por teléfono con Ruth, se tranquilizaba con historias peores que la suya. Nuestra vida no era perfecta, pero al menos no nos bombardeaban.

Cuando regresé del colegio mi madre hablaba por teléfono con Ruth. Sin embargo, esta vez el aire olía a puré de papa. Las terribles historias de su amiga no lograron tranquilizarla.

Fui a dejar mi mochila al cuarto. Hice pipí y me lavé las manos (las malditas manchas de tinta seguían ahí). Me dirigí a la cocina, de donde salía ese olor estupendo que sin embargo siempre traía problemas.

Me detuve en la puerta y vi a mi madre llorar en silencio. Luego hice la pregunta que había repasado mil veces en la escuela:

—¿Dónde está papá?

Ella me vio a través de las lágrimas. Sonrió como si yo fuera un paisaje bueno y estropeado.

—Tenemos que hablar —fue su respuesta, pero no dijo nada. Siguió aplastando las papas, encendió un cigarro, fumó de manera confusa y la ceniza cayó sobre el puré.

Yo me quedé como una estatua hasta que ella dijo:

—Tu padre va a vivir un tiempo fuera de la casa. Rentó un estudio. Tiene mucho trabajo y nosotros hacemos demasiado ruido. Cuando termine ese trabajo, se va a ir a París, a construir un puente.

Algo me hizo pensar que mi padre no iba a volver nunca a la cama que vi

bajo la luz de la Luna.

Mi madre se arrodilló y me abrazó. Nunca me había abrazado así, arrodillada en el piso.

—No te va a pasar nada, Juanito —me dijo.

Cada vez que me decía Juanito sucedía algo terrible. No era un nombre de cariño sino un nombre de crisis, el puré de papa de los nombres.

No me preocupaba que me pasara algo a mí sino que le pasara algo a ella. Quería que sonriera como cuando pasaba por mí al colegio y yo sabía que era la más guapa de todas las madres.

—No te preocupes —contesté—: yo estoy contigo.

Fue lo peor que podía decirle. Lloró más que nunca y me abrazó con muchísima fuerza hasta que el puré de papa con ceniza se quemó en la estufa.

Mi hermana llegó más tarde porque tenía clase de piano y nos encontró comiendo pizza. Para ella la tarde fue muy divertida. Mamá no tenía apetito y dejó que Carmen comiera todo lo que quisiera.

—Tengo algo que decirles —mamá habló como si masticara cada palabra—: papá salió de viaje.

A Carmen esto le pareció genial porque pensó que papá le iba a traer un peluche.

Me dio tristeza ver a mi hermana contenta por no saber la verdad, pero hubiera hecho cualquier cosa porque nunca la supiera.

En esa época no estaba de moda el divorcio. Ninguno de mis amigos tenía padres divorciados. Sin embargo, yo sabía que eso podía suceder. Había visto una película muy divertida sobre un niño que se la pasa de maravilla porque tiene dos casas y logra que lo consientan mucho en las dos.

Mis padres no se peleaban pero tampoco hablaban como si se quisieran. Nunca se daban un beso ni se tomaban de la mano.

Una tarde, revolviendo papeles en el escritorio de mi padre, encontré una carta dentro de un libro. El sobre tenía dibujos estupendos: espirales rosas, asteriscos azules, relámpagos en verde zig-zag. Parecía la portada de un disco de rock.

El sobre contenía una carta. Era de una amiga que quería mucho a mi padre y esperaba viajar con él a París. Sentí un hueco en el estómago y le di la carta a mi madre.

Esto fue dos meses antes de que se nos quemara el puré de papa. A veces pensaba que ella se había puesto triste por mi culpa. Todo había sucedido porque yo le entregué la maldita carta.

—¿Te vas a divorciar? —le pregunté a mi madre, cuando Carmen no nos oía.

Yo no quería divertirme en dos casas como el niño de esa película. La verdad, tampoco quería ver a mi padre. Quería que regresara para que mi madre estuviera contenta. Nada más.

—No sé qué va a pasar. Papá los quiere mucho, eso es lo importante.

A mí no me importaba que me quisiera. Yo quería que la quisiera a ella. Fui a mi cuarto a hacer un juramento importante. Tomé el mapamundi y ante el mapa de Australia juré que en esa casa íbamos a ser felices, aunque me costara mucho trabajo lograrlo.

Esa noche no tuve pesadillas pero tampoco pude dormir.

Fui al cuarto que había sido de mis padres, donde ahora sobraba una cama. Bueno, creí que sobraba una cama. Me iba a acostar ahí cuando vi que Carmen se me había adelantado. Como siempre, parecía muy contenta. Tal vez soñaba que la admitían en el Club de la Sombra.

El frasco de hierro

Mi madre empezó a dejar cigarros por todas partes. Ni siquiera los fumaba completos. Estaba tan nerviosa y hacía tantas llamadas telefónicas que los cigarros se juntaban en montoncito en el cenicero sin que ella acabara de fumar uno solo. Había señales de humo en cualquier sitio, como si viviéramos en un campamento pielroja.

Todo olía a ceniza y a puré de papa. Durante la semana de separación, comimos albóndigas con puré de lunes a sábado. El domingo, mi madre nos dejó con su amiga Ruth, que nos dio unas salchichas alemanas deliciosas, espolvoreadas con algo que yo no conocía: nuez moscada.

Mi madre pasó tardísimo por nosotros. Carmen ya estaba dormida, abrazada a su castor de peluche. Yo me caía de sueño pero alcancé a oír la conversación entre mi madre y su amiga:

—Lo peor son las vacaciones —dijo mi madre—; no sé qué hacer con ellos.

«Ellos» éramos Carmen y yo.

—Algo saldrá —dijo Ruth—. Yo me puedo quedar con la Pinta.

La Pinta era nuestra perra, raza maltés, color blanco y negro. Me sorprendió, y en parte me tranquilizó, que Ruth ofreciera quedarse con la perra y no con nosotros.

¿Por qué no podíamos pasar las vacaciones en casa? Faltaban dos semanas para el fin de cursos. En el colegio ya estudiábamos poco. El maestro había dejado de tener prisa; nos daba un papel para que dibujáramos cualquier cosa, durante varias horas. Luego cantábamos canciones muy largas y no le importaba que nos equivocáramos. Era como si las clases de verdad ya hubieran acabado y solo estuviéramos ahí por compromiso, llenando los días que faltaban para el

verano, las «vacaciones grandes», como les decíamos nosotros.

El mejor momento de la vida era el primer día de vacaciones. El sol entraba de otro modo al cuarto. Un sol animoso, color miel, que calentaba las cortinas y hacía saber que venían dos meses sin escuela. En ese primer día podía pasar cualquier cosa, como si la luz llegara de Australia y sus desiertos de arena rojiza.

Si dejas de comer durante un año algo que te gusta muchísimo (chocolate o espagueti o pollo rostizado) y de pronto vuelves a probarlo, te gusta todavía más que antes. Así era el primer día de vacaciones.

Pablo, mi mejor amigo, vivía a dos calles de la nuestra. Habíamos planeado muchos juegos para el verano, incluyendo entrar a una casa abandonada que tenía las ventanas rotas y donde vivían gatos salvajes. Iba a ser el mejor verano de mi vida. Pero Mamá tenía otros planes.

Una tarde regresé de jugar con Pablo y encontré el pasillo lleno de cajas:

—Las cosas de tu padre —explicó Mamá.

Me asomé a una caja y vi libros. Mi padre estudió ingeniería y había escrito un libro de título muy raro: *Puentes de voladizo*. Me explicó que así se llaman los puentes que se parten en dos y se alzan para que puedan pasar los barcos.

Pensé que él iría por sus cosas, pero poco después llegaron dos cargadores y se llevaron todo en un santiamén.

—Las cosas van a ir a una bodega, en lo que tu padre regresa de París.

—¿No iba a rentar un estudio?

—Va a construir un puente en París.

Tal vez iba a construir un puente, pero también iba a ver a esa amiga que le envió la carta. Los dibujos que ella había hecho en el sobre me gustaron mucho, pero odiaba que mi padre se fuera con ella.

También odié que mi padre construyera un puente allá. Seguramente se trataba de un puente que se levantaba para que pasaran los barcos. Esa era su gran especialidad. Yo prefería los puentes que no se separaban y seguían fijos, conectando dos orillas.

No me importó que sus libros aburridos se fueran de la casa.

Mi madre tomaba pastillas color azul cielo contra el dolor de cabeza. Luego supimos que no tenía simple dolor sino un padecimiento más fuerte llamado jaqueca.

También padecía gastritis. El jugo de naranja le caía muy pesado y lo bebía

con un popote hecho de vidrio para no tomar aire (que por lo visto le caía aún más pesado). Era tan guapa que se veía bien incluso cuando tomaba jugo, aunque ponía una cara como si bebiera vidrio, vidrios rotos que la destrozaban por dentro.

Cada tercer día me mandaba a la farmacia a que le comprara remedios para la jaqueca o la gastritis. Cuando íbamos a casa de la abuela ella le decía:

—Es por el cigarro. La culpa de todo la tiene el cigarro.

Pero mi madre no podía dejar de fumar, y menos con tantos problemas encima. Cuando la abuela hablaba mal del tabaco, mi madre cerraba un ojo como un pistolero a punto de disparar, encendía un cerillo con un rápido movimiento de experta en fuegos y fumaba con una intensidad especial. Luego se comunicaba con nosotros al estilo pielroja. De su boca salían señales de humo que querían decir: «Hago lo que me da la gana».

Una noche soñé que entraba en la casa abandonada, siguiendo un gato blanco. En todas partes había fogatas hechas con muebles. Llegaba al salón principal, donde ardía una mesa muy grande. En un sofá estaba mi padre, leyendo el periódico. De pronto, el periódico comenzaba a arder pero él no hacía nada: veía el fuego como si fuera una noticia. Desperté antes de que las llamas llegaran a sus manos.

Pensé que mi padre prefería vivir en una casa abandonada, con los muebles y el periódico ardiendo, que vivir con nosotros. Me enojé mucho con él y le pegué a mi almohada hasta que no pude más. Luego imaginé que yo era un koala y abracé la almohada como si fuera mi árbol. Había llorado y la funda estaba húmeda. Tal vez por eso soñé que llovía mucho en el bosque australiano donde yo llevaba una vida de koala feliz.

Me encantaba meterme en la cama con las sábanas recién cambiadas, la fresca maravilla de estar ahí.

Con los problemas que teníamos desde que mi padre se fue, pasaron días y días sin que me cambiaran las sábanas. Al principio no me di cuenta, pero una noche me pregunté si algún día las sábanas volvería a oler a burbujas.

Carmen también lo notó y le puso a sus sábanas unas gotas de champú para que olieran como nuevas.

Para que no vieran que había llorado, mi madre usaba lentes oscuros. Parecía alguien de la mafia. Sobre todo cuando llevaba un cigarro en la boca y una pañoleta en la cabeza. Pero se veía bien. Las mujeres mafiosas pueden ser guapas.

Faltaban solo dos días para las vacaciones cuando nos dijo:

—Tenemos que hablar.

Fuimos al comedor donde ella rebanaba un melón. En los últimos días estaba tan nerviosa que se cortaba al preparar cualquier cosa. Cada vez que cocinaba sacaba la caja de curitas, segura de que se iba a lastimar. Luego se ponía alcohol y esto hacía que la cena supiera a farmacia.

Tuve miedo de que se rebanara un dedo mientras hablaba con nosotros. Por suerte, soltó el cuchillo y dijo:

—La Pinta va a pasar las vacaciones en casa de Ruth.

Habló como si fuera normal que los perros salieran de vacaciones.

—¿Y nosotros? —preguntó Carmen.

Esta parte le costó más trabajo a mamá. Las palabras salieron de su boca como si estuvieran hechas de algodón:

—Los Bermúdez te quieren mucho —respondió mamá.

Leila Bermúdez era la mejor amiga de mi hermana. Como siempre, Carmen quedó feliz con la solución. Si estuviera en un barco a punto de naufragar, estaría muy contenta de subir a un bote inflable. En los peores momentos encuentra algo fantástico.

Como a ella la mandaron con su mejor amiga, pensé que me mandarían a casa de Pablo. Pero mi madre dijo:

—Vas a ir con tío Tito.

—¿Por qué?

—Él lo pidió.

—Prefiero ir con Pablo. O con la abuela.

—Pablo tiene cuatro hermanos. No hay lugar para ti. En cuanto a la abuela, está demasiado vieja para atender a otra persona.

—Prefiero ir con otra gente.

—¿Por qué?

—Mi tío tiene pelos blancos que le salen de la nariz —fue lo único que se me ocurrió decir.

Era cierto. Tío Tito se rasuraba las orejas, porque también ahí le crecían

pelos blancos, pero no hacía nada con los pelos que le asomaban de la nariz.

—El tío te quiere mucho —comentó mi madre.

También esto era cierto. Cada vez que lo veía, me leía alguna historia de los miles de libros que tenía en su casa. Era excelente hablando de la vida de los dragones, las espadas de la Edad Media y los cohetes del futuro. Pero yo no quería vivir con él. ¿Qué iba a hacer en una casa tan oscura como la suya, con tantos libros llenos de polvo?

Tío Tito no tenía hijos. Era primo de mi madre y siempre había vivido solo, rodeado de su inmensa biblioteca. ¿Por qué había pedido que yo fuera con él? Me resultaba simpático pero prefería verlo poco.

—Tiene libros magníficos —agregó mi madre.

—Pero no tiene televisión.

La tele me gustaba tanto como el pollo rostizado. En cambio los libros me interesaban poco, sobre todo si eran de ingeniería.

No seguimos discutiendo porque ella se puso nerviosa, trató de cortar otra rebanada de melón y un hilito de sangre recorrió la mesa.

—Ni siquiera puedo cortar un melón —dijo ella, muy desesperada.

Carmen y yo le dijimos que no era cierto, que en todo el edificio nadie cortaba los melones mejor que ella, y no volvimos a hablar de la casa donde yo pasaría las vacaciones.

Al día siguiente pensé que mi madre me quería demasiado para enviarme a casa del tío Tito. Eso no podía ser verdad.

Me pareció correcto que la Pinta se fuera a casa de Ruth y aprendiera a ladrar en alemán y que Carmen se fuera a casa de Leila Bermúdez. Yo me quedaría con mi madre. Ella me necesitaba, de eso estaba seguro.

El último día de clases se le olvidó ir por nosotros. Muchas veces llegaba tarde y éramos los últimos en el patio del colegio, pero esta vez sencillamente se le olvidó ir. El portero quería cerrar la escuela porque también él comenzaba sus vacaciones.

Tomé la mochila de Carmen y la mía y le dije que nos fuéramos andando. Conocía la ruta pero nunca la había hecho a pie. Tardamos dos horas en llegar a la casa.

¿Qué podría haber pasado para que mi madre no hubiera ido por nosotros? ¿Se habría muerto? ¿Estaría desmayada? ¿Tendría un dolor que no quitaba

ninguna pastilla?

Tocamos la puerta del departamento y me dije a mí mismo: «Si no abre en quince segundos es que está muerta».

La puerta se abrió a los trece segundos. Mamá nos vio, muy sorprendida, como si saliéramos de un sueño. Solo entonces se dio cuenta de que se le había olvidado ir por nosotros.

—¡Dios mío! ¿Qué hora es? —exclamó—. ¡Todo se me olvida!

Nos pidió perdón de mil maneras.

—Estaba haciendo sus maletas y se me fue el tiempo —explicó.

La maleta de Carmen ya estaba lista, al igual que la canasta con sus peluches favoritos.

—Falta Juanito —dijo mi hermana y fue por el muñeco que se llamaba como yo (le había puesto así para que yo aceptara llevarla al Club de la Sombra).

Todavía entonces pensé que Carmen se iba a ir a otra casa, pero yo me quedaría. Mamá no podía separarse de mí.

—Voy a terminar tu maleta —dijo ella y se dirigió a mi cuarto.

La seguí lentamente.

La vi arrodillada ante mi cama, doblando camisas y colocándolas con mucho cuidado en la maleta. «Lo hace para que crea que me voy a ir, pero no le voy a creer», pensé.

Siguió metiendo cosas hasta que llegó a un objeto pequeño y oscuro. Era un frasco. El doctor me había recetado hierro. Cada mañana, yo tomaba una cucharada de un jarabe negro. Tenía un sabor asqueroso, pero el pediatra había dicho: «El hierro es bueno para crecer», como si yo fuera un puente en construcción. Odiaba esa medicina que los demás creían tan buena para mí.

Solo en ese momento, al ver que el frasco de hierro entraba en la maleta, supe que todo era verdad, que me iría de la casa y pasaría dos largos meses con tío Tito. Si mi madre empacaba algo tan preciso y extraño como ese frasco es que la cosa iba en serio.

Entonces aprendí, por primera vez y para siempre, que ciertos detalles hacen que las historias sean verdaderas. Cuando el frasco entró en la maleta, todo me pareció real. Tenía que creerlo: iba a una casa que apenas conocía.

Lo que entones no podía saber es que eso me iba a llevar a la mayor aventura de mi vida.


Fe

El tío Tito

Mi tío vivía en la parte antigua de la ciudad. En ese barrio, algunas casas eran derruidas con golpes de martillo para construir edificios modernos, otras estaban a punto de venirse abajo solas; otras más tenían amarrados los balcones para que no se fueran a pique y descalabraran a quienes caminaban por la calle.

En esta zona de derrumbes, que los adultos llamaban «el Centro», estaba la casa de tío Ernesto, conocido como «Tito» por la familia y como «don Tito» por los mensajeros que le llevaban los libros que pedía a las más variadas librerías del mundo.

El tío vivía con tres gatos: uno era negro y se llamaba Obsidiana; otro era blanco y se llamaba Marfil; el hijo de ambos, mi favorito, era blanco con manchas negras y se llamaba Dominó.

Durante cincuenta y ocho años, el tío vivió sin otra compañía que sus libros y sus gatos. De pronto, para sorpresa de la familia, decidió que había llegado el momento de contraer matrimonio.

Estuvo casado durante un año con una señora de la que solo recuerdo sus anteojos redondos y que estornudaba mucho por el polvo de los libros. En un momento de desesperación, aquella señora le dijo a mi tío: «No podemos vivir en este laberinto, soy alérgica a los papeles viejos». Mi tío le dio la razón: dejó la casa para los libros y se mudó con su esposa a un pequeño departamento. Pero la vida sin biblioteca fue muy triste para él, así es que decidió dejar a su esposa y volver con sus libros.

Por todo esto, me sorprendió mucho que me mandaran a su casa. El tío se sentía bien en soledad; no acostumbraba hacer fiestas ni reuniones, ni parecía necesitar otra compañía que sus tres gatos. ¿Por qué había querido que yo fuera

ahí? Todo era muy raro.

En mi maleta llevaba un libro: *Todo sobre las arañas*. Ya lo había leído y lo escogí precisamente por eso: me gustaba más volver a leer un libro estupendo que arriesgarme con uno desconocido.

Cuando llegamos a casa del tío, me gustó la cabeza de león que mordía una media luna de metal y servía para golpear la puerta.

Estaban derribando la casa de junto y eso provocaba mucho ruido. Nuestros toquidos apenas se oyeron. Mi madre me pidió que pateara con fuerza, pero como yo llevaba zapatos con suelas de goma no logré hacer mucho ruido. Por un momento tuve la esperanza de que mi tío no abriera nunca y yo pudiera regresar con mi madre. Justo entonces, la puerta se abrió.

—¿Llevaban mucho tiempo tocando? —preguntó el tío—. Adentro apenas se oye lo que pasa afuera.

Era cierto. En cuanto cerró el portón, se produjo un gran silencio, como si estuviéramos en el fondo del mar.

—He colocado aislantes especiales. Solo así puedo concentrarme para leer —el tío me vio de frente, con ojos tan atentos que parecían a punto de salirse de su cara.

Tuve ganas de decirle: «No me veas así que no soy un libro», pero no me atreví.

En todas partes había libreros y volúmenes apilados en columnas que llegaban al techo.

—Vengan a la sala de estar —dijo el tío.

La «sala de estar» era un cuarto un poco más despejado. Había libros en las paredes pero no en las sillas. Pudimos sentarnos ante una mesa donde un mapa servía de mantel. Australia me tocó justo enfrente. Dije que era mi país preferido.

—Estupenda elección, querido sobrino —comentó el tío—. No hay mucha cultura ni muchas antigüedades en ese rojo desierto, pero es la casa del ornitorrinco, el más fabuloso de los animales, un resumen biológico, una enciclopedia de lo que se puede ser sin serlo del todo: el ornitorrinco podría ser un pato, un castor o una marmota. Su secreto consiste en disfrazarse de otros animales para ser él mismo. Un gran actor de reparto.

No entendí nada. ¿El tío se habría vuelto loco en los últimos tiempos?

Luego agregó, con mucho entusiasmo:

—Además, Australia tiene las mejores olas marinas, no tanto por su forma, sino porque bañan a las australianas, especie superior al ornitorrinco. En algún lugar tengo un calendario de australianas en bikini.

Mi madre vio al tío con preocupación y me tomó de la mano. Parecía arrepentirse de haberme llevado ahí. Las extrañas palabras del tío comenzaron a interesarme.

—¿Quieren un té de pipa? —preguntó él, y salió del cuarto antes de que contestáramos.

—¿Estarás bien aquí, Juanito? —mi madre me acarició el pelo y me vio con ojos tristes.

Ella me había dicho que necesitaba pasar unas semanas a solas para buscar un departamento más pequeño, ahora que éramos menos. No quise preocuparla más de lo que ya estaba, diciéndole que el tío me parecía medio loco. Interesante pero loco.

En un rincón de la sala distinguí una telaraña plateada, de forma triangular, idéntica a una ilustración de mi libro *Todo sobre las arañas.*

—Me gusta esta casa —le dije a mi madre.

—Si te sientes mal, me puedes hablar por teléfono.

Esto último no era tan sencillo. Para el tío, el teléfono era un error de la vida moderna. Odiaba que un timbre interrumpiera sus lecturas. «No quiero oír otra voz que mi conciencia», decía cuando alguien le preguntaba por qué no tenía teléfono.

—En la farmacia de enfrente puedes llamar —explicó mi madre—. Toma —me dio una bolsita con monedas para pagar las llamadas.

El tío regresó con una tetera humeante.

—Los viajes en barco no fueron en vano —dijo—. Gracias a las intrépidas tripulaciones que llegaron hasta la India y Ceilán, y a la estupenda costumbre de los capitanes de beber té, hoy podemos remojar estas hojas en agua caliente. Huelan, queridos parientes: ¿quieren té de humo?

El tío Tito sirvió antes de que le contestáramos. El té, en efecto, olía a pipa.

—«Lapsang Soo-shang», así se llama esta rica variante.

—¿Es buena para niños? —preguntó mi madre.

—Bueno, yo diría que Juan ya no es un niño —opinó el tío, y me cayó mejor.

Bebimos el curioso té hasta que mi madre dijo que necesitaba hablar a solas

con Tito.

El tío propuso que yo revisara la casa mientras ellos conversaban. Me entregó una campanita:

—Si te pierdes —explicó—, agita la campana y llegaré en tu auxilio.

¿Era posible perderse dentro de una casa? En unos minutos descubriría que sí, y de qué manera.

Caminé por un pasillo rodeado de libreros y entré en la primera habitación a mi alcance. Era un cuarto de doble altura, cubierto de libros de pared a pared, rodeado por un balcón con escalerilla, que permitía llegar a los libros del segundo piso.



Seguí rumbo a otra recámara, sin ver otra cosa que libros. De pronto Dominó saltó desde un anaquel y se escurrió por una puerta. Lo seguí y me encontré en un corredor oscuro. Traté de dar con el interruptor de la luz, pero mis manos solo tocaron volúmenes empastados en cuero. Tropecé con libros que estaban en el piso. Volví a buscar el interruptor de la luz y de pronto creí encontrarlo. Toqué una pequeña palanca y la jalé hacia abajo. Una trampa se abrió bajo mis pies y caí por una resbaladilla hasta un depósito de sábanas en el que también había algunos libros. Por suerte no había perdido la campanilla. La agité con fuerza hasta que llegó mi tío.

—¿Qué haces en la lavandería, sobrino? —me preguntó.

—Me caí desde allá arriba.

—Ya te irás acostumbrando a la casa. Tiene muchos recovecos, pero es bastante práctica. Ya descubriste el camino de la ropa sucia.

—Aquí hay algunos libros.

—Son para secado y planchado. A veces se me derrama el té sobre las páginas.

Cuando regresamos a la sala, mi madre se veía muy tranquila. Le había hecho bien hablar con el tío.

—Ya vimos la utilidad de la campana —dijo Tito—, nunca te separes de ella. Te aconsejo que te la amarres muy bien. Tengo un libro de nudos y te recomiendo el que se llama Margarita: Una vez atado, ni Dios lo quita —recitó.

Mi madre se despidió con muchos besos y abrazos. Olí su pelo, el mejor olor del mundo.

Ella me recordó que le hablara de vez en cuando desde la farmacia de enfrente.

Cuando el tío y yo nos quedamos solos, me dijo:

—Muy bien. Ahora propongo que pongamos en práctica el método del famoso detective Sherlock Holmes para conocer personas: vamos a hablar de nuestros defectos. ¿Cuáles son los más graves que tienes, sobrino?

—No sé.

—Para vivir con alguien tienes que saber qué problemas te puede dar. Nadie es perfecto. Si aceptas esos problemas te llevarás bien.

—No se me ocurre nada.

—¿No serás un poco presumido? Todos tenemos nuestros defectillos. Está bien. Empezaré yo —hizo una pausa, bebió un largo sorbo de té de pipa y empezó a enlistar sus defectos—: Uno: ronco en las noches, esto no es grave porque tendrás tu propio cuarto; dos: no me gusta que me hablen cuando estoy leyendo; tres: no soporto que alguien cante; cuatro: me enojo mucho por cosas que no tienen importancia, pero se me pasa rápido, y cinco: hago mal las cuentas y me quedo con monedas de otras personas…

Esto último hizo que me preocupara por mis monedas para hablar por teléfono. Las tendría que esconder muy bien.

—Ahora te toca a ti —insistió el tío.

—A veces tengo pesadillas y grito en la noche —contesté—; también me dan calambres en las piernas; no soy muy ordenado y tiro la ropa en el suelo; me lavo mal las manos y a veces las tengo pegajosas; me distraigo cuando estoy pensando y no oigo bien lo que me dicen; soy torpe y rompo las cosas…

Nunca había pensado que tuviera tantos defectos, pero me hizo bien decirlos.

—Puedo vivir con todo eso —opinó el tío, muy reflexivo—. ¿Y tú? ¿Puedes con mis defectos?

—Sí.

—Perfecto. Esos problemas nos unirán mucho.

El tío me dio un abrazo y, al hacerlo, volcó su taza de té. Unas gotas fueron a dar a su pantalón.

—¡Maldita sea! —gritó con furia; luego se me quedó viendo—: ¿Lo ves? Me enojo por cosas que no importan. Pero se me pasa en un santiamén. Los problemas que en verdad valen la pena me llaman la atención, pero no me preocupan. He leído suficientes libros para que sea así: los escritores me enseñaron que los grandes problemas son interesantes.

—¿Te gustan las arañas, tío? —le pregunté.

—¿Por qué lo dices?

Señalé la telaraña triangular en el rincón del cuarto.

—En esta casa hay arañas inofensivas que protegen de los mosquitos. ¿Has tratado de leer mientras un mosquito zumba en tu oído? Odio los mosquitos: son las orquestas de la desesperación. Zumban y zumban y no puedes pensar en otra cosa. En cambio, las arañas son amigas del silencio: se comen a los mosquitos con todo y su música.

—Traje un libro que se llama *Todo sobre las arañas* —le dije.

—Estás en el lugar correcto para estudiar a las que no son venenosas.

El tío Tito puso una mano en mi hombro y agregó:

—Lo vas a pasar bien aquí —luego suspiró como un nadador antes de lanzarse al agua—: lo vamos a pasar bien. Esta casa necesitaba un joven cerebro. Tus sesos son bienvenidos.

Así comenzó mi temporada en el laberinto de los libros.

Libros que cambian de lugar

El tío me asignó una habitación agradable, con vista a un pequeño jardín. En la mañana oí el canto de los pájaros y sentí que estaba en el campo. Dormí muy bien. No padecí calambres ni soñé con el terrible cuarto escarlata.

A eso de las ocho oí ruidos y decidí bajar a desayunar. Tenía un apetito de cinco bizcochos. ¿Me dejaría el tío comer tantos? Mi madre decía que mis sándwiches de mermelada me estaban poniendo muy barrigón.

Tomé la campanita que había dejado en el buró y recorrí los pasillos, orientándome por los ruidos de platos que —eso pensé— venían del comedor.

Así llegue hasta un salón donde encontré a una mujer gorda que estaba de espaldas.

—¡Buenos días! —le dije.

—¡Ay, mamita! —gritó ella, y soltó los platos que tenía en las manos. Se hicieron añicos en el piso de madera—. ¿Quién eres? —preguntó—. ¿Un fantasma? No, los fantasmas no usan pantuflas —señaló las mías con un dedo grueso como una salchicha.

—Soy Juan, sobrino del tío Tito.

—Yo soy Eufrosia. El señor Tito no me avisó de tu llegada. Vive en las nubes, metido en sus libros. Tu tío es una nube con pantalones. ¿Qué quieres desayunar: *omelette* Homero, avena Aristófanes, cereal Cinco Musas o sándwich isabelino?

Todo sonaba extrañísimo. Pregunté cómo era el *omelette* Homero.

—Se hace con los mejores huevos y los ojos cerrados. Luego le pones un poco de queso griego y se sirve bañado en aceite de oliva.

Se me hizo agua la boca.

Desayuné en la cocina porque las sillas del comedor estaban llenas de libros. El *omelette* era aún más sabroso que su explicación. Me propuse comerlo todos los días. Cada vez que algo me gustaba lo repetía sin cansarme. A mi madre le parecía aburrido que pidiera siempre la misma pizza, pero si me gustaba la de peperoni, ¿por qué iba a buscar otra?

—¿Por qué hay que hacer el *omelette* con los ojos cerrados? —le pregunté a Eufrosia.

—El señor Tito me dijo que lo inventó Homero, un genio ciego. Cerramos los ojos por respeto a él. ¿Sabías que el papá de tu tío también era ciego?

Yo no lo sabía o no lo recordaba. No seguimos hablando del tema porque oí una voz detrás de mí:

—¡Qué temprano despertaste, atleta!



El tío tenía un gorro de dormir de fieltro verde. Se sirvió té en un plato de sopa y sorbió el líquido con mucho ruido.

—Se me olvidó decirte otro de mis defectos: no puedo comer en silencio.

Mastico con demasiada fuerza. No me gusta la comida que no suena. Los libros piden silencio, pero un buen bocado debe tronar, aunque sea un poquito. ¿Ya conociste a Eufrosia? Es cocinera, lavandera, especialista en recoger migajas y en no tocar telarañas.

—Mucho gusto —me dijo la amable mujer, como si apenas ahora se encontrara conmigo.

—Ella no vive en la casa —explicó tío Tito—. Entra con el canto de los primeros pájaros y se va cuando oscurece. En la noche, solo vivimos aquí tú y yo y un millón de libros.

—¿De veras tienes tantos? —pregunté.

—La verdad es que nunca he podido contarlos. Los libros son muy escurridizos. Buscas uno en un estante y lo encuentras en otro, o no lo encuentras durante años y de pronto aparece frente a tu nariz. Al principio pensé que Eufrosia los cambiaba de lugar después de sacudirlos, luego pensé que era yo quien los movía sin darme cuenta. Soy muy distraído, eso lo nota cualquiera. Pero luego llegué a la conclusión de que los libros se mueven solos: te buscan o te rehuyen —el tío bebió un largo trago de té—. Pensarás que es una idea absurda, pero la he comprobado una y otra vez. Te voy a poner un ejemplo, para ver si nos entendemos. Ningún científico ha podido saber por qué desaparecen los calcetines. Das dos a lavar y de pronto solo regresa uno. El otro se esfuma en el aire. No se trata de un robo: ¿a quién puede servirle un solo calcetín? Algo similar pasa con los libros. Cuando juntas demasiados, resulta difícil que estén quietos. Los libros buscan su acomodo. A veces piden que los leas, a veces que no los leas.

Quería que el tío siguiera hablando del tema, pero torció los labios de extraña manera y dijo:

—Tengo que hacer pipí. El té de pipa es diurético.

—¿Qué quiere decir «diurético»?

—Que dan ganas de orinar. Si bebes una taza de líquido y orinas un garrafón, estás ante una bebida diurética.

Así conocí otra costumbre del tío. Ninguna conversación duraba mucho porque a cada rato iba al baño.

Cuando regresó le pregunté:

—¿No estarás bebiendo demasiado té?

—¡Claro que no! El té de pipa despeja las ideas y limpia los riñones. Orinar es magnífico. ¿A ti no te gusta hacer mucho pipí? He llegado a orinar durante

tres minutos seguidos. Los conté con un cronómetro de ciclista.

—Me gusta orinar, cuando tengo ganas —contesté.

—Una respuesta lógica, pero poco entusiasmante. A veces hay que ser exagerado, sobrino. Hay que agrandar las posibilidades de la vida: orinar tres minutos es más divertido que orinar diez segunditos.

A continuación, el tío Tito me mostró algunas secciones de su enorme biblioteca. Mientras recorríamos la casa, Marfil y Obsidiana nos seguían a una discreta distancia. En cambio, Dominó se encaramaba en los estantes y de vez en cuando tiraba un libro. Tal vez era el culpable de que los libros cambiaran de lugar.

El tío se orientaba sin problemas en esas habitaciones cuyo tamaño resultaba imposible de calcular. De un cuarto pasabas a otro, y de pronto te encontrabas en un patio interior, con techo de cristal. En las recámaras los libreros no solo ocupaban los muros, sino que formaban un laberinto al interior del cuarto, dificultando el paso. Desde una pared nunca podía verse la de enfrente, por culpa de los demasiados libros.

La biblioteca había sido ordenada en secciones, siguiendo un método bastante extraño. Un letrero con letras rojas indicaba de qué trataban los libros reunidos en esa zona, pero los temas eran muy caprichosos. En esa primera visita copié los siguientes en un cuaderno: «Perros chicos», «Quesos que apestan pero deleitan», «El tigre de Bengala», «Mapas del mundo antiguo», «Los dientes de las abuelas», «Espadas, cuchillos y lanzas», «Átomos tontos», «Motores que no hacen ruido», «Jugo de naranja», «Cosas que parecen ratón», «Libros negros», «Cómo salir del laberinto», «La mermelada no es dinero», «Flores carnívoras», «El pescador y su anzuelo», «Accidentes de aviación», «Cohetes que no regresaron», «Exploradores que nunca se fueron», «La significación del silencio», «Futbol de ataque», «1001 salsas de espagueti», «Cómo gobernar sin ser presidente».

Esos parecían los títulos de libros caprichosos; sin embargo, eran nombres de secciones que, de modo muy extraño, agrupaban distintos libros. Por ejemplo, en la sección «Exploradores que nunca se fueron», había setenta y dos volúmenes relacionados con ese curioso asunto.

Mi pariente tenía libros de los temas más diversos. Le pregunté si había comprado algunos sobre el koala.

—Deben estar entre los libros de osos —contestó—. No sé cuántos son. Dejé

de contarlos cuando llegué al número quinientos.

—¿Y los has leído todos?

—Claro que no. Una biblioteca no es para leerse entera, sino para consultarse. Aquí los libros están por si acaso. He leído toda mi vida, pero hay muchas cosas de las que no sé nada. Lo importante no es tenerlo todo en la cabeza sino saber dónde encontrarlo. La diferencia entre un presumido y un sabio es que el presumido solo aprecia lo que ya sabe y el sabio busca lo que aún no conoce.

Esa tarde alguien llamó a la puerta. El tío pagó por un paquete que le enviaban y se hizo un lío con las sumas y restas. De pronto me dijo:

—Necesito tus sesos, sobrino: ¿cuánto es cien menos cincuenta y ocho?

—Cuarenta y dos.

—¡Excelente idea!

—No es una idea, tío, es un resultado —dije.

—Perdón, estoy un poco aturdido.

El tío recibió un envío que le produjo gran entusiasmo.

—Los nervios hacen que se me olviden cosas que aprendí a tu edad —comentó.

—¿Y por qué estás nervioso?

—No sabes lo difícil que es conseguir este libro.

Fuimos a la cocina, donde tomó un cuchillo, cortó la cuerda que ataba el paquete, retiró el papel color canela y mostró un volumen muy antiguo, de tapas azul oscuro. Parecía encuadernado en piel de ballena. El tío lo abrió. Estaba escrito en un idioma que no entendí.

—¿De qué trata? —le pregunté.

—En realidad, no trata de nada. Este libro sirve para buscar otros libros. Es un libro explorador.

—No entiendo.

—Déjame orinar, luego me prepararé un té de pipa y te diré todo —respondió el tío.

Cumplidas esas funciones, puso la mano en el libro de tapas azules y dijo:

—Hace varios siglos se inventó una ciencia para relacionar todos los libros.

—¿Es una ciencia para encontrar libros perdidos?

—En cierta forma, mi querido detective, pero no exactamente.

—¿Entonces?

—Es una ciencia para saber cómo se comportan los libros y adónde pueden irse. Nada tiene tanto carácter como un libro. Una biblioteca es un almario: una colección de almas, sobrino. Los libros se mueven como las almas en los cementerios, para acercarse a alguien o para huir de él.

—¿Tu biblioteca tiene fantasmas?

—No vayas tan rápido, sobrino. A lo largo de muchos años felices he aprendido que cada libro tiene un espíritu. Ese espíritu busca a su lector. A su lector favorito, ideal, absoluto —sus pupilas brillaron con raro deleite.

Vi los pelos que salían de la nariz de mi tío y la melena blanca que le crecía en desorden. Sus ojos saltones me miraban con mucha atención, como si yo fuera un insecto bajo una lupa. Me da vergüenza decirlo, pero en ese momento pensé que estaba loco.

—¿Los libros se mueven solos? —le pregunté.

—Creí que ya habíamos aclarado ese punto. ¿Nunca te ha pasado que dejas un cuaderno en un lugar y luego lo ves en otro?

—Eso pasa porque olvidas dónde lo dejaste.

—Los secretos no son tan simples. He vivido lo suficiente para saber que los libros cambian de sitio por voluntad propia. La pregunta es: ¿por qué lo hacen? De eso trata este libro, escrito en latín del siglo XV, cuando solo los sabios y algunos monjes dominaban esa lengua muerta.

En ese momento, Eufrosia llegó con un pastel que olía delicioso.

—¡El pay de Newton! —exclamó el tío, feliz de la vida—. Mira sobrino, tiene chipotes crujientes, en recuerdo de la manzana que cayó en la cabeza de Newton. Gracias a eso descubrió la ley de gravedad. Supongo que ya lo sabes, ya que eres tan listo y conoces tan bien el número cuarenta y dos. El pay está relleno de manzanas que ayudan a la digestión y comprueban la ley de la gravedad: todo termina por caer, querido sobrino. Primero comes, luego haces caca.

Me pareció terrible que alguien tan interesado en los libros hiciera chistes de niño pequeño. Realmente el tío Tito actuaba como un chiflado.

Mientras comíamos el delicioso pastel, mi pariente tiró migajas por todas partes. Nunca había visto a nadie comer con tanto gusto y tanta torpeza. Eufrosia regresó al poco rato, con una aspiradora.

Como el tío odiaba los ruidos (menos los que producía al masticar), se tapó

las orejas y no pudimos conversar durante un rato.

A diferencia del tío, a Eufrosia le encantaba distinguir sonidos. El ruido de la aspiradora no le impidió escuchar el timbre de la casa. Fue a ver quién era y regresó con un sobre:

—Correo exprés —dijo; para mi sorpresa agregó—: es para ti.

Cuando el correo llegaba a mi casa siempre esperaba que hubiera una carta para mí, pero toda la correspondencia era para mi padre. Ahora, por vez primera, recibía un sobre con una estampilla que mostraba a Napoleón en los tiempos en que era un soldado joven y usaba melena.

El sobre contenía una tarjeta postal. Vi la imagen de la torre Eiffel y, al reverso, la letra de patas de mosca de mi padre y su firma de alambre torcido. La postal decía:

Hijo amado:
Sé que son momentos difíciles para ti, pero te voy a querer siempre. Estoy construyendo un puente muy grande. Cuando termine, regresaré e iremos al zoológico y al futbol.

Te adora,
Papá

En esos momentos yo no quería ir al zoológico ni al futbol.

Estuve a punto de romper la postal. La torre Eiffel me hizo recordar el frasco de hierro que yo debía tomar y que sabía asqueroso. Eufrosia había apagado la aspiradora y el tío me miraba con mucha curiosidad. Me dio vergüenza estar tan alterado. No podía romper la postal como si fuera un loco en una película. Para calmarme, le pedí que siguiera hablando de los libros que cambiaban de sitio.

—Justamente quería volver a ese tema —dijo él, muy entusiasmado—. Hay dos formas de que un libro llegue a ti: la normal y la secreta. La normal es que lo

compres, te lo presten o te lo regalen. La secreta es mucho más importante: en ese caso es el libro el que escoge a su lector. A veces las dos se confunden. Crees que tú decidiste comprar un libro, pero en realidad él se puso ahí para que lo vieras y te sintieras atraído. Los libros no quieren ser leídos por cualquier persona, quieren ser leído por las mejores personas, por eso buscan a sus lectores. Vamos a respirar un poco de aire fresco.

Pensé que saldríamos al jardín que rodeaba la casa, pero no fue así. Para el tío, el «aire fresco» era un sitio con menos libros de los habituales. Fuimos a uno de los muchos salones que volvían rara la casa y al que yo no hubiera podido llegar sin perderme. Era una habitación con alfombras de dibujos complicados (como serpientes entrelazadas) y macetas con helechos que recibían el sol de un tragaluz. Solo había libros en un escritorio y en la mesa de centro.

Tuve la extraña sensación de haber estado ahí antes. Por eso me sorprendió tanto que tío Tito dijera:

—Hace diez años, cuando apenas tenías dos, estuviste aquí conmigo. Tus padres te dejaron durante unas horas porque tenían un asunto pendiente en esta parte de la ciudad. Te portaste bien, no voy a decir que no. Jugaste un rato con un cochecito de bomberos y luego te quedaste dormido. Tus padres volvieron por ti y todo pareció una visita común y corriente. Soy distraído, ya lo sabes, y tardé en darme cuenta de que algo había pasado.

—¿Qué pasó?

—Tengo que ir al baño.

—Aguántate tío, esto es muy emocionante.

—Te lo diré a toda prisa: después de tu visita, muchos libros se revolvieron. Nunca antes me había pasado. Despertaste las almas de la biblioteca. Tienes un raro poder. ¡Eres un lector prínceps!

—¿Un lector prínceps?

—Un lector único. En la vida normal eres mi sobrino Juan, simpático y un poco barrigón. Para los libros, eres un príncipe. Por eso te necesitaba aquí. Ahora sí tengo que ir al baño.

El tío salió a toda prisa. Vi los helechos y me parecieron plantas fabulosas, surgidas de una selva en miniatura. ¿Habría arañas ahí? El ambiente anunciaba algo extraño. El tío regresó minutos después.

—Esta biblioteca te necesita, sobrino —dijo con entusiasmo—. No sabes el trabajo que me dio convencer a tu madre de que vinieras. Hace años que se lo pido. Ella cree que estoy medio loco —hizo una pausa, como si calculara con

cuidado lo que iba a decir—: La verdad es que normal-normal no soy, ¿pero quién quiere ser común como un trapo? La gente que vale la pena se distingue por algo.

Entonces me di cuenta de la casualidad que había hecho posible que yo estuviera ahí. Después de la partida de mi padre, mi madre necesitaba estar sola para arreglar sus asuntos y al fin le había hecho caso al tío.

Los ojos de mi pariente brillaban más que nunca cuando dijo:

—Cada vez que has venido a esta casa, los libros han sentido tu presencia —esto me dio un poco de miedo; luego añadió—: No sé qué clase de lector príncipes eres. Tendremos que averiguarlo.

—¿Los libros se han movido desde que llegué?

—Eso es lo raro. En esta ocasión están muy quietecitos, como si prepararan algo. Supongo que saben que vives aquí y no quieren precipitarse.

—Hablas de ellos como si fueran personas.

—Son algo más: son súper personas. Viven para siempre, buscando lectores.

No quería desilusionar al tío, pero tampoco quería darle falsas esperanzas, así que dije:

—Tal vez ya no atraigo a los libros.

—Eso puede suceder, desde luego. Hay niños geniales que maduran como idiotas y los libros dejan de interesarse en ellos. No me refiero a ti, claro está. Me parece que los libros te están estudiando.

—Me gusta leer, pero no tanto —comenté—. Prefiero ver la tele, andar en bicicleta o jugar con la Pinta, mi perra, o con mi amigo Pablo.

—No importa: los libros sienten que tú puedes leerlos mejor que otras personas. Un lector príncipes no es el que lee más libros sino el que encuentra más cosas en lo que lee.

—¿De veras soy un lector príncipes?

—Tienes todas las características, comenzando porque las orejas se te ponen calientes cuando lees. Es signo de concentración.

—¿Cómo sabes que las orejas se me ponen calientes?

—Tomé la precaución de tocártelas la vez pasada que viniste, mientras leías tu libro sobre las arañas. En cierta forma estoy contento de que tu madre haya tardado en aceptar mi invitación. Ahora tienes 13 años y entiendes mejor lo que lees. Veremos si los libros te siguen considerando uno de los suyos. Hay lectores príncipes interruptus. En ocasiones, alguien nace con gran capacidad para la lectura, pero la vida lo vuelve tarado. Existen famosos imbéciles que fueron

bebés refinados.

—¿Hay varias clases de lector prínceps?

—Hay muchas. Me conformaría con que fueras un prínceps continuum.

—¿Cuál es ese?

El tío se desesperó un poco:

—Como su nombre lo indica, sobrino con cabeza de corcho, el prínceps continuum es el que conserva el talento de leer a lo largo de su vida.

—¿Y hay otros lectores?

—Sí, hay otros, pero no seas ambicioso, tampoco quieras saber tanto. Basta con que me ayudes a encontrar el libro que nunca he podido leer.

—¿Está en tu casa?

—Sí. Lo tuve en las manos y no he podido recuperarlo.

—¿Y ya lo leíste?

—Nadie lo ha leído. Es un caso único.

—¿Ni siquiera el autor lo leyó?

—No parece tener autor. Te digo que es único.

—¿Sabes al menos de qué trata?

—No puedo decirte.

—¿Cómo se llama?

—No quiero decirte.

—¿Por qué? Eso me ayudaría a encontrarlo.

—Eso te ayudaría a encontrarlo de una manera normal. Quiero que lo encuentres de una manera secreta. Si mereces el libro, él llegará a ti. Es lo que quiero que hagas en tus dos meses de vacaciones.

Así supe por qué estaba en casa del tío.



Los remedios de la farmacia

Me sorprendía que mi tío, habiendo leído tantos libros, fuera incapaz de sumar y restar.

—Mira, sobrino —me explicó sin muchas ganas—: un hombre informado no es un sabelotodo. Soy pésimo en matemáticas, deportes, reparación de aparatos, conducción de vehículos y búsqueda de yogures en el refrigerador; por no hablar de geografía, que nunca se me ha facilitado. Si me dejaras en África y me pidieras que fuera a Rusia, acabaría en Toluca. El único mapa que domino es el de esta casa y con eso tengo bastante.

Su manera de acercase al conocimiento me parecía tan rara que le pregunté:

—¿Fuiste a la escuela?

—Estudié en forma normal y aburrida hasta los 14 años, luego mi padre me heredó esta biblioteca y me puse a leer en desorden. Nunca fui un buen alumno, me desespera estudiar por obligación.

—A mí también —le dije.

—Eso sí, respeto mucho las cosas que ignoro. En esta biblioteca hay libros magníficos de temas que no me interesan. El ejército me cae mal y las guerras me causan vómito verde. Sin embargo, es necesario que se estudien. Si alguien quiere saber lo que el hombre ha hecho para encajarse espadas o volar por los aires con explosivos, puede consultar mis secciones: «Grandes generales», «Estrategias de muerte», «Guerras relámpago», «Invasiones a Rusia en invierno», «Batallas que terminaron en empate», «Perdedores heroicos» y «Vencedores que huyeron», entre otras que ahora no recuerdo.

—Si eres tan malo para las matemáticas, ¿cómo le haces para sumar?

—Esta casa cuenta con cuarenta dedos básicos: los míos y los de Eufrosia,

contando los pies y las manos. Eso resuelve las sumas y las restas más urgentes. Cuando el tema se pone más científico, salimos a la calle y le pedimos a alguien que nos preste sus dedos o que nos haga la suma. En casos francamente terribles, le hablo al director de la Facultad de Matemáticas, que es muy amigo mío. Una vez le pedí que me revisara la cuenta del supermercado y se sorprendió de que el brócoli fuera tan caro. Él tiene un amigo que se lo vende a mitad de precio, un famoso inventor que vive en un rancho o algo así. Pero ya me perdí, ¿de qué hablábamos?

—Decías que un sabio no tiene que saberlo todo.

—En efecto. Ya te dije que cada libro escoge a su lector. A mí nunca me han buscado los libros con números o fórmulas químicas. Si tuviera que calificarme a mí mismo, me pondría estas notas:

Matemáticas: cero.

Física: dos.

Química: cero.

Geografía: uno (porque conozco mi casa no me pongo cero).

Historia: ocho.

Deportes: cero.

Mitología e historias de héroes imaginarios: diez.

Idiomas: diez.

Chismes de hombres famosos: diez.

Ortografía: siete.

El tío Tito se relacionaba de manera muy exagerada con el conocimiento: sabía mucho de unas cosas y nada de otras.

—¿Sabes cuál es el verdadero problema del hombre? —acercó sus ojos a mí, redondos como pelotas de ping-pong.

No me lo dijo porque una vez más sintió ganas de orinar.

Cuando regresó, tuve que recordarle de qué estábamos hablando.

—Ah, sí. El hombre tiene toda clase de problemas, pero hay uno que me interesa mucho: no sabe medirse a sí mismo. Un sastre te mide por fuera sin ningún problema, pero el hombre se complica las cosas para medirse por dentro. Nos hace falta un sastre interior —se metió un lápiz en la oreja, se rascó con fuerza y siguió hablando—: las calificaciones son como el menú en un restaurante. Las matemáticas se me antojan tan poco como el puré de zanahorias. Merezco un cero en el tema. Como ves, hay algunas cosas en que no estoy tan mal: sé mucho de mitos y leyendas, lo suficiente de historia y hablo doce

lenguas, incluyendo las vivas, las muertas y las enfermas (como el dialecto lleno de maldiciones que usan los policías en esta ciudad). Pero eso no quiere decir mucho. Las verdaderas calificaciones de alguien inteligente deberían ser estas:

Capacidad de conectar una idea con otra: diez.

Capacidad de resumir lo que se aprendió: diez.

Capacidad de pensar por tu cuenta lo que otro sabe: diez.

El tío se quedó esperando una respuesta. Como no dije nada, agregó:

—La mente es una máquina de pensar. Lo más importante no es atiborrarla de datos, sino aprender a usarla. Cada cabeza es una máquina distinta, así que cada quien tiene que usar su propio método para pensar.

El tío Tito me dejó un poco mareado con todo el asunto de las calificaciones. Yo no era ni muy buen ni muy mal alumno. Algunas cosas me gustaban más que otras, pero no entendía muy bien qué era «pensar por mi cuenta». ¡Qué enredado parecía eso de ser sabio!

Extrañé a mi amigo Pablo. En vez de pasar las vacaciones con él, explorando los misterios de una casa abandonada, tenía que escuchar las raras palabras de mi tío.

Y por primera vez en varios días extrañé a mi padre. Seguía enojado con él porque se había ido, pero recordé los edificios y los puentes que me ayudaba a hacer con cubos de plástico. Él era buenísimo para eso. Cuando yo veía sus manos grandes y precisas, capaces de armar toda una ciudad en miniatura, me sentía muy contento y seguro. En sus dedos, las torres más complicadas parecían fáciles de hacer. Papá nunca hacía preguntas extrañas como tío Tito; simplemente me ayudaba a jugar. Se trataba de dos formas de ser muy distintas. Ahora que estaba con el tío añoraba las ventajas de alguien tan práctico y tan callado como mi padre.

Quise descansar un poco de la larga conversación con Tito y pedí permiso para ir a la farmacia a hablar por teléfono.

—Perfecto —dijo el tío—. Y de paso cómprame unas aspirinas. Desde hace dos días me duele una idea.

Me hizo bien salir a la calle, escuchar ruidos, ver coches, pero sobre todo me hizo mucho bien entrar en la farmacia.

Siempre me ha gustado el olor a alcohol, jabones y jarabes que tienen las

farmacias. Respiré la fragancia de los remedios y, al fondo, entre un millón de cajas con los nombres raros de las medicinas, vi unos ojos que me llamaron la atención. También vi la nariz y el pelo. Había visto otras chicas bonitas, pero esa me provocó cosquillas en el estómago. La garganta se me cerró, como si hubiera tragado polvo.

Me encantó que ella llevara bata blanca. Le quedaba perfectamente; no era de su madre ni de una hermana mayor. Una bata a su medida, con su nombre cosido sobre un bolsillo: Catalina.

Un anciano había llegado antes que yo. Pidió unos diez medicamentos.

Catalina fue por ellos y los encontró sin el menor problema. Se movía con soltura entre las cajas y los frascos alineados por especialidades.

Comparada con el orden de la farmacia, la biblioteca de mi tío representaba el caos absoluto. Estar ahí era como ver un plácido estanque después de salir de una tempestad.

El anciano pagó con un billete grande. Catalina sacó una calculadora y agitó sus dedos sobre las teclas, con magnífica velocidad.

Entregó el cambio y se me quedó viendo, con sus ojos color miel.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó.

Ninguna niña me había hablado antes de *usted.*

No contesté y seguramente me puse rojo de nervios.

Ella sonrió y vi que tenía un diente apenas desviado. Este mínimo defecto la volvió aún más hermosa, pues la hizo distinta a cualquier otra chica.

Volvió a preguntar qué se me ofrecía.

Hasta ese momento yo creía saber cómo debía verse una mujer hermosa. Lo que no sabía, y Catalina me reveló, fue que alguien pudiera ser hermosa de manera tan detallada y particular. Al verla, me gustaron cosas que no sabía que podían gustarme; por ejemplo, su dedos delgados y la manera en que tomaban los objetos.

Acababa de descubrir que se puede tomar un frasco de medicinas de manera hermosa.

La cabeza me daba vueltas.

No pude hablar. Me había enamorado. ¡Me había enamorado «de usted»!

—¿Eres mudo? —preguntó mi amada, con tranquilo interés.

Esa chica acostumbrada a ver enfermos parecía dispuesta a tratar con naturalidad a cualquier cliente.

Olí el aire de la farmacia y supe que todas las medicinas de mi vida me iban

a recordar el momento en que Catalina me miró con gran atención, como si yo fuera un mono perdido, y preguntó:

—¿Hablas español?

Asentí, como si me hubiera tragado una moneda.

Ella fue por una cajita redonda de metal. Sacó una pastilla roja y me dijo:

—Para la garganta.

Chupé la pastilla y ella dijo:

—Ahora sí, ¿ya puedes hablar?

No pude. Me había vuelto a enamorar, esta vez «de tú».

—¡Catalina! —gritó alguien al fondo de la farmacia.

—Ya vuelvo —dijo ella.

Regresó al poco rato, cargando suficientes paquetes de vendas como para hacer feliz a una momia.

El tío Tito había dicho que es sabio quien piensa por su cuenta. Ante Catalina, no pude pensar nada. Todo se me borraba, como si yo fuera una hoja en blanco.

—¿Te tragó la lengua el ratón? —preguntó ella.

La pastilla que me había dado se me fue al fondo del estómago. Quise hundirme hasta el centro de la Tierra, pero un milagro me permitió decir:

—Quiero aspirinas.

—¿Nada más? —preguntó ella, como si la solicitud la decepcionara.

—Y algo para los calambres.

—¿Dónde tienes las molestias? —preguntó, muy seria.

¡Catalina se preocupaba por mí! Traté de explicarle que a veces me despertaba en las noches, con dolores horribles en las piernas.

—Es normal —dijo ella—. Estás creciendo. Vas a ser muy alto —agregó—. ¿Tomas vitaminas?

—Tomo hierro —dije, y de golpe me di cuenta de que no lo había tomado desde que estaba en casa del tío.



—El hierro sabe a cacerola —dijo ella con autoridad—. No te lo recomiendo.

Acto seguido, me entregó una bolsa de celofán con peritas de anís.

—¿Esto alivia los dolores de crecimiento? —le pregunté.

—No, pero te quita el mal sabor del hierro —informó Catalina.

También me recomendó una pomada de nombre fantástico, que no he vuelto a ver: Frotasín. Luego me explicó que debía ponérmela con movimientos circulares (su mano trazó unos círculos).

Pagué y me dio el cambio con manos hábiles, acostumbradas a distinguir el valor de las monedas por el tacto.

Para mi sorpresa, dijo después:

—Vi que saliste de la casa de enfrente. ¿Vives ahí?

—Sí, con mi tío.

—Dicen que tiene muchos libros. ¿Me podrías prestar uno? Me aburro cuando nadie viene a la farmacia.

—¿Qué libro?

—Escógelo tú.

Salí de ahí tan contento que no me di cuenta de que no había hablado por teléfono.

Solo me acordé de esto cuando mi tío me preguntó:

—¿Cómo está tu mamá?

—Supongo que bien.

—¿No hablaste con ella?

No contesté. Seguí de largo hacia los libros de mi tío, esperando encontrar uno que le gustara a Catalina.

Controla tu fuerza

La comida de Eufrosia era estupenda. Por las tardes me dejaba un sándwich y un vaso de leche con chocolate enfrente de la chimenea. Me encantaba comer esta merienda mientras veía arder los leños. Según mi tío, el delicioso sándwich era de jamón de jabalí. Me parece un poco extraño que fuera así, pero sabía distinto a cualquier otra cosa que yo hubiera probado, algo mejor que una supersalchicha y más exquisito que un fino salami. Tal vez fue cierto que aquellas tardes comí jamón de jabalí.

En las noches cenábamos pollo crujiente o espagueti con una salsa que debía tener tomate porque era roja, pero estaba enriquecida con hierbas finas que le daban un gusto exquisito. Curiosamente, aunque comía mucho más y mejor que en mi casa, estaba adelgazando.

—Es por la biblioteca —me explicó mi tío—. Este es un sitio para grandes caminantes.

Era cierto. Todos los días, yo recorría pasillos de nunca acabar. Como daban muchas vueltas, resultaba imposible saber qué tan largos eran. A la hora de la merienda tenía los pies entumidos.

Varias veces fui rescatado por el tío Tito en esas caminatas que parecían no tener fin. Un libro me llevaba a otro, y de pronto me encontraba en un sitio extraño, muerto de hambre o con ganas de ir al baño. Entonces agitaba la campanita que me había dado el tío.

A veces mi pariente tardaba largos minutos en dar conmigo. Cuando estaba muy ocupado en sus lecturas, le pedía a Eufrosia que fuera por mí. Ella avanzaba con gran lentitud y la espera se hacía insoportable, pero yo no me podía enojar con esa buena mujer que de inmediato me ofrecía una crujiente galleta de coco y

me acariciaba con sus manos olorosas a un detergente muy dulce.

Traté de memorizar algunos tramos de la biblioteca. Aprendí, por ejemplo, que después de la sección «Aves del paraíso» se encontraba la de «Aviones y paracaidistas», y después de la sección «Torbellinos en el mar y en el pelo» la de «Pelucas de cabezas famosas».

Algunos nombres me daban risa, otros me preocupaban. Un día pasé por la sección «Personas que tosen demasiado». Ahí encontré un libro llamado *Los que sufren fumando*. De inmediato me acordé de mamá. ¿Qué estaría haciendo? ¿Habría vuelto a usar su suéter color mostaza, de cuello de tortuga, que la hacía verse tan guapa?

Esa noche volví a tomar una cucharada de hierro. No podía decepcionar a mi madre. Aquella oscura sustancia me supo tan mal como siempre. Por suerte, tenía las peritas de anís que me había dado Catalina. Pensé en sus manos delgadas, que al quedarse quietas parecían decir algo, algo bueno y tranquilo. Basta verlas para saber que todo podía ser mejor.

Al día siguiente se me olvidó tomar el hierro, pero no la perita de anís.

El tío me había dicho que los libros se movían, pero no era cierto. Memoricé varios títulos, me fijé en qué lugar estaban y durante varios días los vi en el mismo lugar.

Sin embargo, en cuanto empecé a buscar un libro que pudiera gustarle a Catalina ocurrió algo extraño. La sección «Aves del paraíso» seguía en su sitio, pero no encontré el libro llamado *El pollo dálmata*, que normalmente iniciaba esa sección. Lo mismo me ocurrió al llegar a «Aviones y paracaidistas». Pasé horas buscando *Bombarderos de chicle bomba*, que antes tenía perfectamente localizado.

¿Qué estaba sucediendo? El tío había dicho que en mis visitas anteriores los libros se habían movido. Ahora, esto solo ocurrió después de ir a la farmacia. ¿Catalina me había afectado tanto que yo afectaba a los libros? ¿Había recibido algún contagio de su parte o había despertado en mí una fuerza que parecía perdida?

Todo era muy raro, y muy interesante.

Recorrí los pasillos en busca de un libro que pudiera gustarle a ella. No podía fallarle. Debía dar con algo muy especial.

Fui a la sección «Magníficos perros». Siempre me han encantado los perros.

La Pinta era una pequeña maltés y yo soñaba con tener un labrador que en las noches saltara a la cama.

Revisé toda clase de aventuras de perros hasta encontrar un libro que estaba ahí por error, pues no tenía que ver con el tema: *Viaje por el río en forma de corazón.* Lo abrí por simple curiosidad, pero me cautivó de inmediato.

No pude despegar los ojos de esa historia. Trataba de dos niños, Ernesto y Pepe, que se perdían en el bosque, construían canoas con un tronco y decidían buscar rutas distintas para salir de ahí. Uno iba hacia el Este, otro hacia el Oeste, pero el río tenía forma de corazón y, después de mil peripecias, los reunía en el mismo sitio. Ahí, un indio los ayudaba a construir una inmensa fogata, hecha con las mejores ramas caídas en otoño. El indio les explicaba que el bosque era tan espeso que ni siquiera las águilas, con su vista magnífica, podían saber si había alguien ahí. Ese punto del río era el único suficientemente despejado para mandar una señal de humo al cielo. «Aquí es donde late el corazón», explicaba el indio. Luego decía su nombre: Ojo de Águila. Las llamas de la fogata subían hacia lo alto y eran vistas por las águilas, que volaban en círculo sobre ellas, y luego por un helicóptero que llegaba a rescatar a los niños perdidos. Antes de que el hidrohelicóptero se posara sobre el río, el indio enseñaba a Pepe y a Ernesto a hacer una brújula con ramas y una piedra; luego, desparecía en el follaje.

Esa misma tarde le llevé el libro a Catalina. Ella no estaba, así es que no pude ponerme nervioso. Se lo dejé a su madre, una señora tranquila y amable.

También aproveché para hablar por teléfono con mamá. La oí más calmada. Su voz parecía firme, como si tomara hierro todas las mañanas. Curiosamente, esto me preocupó: ella parecía necesitarme menos que antes.

Me contó que se había teñido el pelo y eso me pareció rarísimo.

—¿Ahora eres rubia? —le pregunté.

—¡Cómo crees! —exclamó y soltó una carcajada.

—¿Entonces?

—Me pinté el pelo de mi mismo color.

Esto me pareció aún más extraño. ¿Por qué se pintaba alguien el pelo del color que ya tenía?

—Es por las canas —explicó ella—. Me siento mejor así.

Sin embargo, al decir esto produjo un ruido inconfundible: había encendido un cerillo. Hizo una pausa para aspirar. Mamá me seguía necesitando. Lo supe por la forma en que fumaba y se atragantaba con el humo.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó entre carraspeos.

—Bien —mentí.

Al colgar el teléfono, me pareció que la bocina olía a ceniza.

Después de la merienda, mi tío quería jugar un juego de mesa donde los romanos luchaban contra los cartagineses. Los romanos iban a pie y los cartagineses montados en elefantes. Yo preferí buscar otro libro. Regresé a la sección «Magníficos perros» y de nueva cuenta me topé con un volumen inesperado: *Incendio en el río en forma de corazón*. Los mismos personajes volvían al bosque. Esta vez unos excursionistas trababan de hacer la fogata del indio Ojo de Águila, pero la hacían en el sitio equivocado, provocando un terrible incendio. Los venados, los zorros y los osos corrían para salvarse y se refugiaban en una zona donde el río no era muy hondo y ellos podían asomar sus cabezas. Ernesto y Pepe tenían que dar un largo rodeo para llegar al sitio donde latía el corazón del bosque y se veían obligados a recorrer a nado el último tramo. Cuando finalmente llegaban al sitio indicado, una pequeña playa en la punta del corazón, descubrían que sus cerillos se les habían empapado. Por suerte, uno de ellos usaba anteojos. Aprovechando los rayos del Sol, utilizaban los lentes como una lupa para achicharrar hojas secas. Así conseguían hacer una buena fogata. Esta vez actuaban sin ayuda del indio, que estaba atrapado del otro lado del incendio. El hidrohelicóptero llegaba al río y mostraba otro de sus recursos: tenía una cámara para succionar agua y arrojarla sobre el fuego. Los niños ayudaban a apagar el incendio, subían al helicóptero y veían a Ojo de Águila a lo lejos; se había puesto a salvo nadando sobre un tronco hasta la otra orilla del río.

Al día siguiente encontré otras historias del río en forma de corazón, en secciones de la biblioteca que nada tenían que ver con eso.

Se lo comenté al tío y el asunto le pareció natural:

—Ya te dije que los libros se mueven. Algo ha cambiado en ti. Cuando te conocí, supe que eras un niño que atraía las historias. No cualquiera hace que los libros se desordenen y traten de llegar a él. Tú tienes esa fuerza, pero debes aprender a usarla. Cuando te trajo tu madre, parecías atontado. Pensé que habías perdido tus poderes. Regresaste un poco perdido a la biblioteca. Supongo que tenías algunos problemas —Tito me vio en forma muy seria, como no lo había hecho antes—. Te entiendo, sobrino, yo también sé lo que se siente estar solo. A veces me gusta, pero a veces me canso. Creo que estás recuperando tus fuerzas.

Algo importante ha sucedido.

No quise decir con quién había hablado en la farmacia.

—Los libros sienten a sus lectores —continuó el tío—, no cualquiera merece leerlos. Algo se ha abierto dentro de ti. El efecto es contagioso, incluso yo he visto libros que no recordaba haber comprado. ¿Sabes lo que acabo de leer?

—¿Qué? —pregunté, temeroso de que el tío hiciera otra de sus pausas para ir al baño. Por suerte esta vez mi curiosidad fue satisfecha de inmediato.

El tío abrió el libro de tapas azules que había llegado unos días antes:

—Aquí dice que cuando la energía de un lector es demasiado fuerte, puede producir una tormenta de libros. Ese es el lector prínceps tempestus. Los anaqueles se mueven en remolino como un verdadero ciclón. Pocas veces ha pasado esto. Un griego lo logró en la biblioteca de Alejandría, un monje enojón e italiano en la Edad Media, un argentino en la biblioteca de la calle México de Buenos Aires. Se trata de casos muy aislados. Normalmente los libros se mueven sin que veas cómo se mueven. Sus saltos son invisibles. De pronto están frente a ti.

—¿Quiénes fueron esos lectores tempestus? —pregunté, muy intrigado.

—Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría, que calculó la circunferencia de la Tierra. La biblioteca de Alejandría era una de las siete maravillas del mundo. En cuanto al monje medieval, era un hombre que rezaba con los ojos cerrados, dándole oportunidad a sus libros de actuar a escondidas. El argentino era ciego y no podía ver cómo avanzaban esos volúmenes que conocía de memoria. A veces, los más grandes lectores son los que tienen un impedimento. Esta biblioteca fue creada por mi padre, que también fue ciego.

El tío me vio con ojos enormes, como si yo estuviera mucho más lejos y él tratara de distinguir mis facciones.

—¿Por qué me ves así? —le pregunté.

—Siempre te veo así.

—A veces me asusta que me mires tanto.

—Perdón, sobrino. Es una mala costumbre. Eso me pasa por haber vivido con un ciego. Yo miraba a todas horas a mi padre. Lo miraba con descaro porque él no podía verme. Me interesaba mucho notar sus reacciones. Por ejemplo, él siempre sabía si era de noche o de día, aunque no pudiera ver. Orientaba su cara como si buscara la luz de una ventana. A veces podía sentir el calor del sol y tal vez un resplandor le llegaba al fondo de los ojos, pero a veces sabía qué hora era sin tener forma de orientarse. Los ciegos tienen una visión interior muy precisa,

desarrollan mucho su memoria, escuchan ruidos que se convierten para ellos en imágenes. Transforman el mundo en un reloj de sonidos. Yo le leía a mi padre y por sus gestos podía saber que él veía las poderosas imágenes de las que hablaba el libro. Me acostumbré a revisar todos sus gestos. Él no veía y yo lo veía demasiado. Por eso a veces me sobran los ojos ante las personas. No soy nada discreto. Te pido una disculpa.

Esta larga y sincera explicación me sorprendió mucho.

—No te preocupes, tío —le dije.

—A veces extraño a mi padre —comentó en voz baja—. Él me aficionó a la lectura y me enseñó que un libro es mejor cuando se comparte. ¡Qué bueno que ahora te tengo a ti! —sonrió con dientes tan grandes como los de un caballo.

En ese momento Eufrosia llegó con chocolate caliente y pastelillos. El tío se metió uno entero a la boca y siguió hablando. Su pantalón se llenó de migajas color de rosa. Le hice una señal para que se callara y comiera tranquilo.

Tito era tan impaciente que se había acostumbrado a resistir cosas hirvientes en la boca; no podía esperar a que se enfriaran. Tomó un trago de chocolate y creí ver que le salía humo de las orejas. Luego dijo:

—Los libros se sienten en confianza ante un lector magnífico que además tenga mala vista o cierre los ojos. Así se mueven más, hasta provocar tormentas muy serias. Se habla de gente que ha muerto sepultada bajo varias enciclopedias. Te digo todo esto para que seas prudente. Lo más difícil de tener un poder es aprender a no usarlo o a usarlo solo cuando es necesario. Atraes a los libros. Es una fuerza muy importante, pero debes controlar ese don.

Yo no me sentía nada especial. Lo único que quería era seguir encontrando historias del río en forma de corazón para dárselas a Catalina.

La historia que cuenta un libro no siempre es igual

Para no despertar las sospechas del tío con mis idas a la farmacia, empecé a salir a escondidas.

Aguardaba el momento en que él se fuera al cuarto de los helechos o a alguna parte alejada de la biblioteca y tomaba las llaves que Eufrosia colgaba de un clavo en la cocina.

Viaje por el río en forma de corazón le gustó tanto a Catalina que no dejó de leerlo ni cuando tuvo que vendar a una señora que se había torcido la pierna. Terminó el último episodio entre dos inyecciones.

Su lectura había sido más agitada y tal vez más emocionante que la mía. También había sido algo distinta. Me asombró enormidades que dijera:

—La niña me cayó muy bien.

Estuve a punto de preguntar: «¿Cuál niña?», pero Catalina no podía decir algo sin que yo estuviera de acuerdo.

—¿Y Ernesto? —le pregunté.

—También, aunque es un poco presumido.

—¿Y Pepe?

—¿Cuál Pepe? —fue su sorprendente respuesta.

Yo había leído la historia de dos muchachos, Ernesto y Pepe. En cambio, ella había leído la historia de Ernesto y Marina. Tal vez estaba tan distraída vendiendo pastillas y poniendo vendas que había imaginado otra historia.

Me devolvió el libro y yo le presté el del incendio.

—Tienes algo ahí —me dijo, cuando yo me despedía.

Catalina metió su mano en mi pelo y sacó un hilo largo color rojo.

—Parece un pelo de muñeco —Catalina sonrió y pude ver su magnífico diente desviado.

Las cortinas del tío eran rojas, roja era su piyama y roja su bata. El hilo debía venir de alguna de esas telas.

—Ven a que te acomode el pelo —me dijo ella.

Pasó sus manos sobre mí. Fue como si sus dedos me pusieran una corona. Le di el libro y regresé a la casa a releer *Viaje por el río en forma de corazón.*

Me serví un vaso de leche, pero la lectura me cautivó tanto que no llegué a probarlo. ¡El libro había cambiado! Ya no era la historia de Ernesto y Pepe, sino de Ernesto y Marina. Me pareció que, en efecto, Ernesto era un poco presumido. ¿Era posible que yo no hubiera leído bien el libro?

Esa noche quise hablar con mi tío de la extraña modificación de la historia en el bosque, pero él no bajó a cenar.



—Salió de la casa —me dijo Eufrosia —. Se nos acabó el té y él no puede vivir sin sus quince tazas al día.

Desperté muy temprano, ansioso de hablar con el tío. Él tardó tanto en llegar a la cocina que fui a buscarlo a su cuarto.

Era la primera vez que iba ahí. Su habitación estaba en la parte más alta de la casa. Los últimos escalones para llegar a su puerta eran libros.

Cuando entré, él seguía roncando. Tenía un libro sobre la cara: las hojas se movían con sus ronquidos.

Mi padre se enojaba cuando yo tenía una pesadilla y lo despertaba en las noches. En cambio, al tío le pareció perfectamente natural que yo estuviera ahí, con ganas de hablar con él.

—Es bueno tener una conversación mañanera —dijo con entusiasmo—, pero en estos momentos soy como un libro en blanco. Necesito té para que me lleguen las palabras.

Bajé a la cocina y Eufrosia me dio un termo. Con eso podríamos hablar durante un par de horas. Subí otra vez al cuarto. El tío seguía tumbado en la

cama pero me miró con ojos alertas:

—Descorre las cortinas para que el cuarto brille como una página de Borges —me pidió.

Descorrí las rojas cortinas y el sol inundó la recámara.

—No hay mejor prosa que la luz —dijo el tío.

Hablaba de un modo muy raro, como si siguiera dormido.

—¿Qué es prosa? —pregunté.

—El arte de juntar palabras que no hacen verso. Es la forma en que tú y yo hablamos. Nos comunicamos en prosa, aunque a veces hacemos algún verso sin esfuerzo. ¿Qué querías preguntarme?

—¿Es posible que un libro cambie cuando lo lee otra persona? —le pregunté.

Le conté lo que había pasado con Catalina, sin mencionarla por su nombre.

—Lo que dices es interesante, muy interesante —dijo el tío; abrió el termo y el aire se llenó de olor a pipa—. Cada libro es como un espejo: refleja lo que piensas. No es lo mismo que lo lea un héroe a que lo lea un villano. Los grandes lectores le agregan algo a los libros, los hacen mejores. Pero pocas veces ocurre lo que dices. Cuando alguien modifica un libro para ti y tú puedes distinguirlo, significa que has llegado a la lectura en forma de río. Ningún río se queda quieto, sobrino, sus aguas cambian.

—¿Alguna vez te ha pasado?

El tío desvió sus ojos, cosa que nunca hacía. Miró un rincón del cuarto de manera inquietante y dijo con voz extraña:

—Hace mucho tiempo. Yo era joven, querido sobrino, y ella también. Pero me asustó la forma en que las historias cambiaban ante mis ojos.

—¿Se convertían en historias de terror?

—No, se volvían más interesantes, pero me dio miedo que ella tuviera ese poder. Me pareció algo demasiado fuerte, incontrolable, y dejé de verla. Muchos años después trabajó como profesora en una famosa universidad. Me mandó una postal y me arrepentí de haber tenido miedo de sus poderes como lectora. Es de lo que más me arrepiento en la vida. Luego me casé, con una mujer que no amaba los libros, y tuve que dejarla. Por eso me quedé solo en esta biblioteca. Bueno, ahora estoy contigo —era la segunda vez que lo decía en muy poco tiempo.

La historia del tío me dio tristeza. A él también, porque dijo:

—Vamos a la cocina por galletas de coco. Tenemos que endulzar este día que ya se puso amargo.

Cuatro días después, fui por el segundo libro que le había prestado a Catalina. Respiré el aroma de la farmacia que tanto me gustaba. Ella estaba ocupada con unos clientes, vi el teléfono y decidí llamar a mi madre.

—¡Juancholoncito Rey! —me dijo. A mí me daba una enorme vergüenza que me dijera Juancholoncito.

Pensé que me había puesto rojo. En ese momento Catalina me vio y quise volverme invisible. Ella me saludó a la distancia como si nada, mostrando el libro que tenía listo para devolverme.

Mi madre sonaba contenta, tanto que volvía a decirme ese apodo ridículo.

Entonces pasó algo curioso. Siempre que pensaba en mamá quería estar con ella. Imaginaba que la ayudaba y ella se alegraba. Ahora, por primera vez, hablé con mucha calma y ni siquiera me pregunté si estaría fumando, como si sus problemas no fueran míos. Colgué y me acerqué a Catalina.

La escuché decir los nombres raros de unas vacunas. Luego se volvió hacia mí, feliz de verme:

—Este es todavía mejor —señaló el libro.

No hice ningún comentario y volví a casa del tío, deseoso de releerlo.

Catalina había agregado estupendos detalles a la aventura. Ernesto y Marina lograban huir por un camino que ardía sobre ellos como un túnel de fuego.

Al principio, Ernesto no se atrevía a correr por el túnel, pero ella lo tomaba de la mano y le infundía gran seguridad.

Marina tenía un carácter agradable y decidido. Ernesto, que antes parecía un poco presumidillo, ahora se comportaba con sencillez y ayudaba a salir a Marina de un hoyo en el que caía; se quitaba la camisa, la mojaba en el agua y se la daba a ella para que se limpiara el lodo.

Al final, cuando ya se habían salvado, nadaban en el agua fría. Marina jugaba a ser un pez y mordía a Ernesto.

Esa noche soñé que estaba en un río.

Los libros de sombra

Hasta este preciso momento no me he atrevido a escribir algo muy fuerte que sentí en esos días. Aunque ya ha pasado mucho tiempo, trataré de contarlo tal y como se presentó ante mí, cuando enfrentaba las vacaciones más especiales de mi vida.

Fui a la sección de «Magníficos perros» a buscar más historias del río en forma de corazón. Sin embargo, no pude hallar ninguna. Algunos tomos llamaron mi interés con sus títulos de aventuras y sus espléndidas ilustraciones a todo color, pero a mí no me interesaba otra cosa que volver al bosque donde Ernesto y Marina vivían aventuras.

¿Existirían otros cuentos del río? ¿Qué podía hacer para dar con ellos? ¿Llegarían por su cuenta para que yo los leyera?

La vida en casa de tío Tito había resultado más interesante de lo previsto. De cualquier forma, a veces él me parecía un poco triste, como si se arrepintiera de haber pasado tantos años sin otra compañía que sus gatos y sus libros. También me inquietaba que se me quedara viendo con sus ojos saltones, como si esperara algo de mí. Me gustaba ser un lector príncipe porque nunca antes me habían elogiado de ese modo, pero temía decepcionar al tío. Tal vez mis poderes de lector no fueran tan intensos como él creía.

En las primeras semanas en la biblioteca recorrí más o menos los mismos lugares. Había tantos libros y tantos cuartos que me perdía con facilidad y tocaba la campanilla para ser rescatado por el tío.

La biblioteca era más extensa de lo que yo había podido percibir, pero no me animaba a alejarme en exceso. ¿Qué tal si llegaba a un sitio tan alejado que mi

campana no pudiera ser escuchada? Sin embargo, no dejaba de preguntarme qué habría en los rincones más remotos de la casa. ¿Libros de terror y magia negra? ¿Textos de crímenes escritos con sangre?

Como mi país favorito era Australia, también pensaba que a lo mejor había un agradable lugar lejano en la biblioteca, una Australia de los libros, a la que muy pocos llegaban. ¿Habría ahí libros raros y fascinantes, como el koala, el canguro y el ornitorrinco?

Una tarde me atreví a alejarme un poco más de lo habitual. Tomé un largo pasillo, tapizado por un tapete color vino. Avancé hasta sentir un olor raro. Más que un aroma lo que me llegaba era una sensación de encierro, como si nadie hubiera respirado ahí en mucho tiempo, como si todo hubiera estado quieto, muy quieto, y mi nariz lo agitara de pronto. Olía a libros antiguos que no parecían estar guardados, sino presos. Tomé el que me quedaba más cerca y una nube de polvo llegó a mi cara. Era un polvo gordo, como migajas de pan. Di unos pasos más y el olor a encierro se hizo más fuerte. No me atreví a seguir respirando ese aire denso y muerto.

Regresé bastante aturdido y no quise cenar. Había tragado demasiado polvo para tener apetito.

Esa noche regresó el sueño escarlata. De nuevo caminé por un pasillo húmedo y oscuro hacia la habitación donde lloraba una mujer. De nuevo mis manos se tiñeron de sangre al tocar las paredes.

Desperté de madrugada, empapado de sudor. Tenía mucha sed pero me dio miedo ir a la cocina a esas horas. Me quedé en la cama, tratando de calmarme.

Pensé en el pasillo donde había estado por la tarde y en su tapete color vino. Comparado con mi pesadilla, aquel sitio no era tan terrible. Se trataba de un lugar encerrado, lleno de libros viejos, pero nada más.

No me gustó cómo olía ahí y me sentí incómodo, pero se trataba de algo que podía soportar. En cambio, me daban miedo las puertas cerradas. Detrás de ellas tal vez no había nada, pero mi imaginación agregaba cosas horribles, como la sangre que inundaba el cuarto escarlata.

Se me ocurrió que si me atrevía a recorrer toda la biblioteca dejaría de tener miedo a los rincones desconocidos de la casa y quizá también dejaría de tener el sueño escarlata.

Si me llenaba de valor para recorrer todos los cuartos, no habría motivo para temerle a ningún cuarto, ni siquiera a uno que apareciera en sueños.

Al día siguiente le comenté al tío que algunas partes de la casa olían a

encierro.

—Tienes razón, sobrino. La ventilación no es la especialidad de la casa. Hay pequeñas ventilas en el techo para que pase el aire. Generalmente están cerradas porque se mete la contaminación y algún pájaro aventurero. Pero las puedes abrir si sientes que te falta oxígeno.

—¿Cómo?

—En esta ciudad el viento sopla de norte a sur. En las paredes que dan al norte hay sogas para abrir las ventilas.

—¿Cómo sabré qué paredes dan al norte?

—Si no sabes de geografía, no te preocupes. Jala donde veas una soga.

Fui al pasillo del tapete color vino. Entre dos libreros, logré distinguir una soga muy raída. La jalé y se rompió entre mis dedos. Así de vieja estaba.

Más adelante encontré otra soga y tiré de ella. Al cabo de unos segundos sentí una leve brisa. La atmósfera cambió por completo, tocada por una invisible frescura, y me sentí más tranquilo. Las cosas ya no parecían encerradas sino guardadas.

Seguí adelante, sin aventurarme demasiado, pues aún no ganaba una confianza absoluta. Abrí ventilas cada vez que fue necesario, revisé secciones y estantes, pero no di con ninguna aventura del río en forma de corazón.

Gané confianza para recorrer la biblioteca, pero al no encontrar lo que buscaba mi humor fue cambiando. Revisé los libreros de distintos modos. Primero con curiosidad, luego con desesperación, finalmente con ansiedad.

Los pies me dolían y me moría de hambre cuando descubrí que estaba perdido. Lo que más temía acababa de suceder. El valor me llevó al descuido. Tío Tito me aconsejó que aprendiera a administrar mis fuerzas, pero lo entendí demasiado tarde.

Agité la campanilla durante largo rato, pero fue en vano.

Me encontraba en un cuarto con techo de bóveda. Muy en lo alto me pareció ver pintada una paloma, o tal vez se tratara de una mancha blancuzca hecha por el salitre. El cuarto tenía cuatro puertas y no reconocí ninguna.

Ya en otras ocasiones me había perdido sin que eso fuera un problema, pues no me había alejado mucho de la sala y la cocina.

—¡Tío Tito! —grité.

Los libros absorbieron mis palabras. Eran tantos y tan gruesos que chupaban

cualquier sonido.

—¡Eufrosia! —tampoco este grito fue oído.

De nada servía malgastar mis fuerzas gritando. ¿Qué hubieran hecho Ernesto y Marina en una situación similar? Ellos se orientaban con habilidad en el bosque y en cierta forma la biblioteca era un bosque: las hojas de los libros venían de los árboles. ¿Cómo hubieran salido mis héroes de un bosque escrito?

Si yo fuera el personaje de una historia y estuviera en la página 83, ¿qué haría para llegar al siguiente capítulo?

Estas ideas me ayudaron a no desesperarme. Como había cuatro puertas, pensé que representaban las direcciones de un mapa: Norte, Sur, Este y Oeste.

Fui a la puerta que para mí representaba el Oeste. Me asomé a un gran salón. Asombrosamente, no contenía libros sino cabezas de animales disecados. Uno de mis tíos había sido un famoso cazador.

Había ciervos, carneros, jabalíes, coyotes, lobos y un oso. Yo hubiera preferido ver a esos animales en el bosque de las historias (salvo al oso y los lobos, que tenían colmillos enormes). De cualquier forma, admiré la belleza de esos animales salvajes. Algunos ciervos tenían grandes cornamentas. Tío Tito me había dicho que la importancia de una cornamenta se medía por el número de puntas que tenía. Conté todas y vi que había una de catorce puntas. ¿Quién se habría atrevido a matar a ese rey de los ciervos? Me avergonzó que alguien de mi propia familia hubiera hecho eso alguna vez. El ciervo tenía ojos negros de vidrio. El pelo, color gris, se oscurecía bajo sus ojos, siguiendo un trazo parecido a una lágrima o un signo de interrogación. Esto daba un aspecto triste al animal, como si hubiera llorado. No pensé que la salida pudiera estar por ahí y decidí ir a otro cuarto.

Esta vez me dirigí a la puerta que para mí representaba el Este. De nueva cuenta pasé a un cuarto que no contenía libros. Un cuarto vacío. Me acerqué a una de las paredes. Estaba cubierta de manchas de humedad. El salitre cubría la superficie con gruesas burbujas. Los libros se hubieran echado a perder en ese sitio. ¿Por qué no habían llamado a un plomero? La casa era más rara de lo que yo suponía.

En este cuarto había estatuas de personas en actitud de estar leyendo. Por sus ropas entendí que se trataba de hombres antiguos. En las bases de las estatuas encontré inscripciones en idiomas desconocidos.

Por un momento pensé que se trataba de hombres que se habían petrificado en la biblioteca. Tal vez se trataba de un extraño museo de lectores.

El polvo de las estatuas me hizo estornudar y preferí ir a otro sitio.

Me asomé a la puerta Sur pero no me atreví a entrar a ese cuarto, repleto de libros diminutos, como si ahí la biblioteca se hubiera encogido. Me preocupó ver tantos tomos pequeños, con una letra tamaño ojo de hormiga. ¡Qué esfuerzo terrible leer todos esos volúmenes! Si ahí hubiera un ejemplar de las historias del río, se habría destacado como un gigante entre duendes. Tenía que buscar en otro sitio.

Decidí ir a la puerta Norte, la última que me quedaba. Esta vez no supe qué había dentro porque todo estaba a oscuras. Nunca había percibido una oscuridad mayor. Mis ojos se llenaron de aire negro. Me puse un dedo ante las pestañas y no pude verlo.

Di un paso, otro más, y tuve miedo de perderme. Me di la vuelta, ¡había cometido el error de cerrar la puerta y ya no podía verla! Traté de avanzar hacía ahí. Toqué el muro, repasé la pared, pero mis manos no encontraron rastro alguno de la puerta ni del picaporte. Aquel muro era liso hasta la desesperación.

¿Qué hacer? El corazón me latía con fuerza. Me quedé un rato en silencio, oyendo mi agitada respiración.

De pronto me llegó un olor agradable, como si hubiera una leve corriente. Si el aire se movía eso significaba que en algún sitio había una ventana.

¿A qué olía esa corriente de aire? A las sábanas de mi casa. Un olor limpio que te ponía contento.

Fui en esa dirección pero pagué caro mi atrevimiento. Me di un golpe contra un bulto muy sólido. Lo toqué con cuidado: era un librero. Acaricié el lomo de un libro, un lomo suave, hecho de piel. Aunque no podía ver nada, abrí el libro y pasé mis manos sobre las páginas; sentí los relieves de la escritura para ciegos. Toqué puntos y diminutas rayas. Esos debían ser los libros de mi tío abuelo, el padre de Tito, que se había quedado ciego. Por eso el cuarto estaba a oscuras.

La penumbra no se debía a algo maligno. Para mi tío abuelo seguramente se trataba de un sitio agradable y tranquilo, donde podía leer libros que lo transportaban a mundos brillantes y llenos de color.

Esta idea me tranquilizó y me permitió seguir avanzando entre los estantes.

De vez en cuando me detenía a tocar unas páginas, solo por el gusto de hacerlo. Mis dedos se deslizaban sobre las letras de los ciegos. Traté de imaginar lo que esas rayitas significarían para alguien que supiera leer por el tacto: batallas, travesías en el desierto, dragones con boca de fuego, barcos a punto de naufragar.

En eso estaba cuando escuché un ruido. Un libro cayó de algún sitio. Inmediatamente después otro libro se vino abajo. ¿Había alguien ahí?

Grité tan fuerte como pude. Los libros chuparon mis palabras y el cuarto volvió al silencio. No se oía el menor susurro.

Me entró un pavor espantoso, como si al fondo del cuarto estuviera la pared de mi sueño. ¿Había caído al fin dentro de mi pesadilla? Yo quería recorrer todos los cuartos de la casa para olvidarme del cuarto escarlata, pero ahora me sentía atrapado ahí. ¿En qué momento me creí tan valiente como para llegar tan lejos? ¿Y si de pronto oía el llanto de una mujer? Me tapé los oídos.

Luego me senté en el piso, incapaz de moverme. Estuve así largo rato.

De pronto, sentí algo en la nuca. La hoja de un libro. Lo malo es que no era una hoja quieta. Era una hoja que se había movido. Pude sentirla como una caricia.

Pensé que alguien me iba a matar y pensé en todas las cosas que no volvería a ver. En mi hermana Carmen y la sonrisa de mi madre, en mi padre, en mi curioso y querido tío Tito, en Pablo, mi gran amigo, y luego, con un fuerte temblor, pensé en Catalina y en sus ojos color miel, que hacían que yo me sintiera mejor persona cuando me miraban. Sentado en la oscuridad, rodeado de un peligro desconocido, supe que tenía demasiadas cosas que perder si no salía de ese cuarto.

Me levanté, un poco entumido de tanto estar sentado. Creí distinguir un golpe de aire limpio a mi derecha. Fui en esa dirección.

Otro libro cayó junto a mí, luego otro más. ¿Quién los tiraba? ¿Qué diablos sucedía?

Creí que me volvería loco. Entonces recordé algo que había dicho tío Tito: cuando los libros saben que no son vistos, pueden provocar una tormenta. Esta vez no se deslizaban en forma discreta hacia mí, sin que yo viera su avance; se tiraban y saltaban por todas partes.

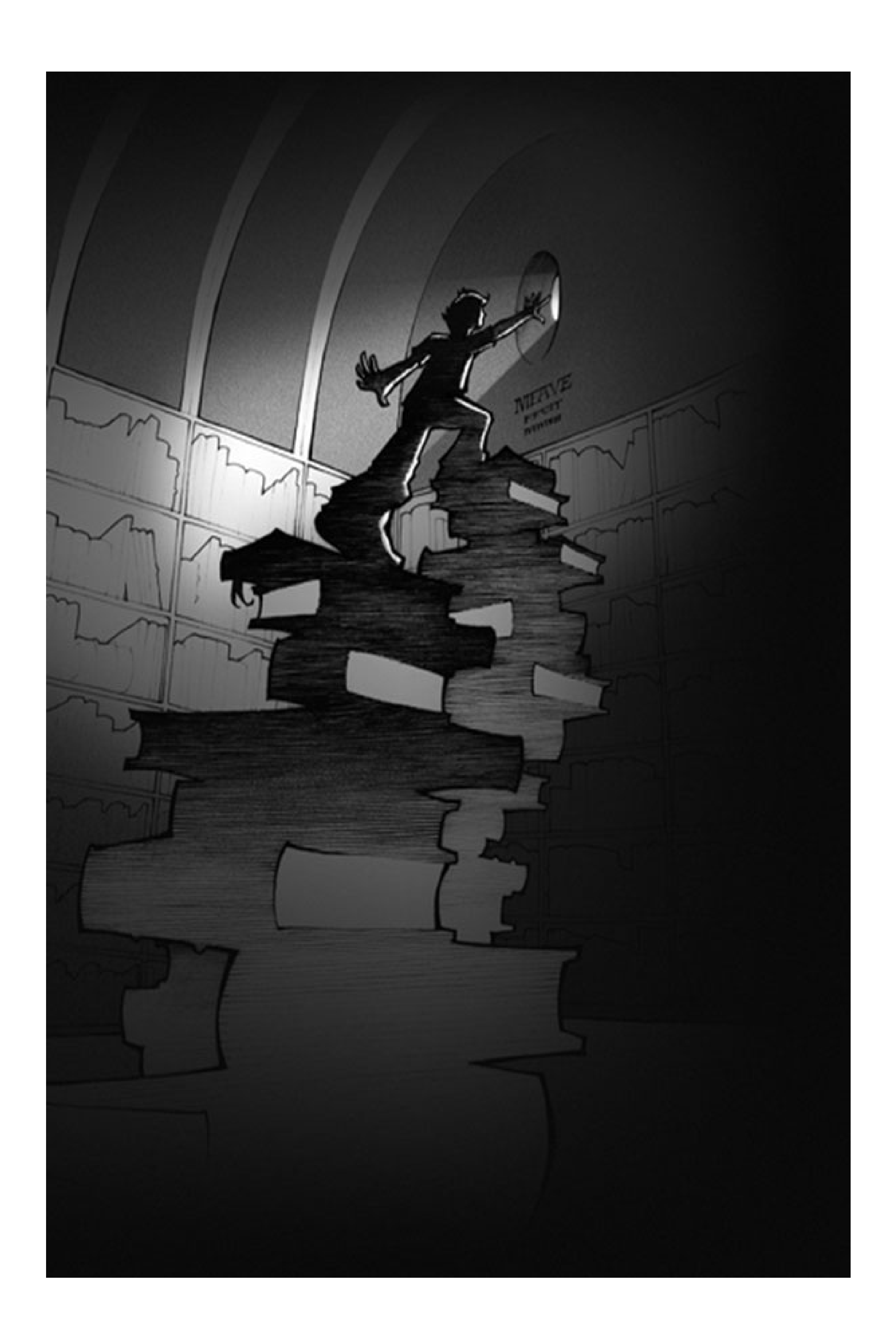
Los libros se movían como les daba la gana. Actuaban según su capricho, pero no necesariamente en mi contra. Tal vez se estaban divirtiendo. Me calmé un poco y logré sortearlos mejor.

Debía apurarme para llegar a la salida antes de que los libros pudieran bloquearla.

Caminé lo más aprisa que pude, salté ejemplares, pisé algunos de ellos y poco a poco comprendí lo que estaba pasando. Bajo mis pies, los libros se ordenaban en escalones. No querían impedir mi salida, querían propiciarla.

Subí y subí usando los libros como peldaños. Pensé que mi cabeza se golpearía con el techo, pero el cuarto era muy alto, tal vez el más alto de toda la casa.





Estaba agotado de trepar por los libros que seguían creando escalones. Entonces sentí algo delicioso: un viento fresco en la cara. Cerca de ahí había una ventana.

Mis manos lograron tocar el muro. Acaricié con cuidado la superficie hasta distinguir un hueco. Me asomé por ahí: daba a un túnel estrecho. Muy al fondo vi un pequeño círculo pálido: el cielo.

Me introduje en el túnel, apenas más amplio que mi cuerpo, y avancé a rastras.

Después de unos minutos llegué a la desembocadura. Me asomé hacia abajo y pude ver el jardín. Nunca había estado tan alto en una casa. Saqué las manos y toqué algo metálico. Era una escalera vertical, como las que hay en los barcos. Podía bajar por ahí.

Así descendí hasta el jardín. Estaba asombrado por mi aventura, con la cabeza llena de ideas revueltas, pero no pude pensar en nada porque oí la voz de mi tío.

—Hace cinco tazas de té que te estoy esperando —comentó sonriendo—. Veo que descubriste el cuarto de los libros de sombra. Ahí se encerraba mi padre. Le gustaba estar solo, a oscuras, sin que nadie lo molestara. De vez en cuando yo lo acompañaba, con un libro y una linterna. Ese que traes debe venir de esa época.

—¿Qué libro tengo? —pregunté, muy sorprendido.

—El que asoma de la bolsa de tu chamarra.

Busqué en mis bolsillos. Con enorme sorpresa vi que un libro había caído ahí.

Esto me impresionó mucho menos que el título: *Un hallazgo en el río en forma de corazón.*

El libro salvaje

Nunca había visto al tío en el jardín. Caminaba sobre el pasto en forma curiosa, como si tuviera miedo de aplastarlo.

No me extrañó que dijera:

—Basta de aire silvestre. Vamos a la casa.

Se dirigió hacia la puerta que daba al invernadero.

Eufrosia había colocado ahí un termo de té, un vaso de leche con chocolate y sándwiches de jamón de jabalí.

Le conté al tío lo que había sucedido.

—Necesitas recuperar las fuerzas después de tu aventura —comentó el tío—. Estás haciendo grandes progresos. Ya conociste el cuarto de los animales disecados y el cuarto de las estatuas. Llegaste ahí más pronto de lo que yo suponía. ¿Viste las fotografías?

—¿Qué fotografías?

—Las de la familia. Están colgadas en la pared, en el cuarto de las estatuas. Ocupan un rincón.

—No las vi.

—No me extraña. Las estatuas son más contundentes. De cualquier forma te recomiendo que estés más atento. A veces los secretos están en los pequeños detalles.

—¿Y quién cazó los animales?

—Nuestros antepasados fueron grandes cazadores. Era gente bastante primitiva que pensaba que matar podía ser un deporte. Yo prefiero las aventuras en las que a nadie le sale sangre.

—En las historias del río a veces sucede algún accidente y un personaje se

corta y le sale sangre —comenté.

—Y está bien que así sea; esas aventuras suceden en un bosque lleno de peligros. La sangre que me molesta es la que gotea en la vida real. Por suerte hay gente como tu amiga de la farmacia que pone vendas y curitas.

Me quedé sorprendido. Yo pensaba que mis visitas a Catalina eran un secreto.

—¿Quién te dijo que tengo una amiga en la farmacia? —le pregunté.

—La fuerza informativa de esta casa: Eufrosia.

—¡Qué chismosa!

—Ella solo busca tu bien. Me dijo que la chica en cuestión se llama Catalina, que es preciosa y ama los libros. Parece ser que le has prestado algunos de esta biblioteca.

Pensé que el tío me iba a regañar, pero añadió de buen ánimo:

—No debes sentirte mal. Los libros existen para ser compartidos. Además, siempre es bueno tener cerca a alguien que puede aliviar los dolores con pomadas y pastillas. Por cierto: ¡¿hace cuánto que no tomas hierro?! Tu madre me encargó que lo hicieras.

—Ya no lo necesito —contesté—. No me han dado calambres.

Pensé que me iba a obligar a tomar las asquerosas cucharadas de jarabe negro con sabor a clavo, pero dijo:

—Estás madurando, sobrino. Además, no me gusta que hagan jarabes de cosas que puedes comer de manera natural. El que quiera hierro, que mastique espinacas o se prepare un buen filete de hígado. O si está muy desesperado, que chupe un cuchillo. A veces la ciencia exagera y nos quiere dar píldoras y jarabes para todo. Al rato van a inventar un jarabe de libro y van a concentrar todas las historias en una cucharada.

Una vez más, Tito se iba por las ramas. Le costaba mucho trabajo mantener el hilo de una conversación.

Bebí un delicioso trago de chocolate y le pregunté:

—¿Por qué tienes estatuas en la casa?

—Pasa lo mismo que con los animales disecados: son hermosas y no me he atrevido a tirarlas. Mi tatarabuelo las mandó hacer, al estilo griego. Son estatuas de grandes lectores. En un principio, había una estatua en cada cuarto de la casa, como una especie de guardián. Pero daban miedo. Imagínate que te despiertas en la noche, te dan ganas de hacer pipí, sales de tu cama y ves a un tremendo señor de mármol. No cualquiera se repone de la impresión. Por eso las mandé al Salón

de Lectores. Si alguien se interesa en las caras que tenían las primeras gentes que leyeron por gusto, puede ir a verlas. También te recomiendo que te asomes a ver las fotografías de la familia. Ahí hay gente que conoces y, por cierto, ¿cómo te fue con los libros de sombra?

—Se movieron.

—¡¿Se movieron?! ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Y nosotros hablando de chupar cuchillos!

El tío acercó mucho su cara. Llevaba un par de días sin rasurarse y sus pelos parecían púas. Olía a sábana usada. Fue un alivio que se alejara y preguntara con más calma:

—¿Se movieron poco o se movieron mucho?

—Mucho.

—¿Se movieron como se mueven las víboras, sin que las veas en el pasto, o se movieron como una tormenta?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Podrías describir lo que pasó? —me dio un sándwich y dijo—: el jamón de jabalí despeja la mente. Mastica y traga un bocado. Te espero con ansias.

El sándwich me gustó más que nunca. Aquello era más ligero y sabroso que el mejor salami.

—¿Y bien? —preguntó mi tío.

—Primero pensé que los libros se estaban cayendo.

—¿Caían en lluvia o caían en cascada?

—Caían uno por uno.

—¡Caída de rocas! —dijo el tío, con gran seguridad.

—Luego pensé que me querían aplastar.

—¿Aplastar como se aplasta una hormiga o aplastar como si te dan un almohadazo? —el tío no dejaba de mostrar gran curiosidad en cada detalle.

—Aplastar como si estuviera temblando y todo se viniera abajo.

—¡Temblor de libros! Hace mucho que eso no sucedía. Se necesita una sacudida muy especial para que se comporten así. ¿Y luego qué sucedió?

—Caminé a tropezones hasta que los libros se empezaron a ordenar.

—¿Quieres decir, querido sobrino, que los libros se pusieron de acuerdo en la forma de moverse?

—Sí.

Los ojos del tío parecían a punto de salirse de su cara.

—¿Estás seguro? —preguntó y dejó la boca muy abierta, como si quisiera

comer lo que yo iba a decir.

—Sí —contesté y él cerró los labios como si tragara una pastilla.

—Quiero que recuerdes que soy tu tío Ernesto, que me dicen Tito, que tengo el compromiso con tu mamá de cuidarte y alimentarte. Es importante que digas la verdad porque esto puede tener consecuencias muy especiales.

—Estoy diciendo la verdad.

—Te creo, sobrino, no he dudado de ti. Es solo que… hay cosas difíciles de averiguar —bebió un sorbo de té con tanto nerviosismo que se mojó los pantalones.

Estaba tan interesado en mi historia que no se puso furioso al mancharse con el té. Me vio con extrema atención, como si yo fuera un pez difícil de localizar al fondo de un acuario, y preguntó en voz baja pero intensa:

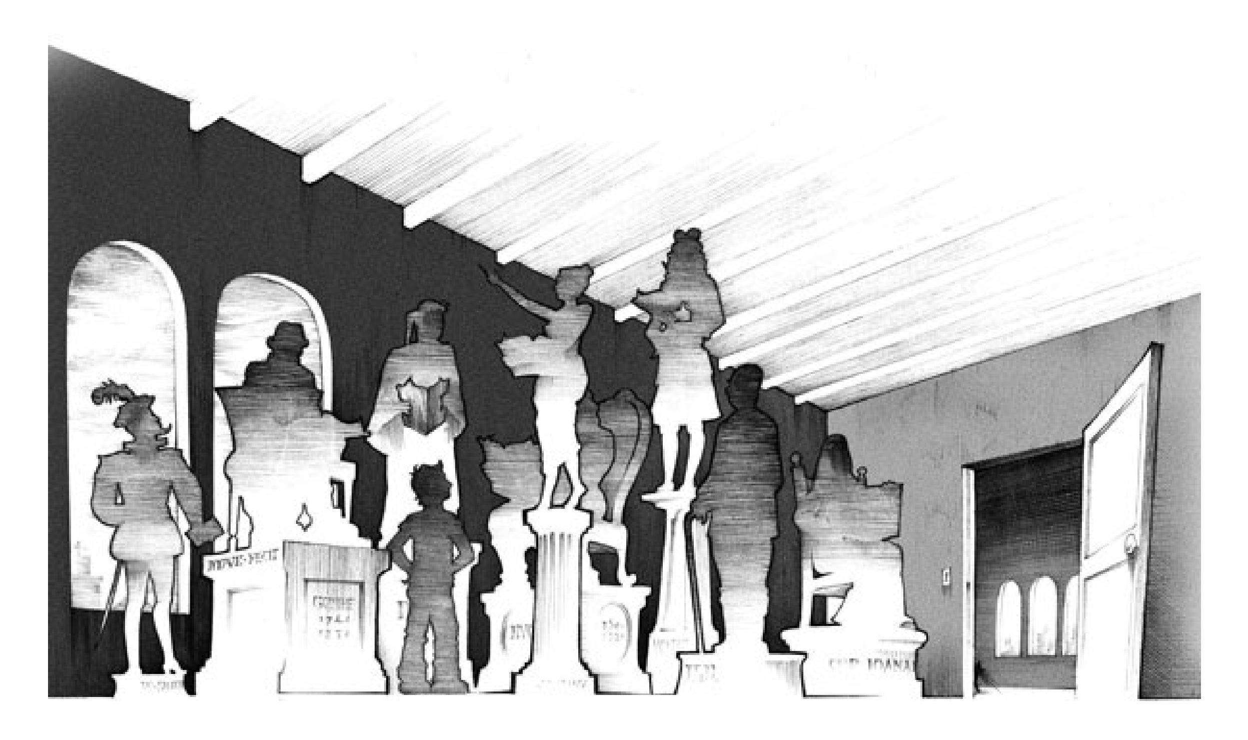
—¿Sabes lo que creo?

—No.

—Los libros ya te leyeron.

—¿Qué es eso?

—Hay gente que cree que entiende un libro solo porque sabe leer. Ya te dije que los libros son como espejos: cada quien encuentra ahí lo que tiene en su cabeza. El problema es que solo descubres que tienes eso dentro de ti cuando lees el libro correcto. Los libros son espejos indiscretos y arriesgados: hacen que las ideas más originales salgan de tu cabeza, provocan ocurrencias que no sabías que tenías. Cuando no lees, esas ideas se quedan encerradas en tu cabeza. No sirven de nada.



—En los libros también aprendo cosas que no se me ocurren a mí —dije.

—Desde luego. Un espejo mágico también es una ventana: allí ves tus ideas pero también otras cosas, conoces ideas ajenas y viajas a mundos distintos. Un libro es el mejor medio de transporte: te lleva lejos, no contamina, llega puntual, sale barato y nunca marea.

—¿Pero qué tengo de especial para los libros? Ni siquiera soy buen estudiante.

—Querido Juan, no es necesario ser muy aplicado para convertirte en un gran lector. Mis libros sienten que los puedes querer como nadie los ha querido y que puedes compartirlos con alguien a quien quieres mucho, como la chica de la farmacia, que tiene ojos tan bonitos.

—¿Eufrosia te dijo que tiene ojos bonitos?

—No siempre hay que creer lo que dicen los noticieros. Tuve antojo de aspirinas y fui a la farmacia por mi cuenta. Catalina tiene ojos hermosos. Pero también tiene ojos profundos. Ella mejoró la historia que leíste, *Viaje por el río en forma de corazón*, ¿no fue así?

—Sí.

—¡Una lector ideal! Ahora dime una cosa y no te equivoques porque esto se pone serio. Dijiste que los libros se movieron con orden. ¿Podrías decirme exactamente qué hicieron?

—Formaron escalones.

—¡Es-ca-lo-nes! —el tío dividió la palabra con admiración.

—Sí.

—¿De escalera?

—No conozco otros.

—Es cierto. La emoción me pone tarado. ¿Cuántos escalones?

—No los conté. Subí por ellos hasta llegar al techo del cuarto.

—¿Llegaste al techo?

—Por eso pude salir por la ventana.

—Claro, claro… —el tío empezó a caminar en círculos. Pasó junto a un helecho del invernadero. Sin darse cuenta le arrancó una hoja. La tomó como si fuera una espada y se la puso sobre el pecho—: ha pasado algo nunca visto en esta biblioteca. Eres muy especial.

—Yo me siento igual que siempre.

—Eso quiere decir que eres requetemuyespecial. La gente que se da aires de importancia no es especial, solo es presumida. Los genios son sencillos: no piensan que son genios.

—No soy genio, tío, soy tu sobrino.

—No te quiero marear con tantos elogios. Eres bueno y sencillo y te gusta el salami, como fueron esos grandes lectores que ahora son estatuas, aunque no sé si ellos comieran salami.

—No quiero ser estatua, tío.

—Ni falta que hace. Vas a ser algo mucho mejor.

—¿Qué?

—El domador de *El libro salvaje*.

El tío se quedó con la quijada abierta, impresionado por sus propias palabras. Hubiera podido meterle un sándwich entero en la boca. Pero tenía más curiosidad que ganas de hacer travesuras, así es que dije:

—¿Me explicas un poco?

—Te tengo que explicar un mucho.

—¿El libro que has estado buscando se llama *El libro salvaj*e?

—Ese es su título, sobrino. No se lo había dicho a nadie.

—Cuéntame más.

—Antes que nada te digo que es rarísimo que los libros se muevan con orden y más raro aún que formen escalones. Eso quiere decir que se ponen a tus pies y están dispuestos a elevarte a donde lo necesites. Siempre encontrarás un libro que te apoye. Los libros son leales. Ningún soldado ha luchado tanto por su

patria como un libro por su lector.

—¿Y no hay libros malos?

—Qué curioso que preguntes eso. Sí, sobrino, hay libros malos, malísimos. No me refiero a los libros mal hechos o ridículos, los tristes libros escritos por una persona que sufrió sin que eso fuera útil, los libros hechos por idiotas que solo querían ser famosos. No, me refiero a libros que hacen daño y atacan a otros libros. No es fácil reconocerlos porque son astutos y esconden su verdadero mensaje. Si los lees, te pueden parecer agradables, pero hacen que olvides lo que dicen otros libros. Los grandes lectores no se dejan engañar, pero a veces hasta ellos aceptan ese veneno, hecho de olvido y malas intenciones. Tengo que confesarte una cosa.

Un trozo de sándwich se me fue entero al estómago.

El tío prosiguió:

—Esta biblioteca no está libre de libros malignos. Hay que estar prevenido. A veces llegan disfrazados de libros útiles, como los diccionarios o los recetarios de cocina. Pero eso no es lo más importante que quería decirte.

El tío alzó la hoja de helecho y exclamó:

—¡Estas vacaciones serán decisivas para ti!

«Son tan complicadas que ya ni parecen vacaciones», pensé, pero no me atreví a decirlo.

En ese momento Eufrosia entró al invernadero:

—¡Qué calor hace aquí! ¿Van a querer cenar pollo o pizza?

—¿Cómo nos interrumpes para eso? —el tío se molestó mucho—. Estamos a punto de decir algo que puede cambiar la historia de la humanidad y llegas a hablar de pizza. Una pizza es un círculo de harina caliente embarrado de salsa. ¿Puede importarnos un círculo de harina caliente embarrado de salsa?

—Yo quiero pizza —dije.

El tío cambió completamente de opinión:

—Perfecto, sobrino, lo que quieras —desvió la vista a Eufrosia—. ¿Sigues ahí? ¡Nos urge una pizza!

La buena mujer salió refunfuñando del cuarto.

—¿Cómo es *El libro salvaje*? —me atreví a preguntar.

—No sé. Ya te dije que nunca ha sido leído.

—¿Nadie lo ha encontrado?

—Está perdido en la biblioteca. Mi tatarabuelo lo tuvo en sus manos, también mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre. Ninguno de ellos pudo leerlo. A

todos se les escapó. Es un libro rebelde, que solo aceptará ser leído cuando alguien consiga domarlo, como un caballo salvaje que de pronto acepta un jinete.

—¿Y sigue en la biblioteca?

—Se ha movido de lugar, pero no puede haberse ido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te está buscando.

En ese momento sentí un remolino bajo mis pies. Estaba cansadísimo por todo lo que me había pasado con los libros de sombra. Cerré los ojos y no supe nada más.

Nunca me había pasado algo así. Desperté unos minutos después.

El tío y Eufrosia me habían cargado hasta la mesa de la cocina. La cocinera me puso un trapo húmedo en la frente y me hizo oler unas sales picantes.

—¿Qué pasó? —pregunté ante las manos de la cocinera, rojizas de tanto lavar platos y tanto acercarse al fuego.

—¿Me reconoces? —preguntó el tío.

—Claro que sí.

—A ver: ¿me dicen Tati, Tito o Toti?

¿Cómo era posible que alguien tan inteligente fuera tan infantil?

Para molestarlo le dije:

—Eres mi tía Tati.

—¡No puede ser! —aulló—. ¡Mi sobrino del alma se volvió chiflado! Estábamos a punto de resolver el acertijo de *El libro salvaje*. ¡Qué pésima suerte! ¿Ahora qué le voy a decir a su madre? ¡Solo falta que te salgan plumas o que quieras cantar en televisión moviéndote como una marioneta! ¿Te convertiste en un cantante idiota?

Me dio tanta lástima verlo así que dije en el acto:

—Es broma, tío Tito.

Entonces besó mis mejillas y me acarició el pelo en forma muy rara, como si secara un plato. Por lo visto, no tenía costumbre de acariciar a nadie. Esto me hizo pensar en mi madre, que me tocaba como si fuera una especialista en hacer sentir bien a la gente. El pobre tío nunca había tenido a nadie que lo tocara así. Para él, acariciar a una persona era tan complicado como abrir una caja fuerte.

No me extrañó que dijera:

—Llevo demasiado tiempo solo, sobrino. Por eso le pedí a tu mamá que vinieras aquí. Creía en tus poderes, pero no sabía que fueran tan grandes. Los libros se han estado moviendo y acabas de superar la prueba de la oscuridad:

aprovecharon para organizarse, y no solo eso, te hicieron una escalera. Eres su amo. Te van a ayudar a encontrar *El libro salvaje*. Si logras domarlo, podrás leer la historia que siempre has deseado.

—¿Quién escribió ese libro?

—No lo sé. Los libros son más importantes que los autores. Los mejores parece que se escribieron a sí mismos. *El libro salvaje* necesita un lector especial, y creo que eres tú. ¡Bienvenido a la biblioteca, sobrino valiente!

El tío me habló como si apenas en ese instante llegara a su casa, y en cierta forma así era: a partir de ese momento mi vida sería diferente.

El libro salvaje no había permitido que nadie se le acercara.

¿Dejaría que yo lo leyera?

La historia se borra

La costumbre del tío de mordisquear galletas con descuido y dejar migajas por todas partes tuvo desagradables consecuencias.

Entré a la sección «Átomos tontos» para ver qué libros se ordenaban bajo un nombre tan misterioso, pero no alcancé a leer ningún título. Mis manos se acercaban a un tomo oscuro, posiblemente encuadernado en piel de toro, cuando vi dos pequeñas antenas. Detrás de las antenas surgieron unas patas y detrás de las patas una cabecita color café. Estaba ante el insecto que me hacía sentir un vacío en el estómago: montada sobre el libro, ajena a mi presencia, muy orgullosa de sus antenas flacas, se exhibía la más asquerosa cucaracha.

Si las arañas me interesaban, las cucarachas me hacían huir. Corrí rumbo a un pasillo y tomé la primer puerta a mi alcance. Seguí corriendo hasta que no pude más y me detuve. El corazón me latía con fuerza y el sudor me afilaba las patillas. Naturalmente, no tenía la menor idea de dónde estaba.

Iba a agitar mi campanita, pero en ese momento me topé con lo que menos deseaba encontrar. Encima de un tomo verde lechuga vi otro bicho provisto de terribles antenas y patas nerviosas. ¿Había corrido en círculo y regresado al mismo lugar?

Había pasado algo peor: aquella cucaracha no estaba sola. Toda la biblioteca se había infestado de criaturas de lomo pegajoso y patas ranuradas.

Me alejé de ahí, caminando de espaldas para no perder de vista a mis enemigas. En el trayecto choqué con un librero y varios volúmenes se vinieron abajo. No me detuve a recogerlos.

Llegué a un pequeño vestíbulo, donde había una mesita y un sillón. Sobre la mesita reposaba un objeto inesperado: un teléfono negro y grande, de aspecto

pesado, hecho en otra época. Descolgué el auricular: no había línea. Colgué y descendí por unas escaleras que estaban a mano derecha.

Así llegué a un patio donde Eufrosia planchaba la ropa. Estaba tan preocupado por lo que había visto que exclamé:

—¡Tenemos cucarachas y un teléfono!

—Esta mañana maté cinco de un solo pisotón —me dijo la mujer con tranquilidad.

Vi el pie grande de Eufrosia, de tamaño ideal para aplastar hasta veinte insectos.

Eufrosia había lavado las sábanas. Al verlas tendidas para que se secaran, me sorprendió que fueran tantas. Conté doce y en mi cama solo había dos.

La mujer me explicó el enigma:

—Tu tío odia las cobijas. Dice que pesan demasiado. Le gusta dormir con diez sábanas. Se tapa con ellas según el frío o el calor que haga. Así se siente como una cebolla, una «cebolla en piyama». Eso dice él, ya sabes que le gusta decir cosas raras.

—¡En la casa hay teléfono! —comenté.

—Tu tío lo tiene para emergencias. Solo lo conecta si necesita hacer una llamada muy especial. Odia que suene el timbre.

En eso escuché una voz detrás de mí:

—Veo que hablan de mí.

Me di la vuelta: no vi a nadie, o más bien, solo vi una sábana. De ahí salió la voz del tío, como si fuera un fantasma:

—Perdón por tirar migajas, es una mala costumbre de los que comemos con emoción y descuido.

—¡Hay cucarachas por todas partes! —le dije.

—Sí, veo que te perdiste en territorio Samsa.

—¿Qué es eso?

—Gregorio Samsa era un hombre que se sentía un bicho y terminó convertido en un insecto.

—¿Existió de verdad?

—No. Lo inventó el escritor que ha tenido las orejas más puntiagudas. Se llamaba Kafka.

Vi las orejas de mi tío. También eran bastantes puntiagudas. Además, tenían pelos blancos.

—¿En qué clase de insecto se convirtió? —pregunté.

—¿Te refieres a Kafka? Toda su vida se sintió un insecto.

—No, al personaje.

—Ah, al señor Samsa. Es uno de los grandes misterios de la humanidad. El escritor puso que se había convertido en un insecto, sin más detalle. Algunos especialistas piensan que tal vez se refería a los escarabajos que viven en las vigas de madera y son típicos de las viejas casas de Praga, donde ocurre la historia. Pero la humanidad tiene ideas fijas: Kafka escribió «bicho» y todos pensaron en cucaracha, la más repugnante enemiga. Ahora estamos invadidos. No sé cuántas secciones de la biblioteca ya pertenecen al territorio Samsa.

—Eufrosia mató cinco —le informé y señalé su enorme pie.

—Esto no se resuelve con pisotones —respondió el tío, y salió del patio, muy contrariado.

Esa tarde, tío Tito conectó el teléfono para hablar con el fumigador. Tuvo una discusión muy acalorada porque el hombre no podía venir rápido. El gobierno había descubierto que todos los restaurantes chinos estaban llenos de ratas y la compañía fumigadora trabajaba sin parar.

—Vendrá dentro de una semana —dijo el tío, con triste resignación—. Mientras tanto podemos recurrir a la guerrilla de los insecticidas.

La casa del tío, que tanto me gustaba a pesar de ponerme algo nervioso, se convirtió en un sitio temible. Las bibliotecas son lugares donde los insectos se pueden esconder a la perfección. Si *El libro salvaje* estaba rodeado de cucarachas, yo no quería encontrarlo.

Rocié insecticida en mi cuarto y Eufrosia colocó un veneno con aspecto de azúcar en diversos rincones de la casa.

En cuanto al tío, a cada rato producía un exagerado golpe de zapato. Sostenía un libro en la mano izquierda y metía la derecha en un botín de suela gruesa. Si avistaba una cucaracha, se lanzaba sobre ella, con enorme decisión y torpeza. Necesitaba unas diez oportunidades para dar en el blanco. La mayoría de las veces, el rival escapaba y él se quedaba en el suelo, jadeando de cansancio. En esos momentos no parecía mi tío, sino un loco que usaba un zapato en la mano.

Durante la semana de las cucarachas, que mi tío bautizó como la «temporada Samsa», propuse que conectáramos el teléfono.

Él estaba muy avergonzado por las cucarachas, así es que aceptó de inmediato:

—Háblale a quien quieras.

Las ideas que se nos ocurren llegan de manera muy rara. Si alguien me hubiera preguntado unos minutos antes a quién quería hablarle hubiera dicho que a mi mamá. Sin embargo, cuando el tío conectó el aparato, pregunté:

—¿Tienes el teléfono de mi papá?

—Me lo dio tu madre, por si algo se ofrecía. París está muy lejos… la llamada sale más cara que fumigar cucarachas… y además ahí es de noche —el tío no parecía muy seguro de cumplir su promesa.

—Dijiste que podía hablar con quien quisiera.

—Está bien, pero sé breve.

Tío Tito fue por la libreta donde había apuntado el número.

—Nunca había visto tantos números juntos, te digo que detesto las matemáticas.

—No vamos a sumarlos ni a restarlos. Solo hay que marcarlos —le dije.

Se puso tan nervioso con la operación que habló a varios números equivocados.

Alguien le contestó de pésimo humor en Francia y él le gritó *camembert*. Le pregunté qué significaba esa palabra.

—Es el nombre de un queso. Fue lo único que se me ocurrió. Marca tú, que tienes mejor relación con los números.

Así lo hice y pude oír la voz firme y alegre de mi padre:

—¡Qué gustazo, Juan!

Me impresionó tanto oírlo tan cerca que fue como si oliera su cara cuando le decía buenas noches, una mezcla a agua de colonia y cuero, la misma que respiré cuando me dormí en su cama.

Me impresionó que estuviera al tanto de mi vida en la casa del tío. Hasta sabía que teníamos cucarachas. Me explicó que hablaba muy seguido con mi madre y ella le contaba todo.

—Tu mamá y yo somos buenos amigos —me dijo—. Siempre lo seremos, aunque no vivamos juntos, y no vamos a dejar de quererte.

Estas palabras sonaron bien, pero no me convencieron del todo. Yo quería que él estuviera conmigo:

—¿Cuándo vas a regresar? —le pregunté.

—Estoy acabando el puente. Todavía faltan algunas semanas.

¿Sería cierto? Quería preguntarle muchas cosas pero el tío me miraba con ojos de preocupación: la llamada le estaba saliendo carísima.

—¿Es un puente que se parte en dos? —se me ocurrió preguntar.

—Sí. En Francia hay muchos ríos por donde pasan los barcos. Cuando regrese vamos a ir al cine y al futbol. Además te compré un gran regalo: los soldados de Napoleón.

En ese momento no me interesaban los regalos. Hubiera querido que él estuviera en la casa y nos ayudara a matar cucarachas.

A pesar de esto me dio gusto hablar con él después de tanto tiempo.

A continuación, Papá me contó que en Francia comían ranas y caracoles.

—Deberían venir a comer cucarachas —dije, de mal humor.

Él me pidió que le hablara de la plaga en la biblioteca y poco a poco me pareció divertido contarle esas cosas. Él se rio mucho con mis descripciones, con esa risa fuerte que tenía.

Cuando yo le decía que algo me daba miedo, él no le daba importancia. No había peligro que me permitiera dormir en su cama. Él no le temía a los monstruos, ni a las pesadillas, ni a las cucarachas.

En ese momento sentí una emoción muy confusa. Si papá estuviera ahí, lo habría besado y le habría pegado. Me daba gusto hablar con él pero también me molestaba que estuviera tan lejos. Además, no solo se había ido a Francia a construir un puente. Ahí lo esperaba su amiga. Estuve a punto de preguntarle por ella pero tuve miedo de que él me preguntara por Catalina (parecía estar al tanto de muchas cosas mías y yo no quería hablar de esa).

—Qué bueno que hablaste, Juan.

Quería decirle lo que sentía pero todo era muy confuso y él estaba al otro lado del mundo, así es que me limité a contestar:

—Adiós, papá.

Cuando colgué, Tito me vio como si yo fuera el jefe de todas las cucarachas. Señaló un cronómetro y gritó:

—¡Hemos perdido una fortuna en esta llamada!

—¿Sabías que los franceses comen ranas? —le pregunté para cambiar de tema.

—Eso lo podrías haber averiguado gratis en un libro que tengo por ahí y que se llama *Delicias asquerosas.* Además, jovencito, los franceses no se comen la rana entera sino solo las ancas, que saben a pollo. Hay gente presumida que desprecia el pollo rostizado y cree que es muy elegante comer una rana que sabe a pollo. Los franceses son extraños, sobrino, pero hay que comprenderlos: inventaron los Derechos del Hombre y uno de ellos es el derecho a estar

chiflado.

Estuve a punto de decirle: «y tú lo practicas muy bien».

Repasé la llamada con mi padre: él era una persona muy concreta, que nunca se enredaba con las ideas ni decía disparates. En ese momento lo extrañé mucho y me hizo bien que el tío dijera:

—Necesitas distraerte, sobrino. Mientras haya cucarachas, no vas a poder buscar *El libro salvaje*. Te aconsejo que vayas a la farmacia. Tampoco te vas a concentrar ante la hermosa Catalina, pero estarás más contento.

Tito tuvo razón. Podía pasar horas en la farmacia, respirando el delicioso aroma de las medicinas, sin concentrarme en otra cosa que en los ojos color miel y el diente apenas desviado de Catalina.

Le expliqué a sus papás que estaba ahí porque iban a fumigar la biblioteca. Ellos se mostraron muy comprensivos. Me dieron un banquito para leer y a las cinco de la tarde me ofrecieron galletas con leche, menos buenas que las de Eufrosia, pero que elogié muchísimo.

Llevé ahí mi libro sobre las arañas. Leer de otros insectos me hacía olvidar a las cucarachas.

Catalina había tenido mucho trabajo en esos días porque hubo una epidemia de gripe y toda la ciudad estornudaba. Eran tantos los enfermos que entraban a la farmacia, que la habían contagiado. No tenía fiebre, pero se sonaba a cada rato, con un ruido suave y un gesto magnífico, cerrando los ojos y arrugando la nariz como si oliera una mostaza picante. En esos días descubrí que las cosas que no te importan o incluso te molestan en los desconocidos, resultan agradables cuando alguien te gusta.

De vez en cuando, su madre me preguntaba algo de la mía. Yo no le había dicho que mis padres se habían separado pero ella me trataba con mucho cariño, como si algo sospechara.

Cada tercer día hablaba por teléfono con mi mamá y ella me daba noticias de Carmen, que estaba pasando unas vacaciones muy divertidas con su mejor amiga. Papá le había contado de nuestra conversación y ella se mostró contenta de que hubiéramos hablado.

Mamá empezaba a ser una persona extrañamente tranquila. Aunque yo no podía estar seguro de eso, me pareció que no fumaba (no oí el ruido de los cerillos ni hubo las pausas de alguien que aspira el humo). En cambio, yo tenía

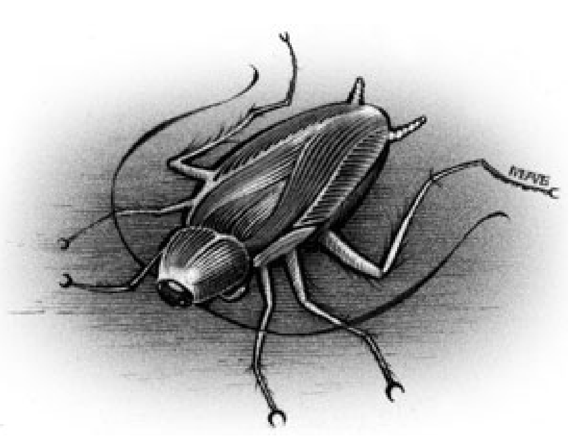
demasiadas emociones revueltas dentro de mí.

—Te oyes un poco raro —me dijo mamá—. ¿Estás bien?

Hubiera querido decirle que quería verla y que el tío Tito era un lunático rodeado de cucarachas, pero le dije que me estaba dando gripe y fingí una tos.

Desde la farmacia, vi el camión fumigador que por fin llegó a casa del tío. Tres hombres bajaron de ahí. Llevaban uniforme color gris rata. Cada uno tenía un tanque en la espalda, parecido al que usan los buzos.

Durante horas y horas trabajaron en la biblioteca. De pronto, el aire de la farmacia, que tenía la suave fragancia de la violeta de genciana, olió a algo que ya no era medicina y parecía veneno. Al poco rato vi salir a los hombres de casa del tío. Llevaban viseras de plástico sobre la cara. Cuando se las quitaron, tenían la expresión de agotamiento que provoca luchar contra adversarios resistentes y asquerosos. Se veían tan mal que fue un alivio que subieran al camión y se alejaran del barrio.



Cuando regresé a la biblioteca, el tío gritaba:

—¡Necesitamos viento del norte!

Había abierto todas las ventilas de la casa para que se fuera el olor a veneno.

Pasaron horas antes de que eso sucediera (o tal vez el olor siguió ahí y nosotros nos acostumbramos a él).

Al día siguiente visité a Catalina. A pesar de que tenía la nariz congestionada por la gripe, me dijo:

—Hueles a veneno.

Se veía más pálida y tenía suaves ojeras.

—No pude dormir en toda la noche —explicó y me entregó el libro que le había prestado, *Un hallazgo en el río en forma de corazón*.

—¿Te gustó? —pregunté con curiosidad.

—Busca la página 114.

Pasé las páginas tan rápido como pude hasta llegar a la indicada. Mi impresión fue mayúscula: estaba en blanco.

—No es la única —Catalina tomó el libro y me mostró otros pasajes en blanco.

Yo había leído la historia sin encontrar nada de eso. ¡El libro se había borrado!

—¿Pudiste leer lo demás? —le dije.

—No me atrevo a decir de qué se trata —contestó.

Después de mucho rogarle y de que atendiera a una señora que quería jarabe para dormir, me dijo que nuestros queridos héroes morían ahogados en el río en forma de corazón.

¡Eso no era cierto! Yo había leído otra historia.

¿Qué había pasado? Hasta entonces Catalina había mejorado las historias con su lectura. ¿Había perdido su poder? ¿La enfermedad la afectaba de esa manera? ¿Y por qué algunas páginas estaban borradas?

—El que escribió este libro es una mala persona —dijo con voz muy seria—: quitó partes que podían ser muy buenas y mató a los personajes con mucha crueldad. No quiero saber nada más de ese río.

—Perdón.

—No es tu culpa.

—¿Cómo sabes que no es mi culpa?

—Los libros que lees en la biblioteca de tu tío se vuelven distintos cuando yo los leo en la farmacia. Tal vez he visto a tantos enfermos que contagié al libro.

Catalina era tan generosa que se echaba la culpa de lo que había leído. Pero ella no podía ser la causante de que el libro se hubiera destruido.

¿Qué estaba pasando?

Pronto sabría que en la biblioteca habitaba un enemigo mucho más terrible que las cucarachas.

Un enemigo

—Lo que me cuentas es muy extraño —dijo tío Tito, mientras inspeccionaba un libro con una lupa.

El lente de aumento hacía que su ojo derecho, de por sí abultado, pareciera el de un pez globo.

El tío movió la lupa. A través de ella vi su cara: los pelos que le salían de la nariz se agigantaron. Luego volvió a hablar, con voz seria y afilada:

—Es posible que tu amiga no sea tan buena lectora como habíamos pensado.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le prestaste un libro por primera vez lo mejoró con su lectura. Hay gente que tiene habilidad para eso, pero luego la pierde. Es suerte de principiante. Tal vez ella solo estaba interesada en impresionarte. Tu amiga me preocupa, querido sobrino.

—¿Por qué?

—No sería la primera vez que un gran lector, un lector prínceps como tú, perdiera sus facultades por seguir unos bonitos ojos. Catalina te tiene embobado y ahora embobó al libro que le prestaste.

Aquello no me gustó nada. Cuando me devolvió el libro, Catalina estaba muy preocupada. ¡No había podido dormir en toda la noche! El libro se había vuelto extraño por otra razón, en contra de nosotros dos.

Pero el tío pensaba distinto. Empezó a caminar por el cuarto, a grandes zancadas. Luego se detuvo, cruzó los brazos y dijo:

—Tuve un amigo que era un genio para leer. Las universidades se disputaban su cabeza. Un sabio de esos que la humanidad produce cada cien años. Un buen día se enamoró de una alumna, se casó con ella y se dedicó a cultivar vegetales.

—¿Y fue feliz? —pregunté.

—¡¿Eso qué importa?! ¿No te das cuenta del desperdicio que significa tener a un sabio cultivando zanahorias?

A mí me parecía mejor estar contento que ser un sabio, pero no dije nada porque el tío estaba tan exaltado que parecía a punto de echar humo por la nariz.

Después de un rato en silencio dijo, más calmado:

—Los libros plantean problemas y la obligación de un sabio es enfrentarlos. Por complicada o incómoda que sea una idea, el sabio debe valorarla. Los apicultores no se quejan de que sus abejas tengan aguijones. Lo mismo pasa con los sabios: deben cuidar la colmena de las ideas, aunque unas piquen y otras tengan veneno.

No me atreví a apartar la mirada del hombre con pelos en la nariz que se acercaba a decirme:

—Aunque las ideas sean un avispero o un hormiguero, el sabio debe enfrentarlas. Pueden zumbar como locas y tener el feo aspecto de los animales a los que les sobran patas, pero hay que dejar que vivan. Mi amigo se rindió: pasó sus mejores años plantando una hortaliza, junto a una hermosa muchacha que con el tiempo se convirtió en una interesante señora, eso no lo niego.

—Dijiste que tenías un amigo que cultiva brócoli y que además hace inventos —le recordé.

—Eso es distinto. Estoy de acuerdo con los pasatiempos, siempre y cuando no interfieran con el desarrollo del conocimiento. A ti qué te interesa más. ¿Catalina o los libros?

Me molestó que me hiciera esa pregunta. Él no conocía a Catalina ni sabía lo mucho que ella había sufrido por la destrucción de la historia del río. En ese momento, mi pariente me pareció un viejo amargado que había pasado demasiado tiempo solo y no sabía apreciar a las personas.

Me negué a contestar.

El tío recorrió la habitación con largas zancadas, tratando de tranquilizarse. Sin embargo, cuando volvió a hablar, la voz le temblaba de furia:

—¡Ella arruinó el libro que le prestaste! No merece que le sigas pasando lecturas.

Estas palabras me enojaron tanto que salí de la habitación.

A la hora de la cena, el tío quiso congraciarse conmigo:

—Entiendo que te guste Catalina, sobrino, yo también fui joven, aunque parezca imposible.

No contesté.

—Pero no quiero que te distraigas demasiado y pierdas tu fuerza de lector. ¡Podemos encontrar *El libro salvaje*!

Mordí un bizcocho que me supo horrible. El tío me vio tras una nube de té de pipa. Luego me hizo la misma pregunta que había hecho en la mañana, pero esta vez sonaba más agresivo, como si ahora perteneciera a la mafia:

—Si tuvieras que dejar los libros para estar con Catalina, ¿qué harías?

Tampoco esta vez contesté, pero sabía cuál sería mi respuesta: prefería estar con Catalina que leer libros y quedarme solo como el tío.

—Sé lo que estás pensando —dijo mi molesto pariente—: preferirías estar con Catalina que leer libros y quedarte solo como tu tío.

Fue como si me leyera la mente.

—Acerté, ¿verdad? —preguntó él, muy satisfecho.

Seguí sin decir nada.

El tío se levantó de la mesa:

—Es la prueba de que Catalina te tiene en su poder.

Aunque las palabras del tío me molestaban, lo que había dicho era cierto: Catalina me importaba mucho más que cualquier otra cosa.

¿Era eso malo? No podía creer que ella deseara algo negativo para mí.

—Es una intrusa —dijo el tío desde la puerta de la cocina—. Vive enfrente, pero es como si se hubiera metido en esta casa. Nos está apartando. Es una entrometida. Maneja tu mente. Ten cuidado, sobrino.

Con estas espantosas palabras el tío me dejó en la cocina, ante un bizcocho que sabía cada vez peor.

Esa noche no pude dormir. Estaba furioso con tío Tito. Bueno, en realidad estaba furioso con todos los adultos. Primero mi padre se iba de la casa, luego mi madre me mandaba con un pariente al que casi nunca veíamos y ahora el tío se había vuelto loco. Era muy original, eso no podía ponerlo en duda, pero las ideas que se le ocurrían eran raras e inútiles.

Pasé horas en la cama, dando vueltas entre las sábanas. En esos momentos no me hubiera parecido mal tener la pesadilla del cuarto escarlata, con tal de quedarme dormido.

Era de madrugada cuando escuché que una puerta se abría en otra parte de la casa. Tal vez también el tío estaba despierto.

Como ya había empapado las sábanas de sudor de tanto moverme en la cama, decidí dar una vuelta.

Avancé por un pasillo que me pareció más largo y solitario que de costumbre hasta que escuché unos ruidos no muy precisos, como los de alguien que abre y cierra libros o frota papeles.

No muy lejos de donde me encontraba, el pasillo daba una vuelta y conducía a un cuarto lleno de mapas donde al tío le gustaba leer. Me dirigí hacia ahí. A medida que avanzaba, los ruidos se volvieron más fuertes.

La puerta del cuarto de mapas estaba entreabierta. No tuve que empujarla para ver al tío en su escritorio, concentrado en la lectura del libro de pastas azules. Su ceja derecha se alzaba en zig-zag y la frente se le arrugaba en tres líneas profundas. Su cara tenía un aspecto maligno. Si fuera posible adivinar lo que estaba leyendo por la expresión que mostraba, diría que estudiaba un tratado de magia negra.

Justo entonces sentí un contacto peludo en mis pies descalzos. Por suerte, se trataba de Dominó, mi gato favorito. Se quedó junto a mí para que le acariciara el lomo. Lo cargué porque me gustaba oír sus ronroneos, y entonces se me ocurrió algo. Tomé la campanilla que llevaba a todas partes, la até a la cola de Dominó y lo dejé en el pasillo. El gato corrió, provocando un agudo tintineo.

Mi tío levantó la vista, puso la cara de hartazgo que le provocaban las interrupciones, se ajustó sus lentes para ver de lejos y decidió averiguar qué pasaba. Debía pensar que yo me había perdido en algún rincón de su inmensa biblioteca.

Se dirigió hacia la puerta. Entonces saqué unos libros de la repisa más baja y me metí ahí.

El tío tropezó con los libros que dejé en el pasillo, pero no perdió el equilibrio y siguió de largo, diciendo algo contra Eufrosia, que no lograba mantener la casa en orden.

A lo lejos, sonaba la campanilla.

Aproveché la ausencia del tío para acercarme a su escritorio a revisar el libro que estaba leyendo.

Me sorprendió el grosor de las hojas. Parecían hechas de pellejo. En esos momentos no me hubiera sorprendido enterarme de que se trataba de pellejo humano.

Las hojas había sido escritas con tinta negra y dejaban ver el trazo de un pincel. Marqué con una pluma de ganso la página en que iba el tío.

Cerré el pesado volumen de pastas azules. El tío me había dicho que estaba escrito en latín. Sin embargo, pude leer el título sin problemas:

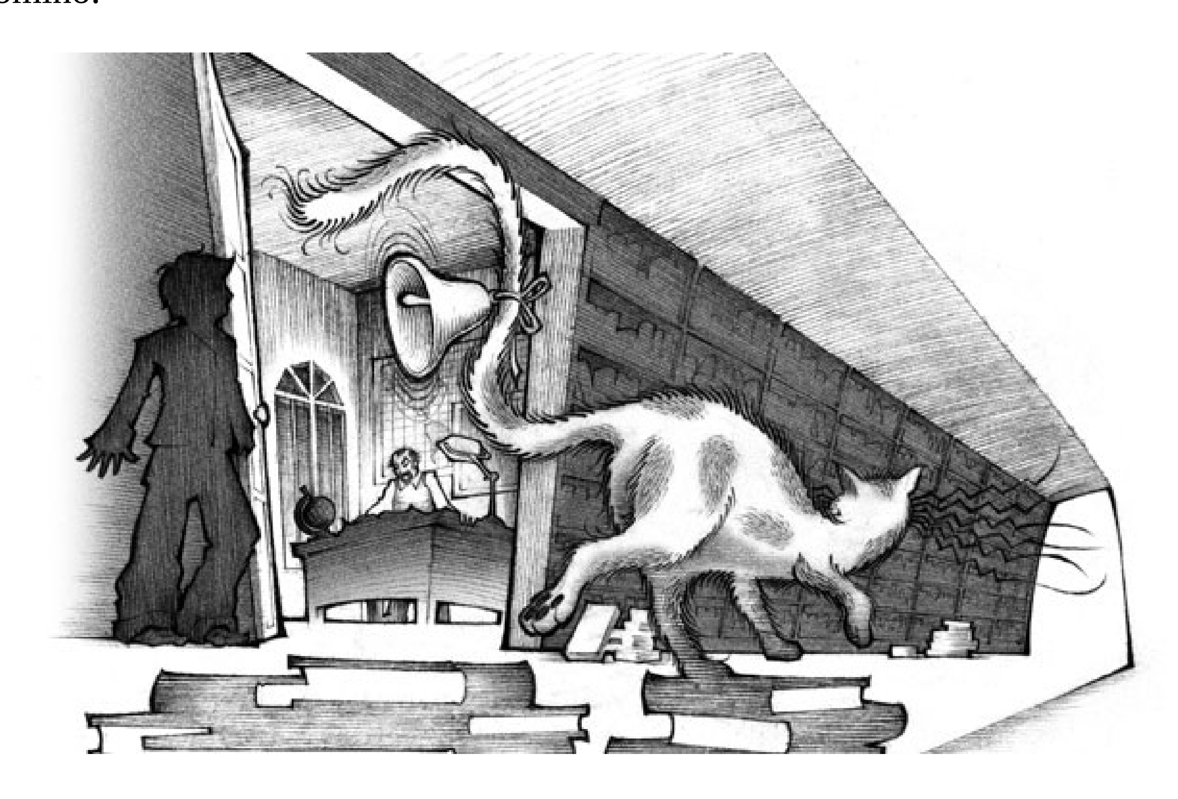
Libro de la adivinación de los libros

ÁBRELO AL AZAR, SI TE ATREVES

Volví a la página en la que estaba el tío. En el último renglón había una frase rarísima: *Asurtni al noc rabaca sedeb.*

¿Qué significaba eso? ¿Sería una clave en latín?

Escuché la campanilla a lo lejos, una buena señal: el tío no había alcanzado a Dominó.



Repasé la frase varias veces. El libro pedía ser abierto al azar. Tal vez si yo buscaba una página para mí, entendería la frase. Abrí el volumen en otro sitio. En la última línea encontré otra frase incomprensible: *Arbmos ut ed eyuh.*

Busqué un diccionario en la mesa. Alcé los libros y los muchos papeles que poblaban el escritorio y di con algo más raro: un espejo.

Volví a abrir el libro en la página del tío. Las palabras se ordenaron al ser reflejadas por el espejo. La primera frase decía: «Debes acabar con la intrusa».

¡Era la frase que el tío estudiaba con su ceja en zig-zag! ¡El libro lo había

puesto contra Catalina! Se trataba de una obra maligna. Solo eso podía explicar el cambio de actitud de mi pariente. Tito había dicho que los libros son espejos que reflejan lo que somos. Ese libro era un espejo de otro tipo: reflejaba cosas falsas que hacían daño.

Luego leí en el espejo la frase que correspondía a mi página: «Huye de tu sombra». ¿Qué quería decir eso?

En eso estaba cuando oí un grito:

—¡Malvado Dominó!

El tío había atrapado al gato. Escuché los pasos que regresaban hacia la habitación donde yo me encontraba. Tomé el libro y salí al pasillo.

No pensé en lo que estaba haciendo. Lo único que quería era que el tío no me viera ahí.

Corrí a toda prisa hasta llegar a una escalera. Subí a trompicones. El libro era muy grande y pesado y dificultaba mis movimientos.

Llegué al piso de arriba, temeroso de haber hecho ruido. Traté de avanzar de puntitas pero el libro me pesaba cada vez más, como si no le gustara nada que yo lo llevara o como si no le gustara a dónde íbamos. Solo entonces recordé que cerca de ahí estaban los libros para ciego que leía mi tío abuelo.

Me senté en el pasillo a reflexionar. El libro de tapas azules me había dado un consejo: «Huye de tu sombra». Eso era muy raro. Nadie puede huir de su propia sombra, es algo que te pertenece y está contigo. Eso sería como huir de ti mismo. Además, si el libro me aconsejaba algo, yo debía hacer lo contrario. No podía dejarme embrujar como el tío. Debía conservar mi sombra. Y otra cosa: yo tenía amigos en la sombra.

Decidí llevar el libro de terribles adivinanzas al cuarto donde vivían los libros para ciegos.

Al acercarme a la puerta, el peso en mis brazos se volvió insoportable. Dejé el libro en el piso para abrir y apenas pude levantarlo. Sentí que los dedos se me iban a quebrar con esas páginas que parecían haberse vuelto de hierro, pero hice mi máximo esfuerzo y logré alzarlo.

Entré al cuarto y la puerta se cerró detrás de mí. Esta vez no sentí el menor miedo. Era ahí donde los libros habían formado escalones para permitirme escapar. De pronto me sentí muy ligero. No solo pude cargar el libro con facilidad, sino que me sentí aliviado por dentro.

Avancé hasta un librero y puse el libro en un estante. De inmediato fue a dar al suelo. Tres o cuatro libros le cayeron encima, como si desearan inutilizarlo. Sí,

ahí yo tenía aliados, amigos desconocidos que vivían en libros que yo no podía leer, pero que estaban dispuestos a ayudarme. Tal vez por eso, en mis solitarios juegos de niño, había imaginado el Club de la Sombra.

No me costó trabajo regresar a la puerta. El cuarto estaba en penumbra pero me orienté con extraña seguridad, como si avanzara en un sueño.

Oí ruidos en el piso de abajo. El tío buscaba algo en su escritorio.

Yo sabía qué era. También, que no iba a encontrarlo.

El libro pirata

Aunque esta historia ocurrió hace ya muchos años, no he olvidado el ruido que de pronto sacudió la casa de tío Tito. Fue algo tan extraño como si un caballo relinchara en la sala.

Los cuartos en los que solo se oía el paso de las páginas o los suaves pasos de los gatos, se vieron alterados por un sonido que nadie podía esperar. Para sorpresa de todos los que teníamos oídos ¡sonó el teléfono!

El tío contestó, y corrí para saber qué decía. Así fue como lo oí decir:

—¿Carmen? ¡¿Aquí?! ¿Por qué?

Cuando llegué a la mesita del teléfono, él ya había colgado. Miraba la alfombra, muy pensativo.

Al sentir mi presencia, alzó la vista y dijo:

—Tu hermana va a pasar unos días con nosotros.

Se veía preocupado. Ya no tenía la cara amenazante de la noche anterior.

Se acercó a mí y trató de acariciarme el pelo. De nuevo sentí ese movimiento de quien trata de secar un plato. Volvía a ser el tío Tito de siempre, un poco raro, pero a fin de cuentas agradable.

—Te quiero pedir una disculpa, sobrino —dijo de pronto.

—¿Por qué?

—Insulté a tu novia.

—¡Catalina no es mi novia! —exclamé con fuerza, aunque, la verdad sea dicha, sentí un raro orgullo de que el tío pensara eso de nosotros.

—¡Lo que sea! —dijo él—: Perdón, no sé qué me sucede. A últimas fechas me irrito más de la cuenta. Tal vez estoy tomando demasiado té de pipa.

—¿Qué decías de mi hermana?

—¡Ah, sí! Pasaba las vacaciones en casa de una amiga. Se llama Leila Bermúdez.

—Ya sé. ¿Y qué pasó?

—A su padre le ofrecieron un trabajo en Estados Unidos. Se van a mudar dentro de unos días. Carmen pasará el resto de las vacaciones aquí. ¿Le gustan los peluches?

—Sí.

—¿Y tiene muchos?

—Muchísimos.

—¿Y los va a traer? —el tío hacía preguntas francamente extrañas.

—Tal vez traiga a Juanito.

—¿Tiene un muñeco que se llama como tú?

—Sí. Le puso así para que yo la invitara al Club de la Sombra.

—¿Qué es eso? —el tío estaba muy interesado.

—Inventé que en las noches iba a un club donde sucedían aventuras. Se lo conté a Carmen para darle envidia y ella me creyó todo. Siempre me cree.

—Es curioso, muy curioso —el tío se rascó la barbilla.

—No entiendo.

—Hace unos días entraste al cuarto de los libros para ciegos. Ellos te ayudaron a salir, formaron escalones y se pusieron a tus pies. Ya te dije que algunos de los mejores lectores han sido ciegos. Mi padre dejó de ver desde muy joven. También tu tatarabuelo fue ciego. Él fundó esta biblioteca. Tienes una asociación muy peculiar con los libros de sombra.

Tito hizo una pausa. Se repasó la barbilla con los dedos. No se había afeitado y se oyó un ruido rasposo. Se apretó la barbilla, como si quisiera que de ahí le salieran las ideas. Finalmente dijo:

—Anoche pasó algo muy extraño.

¿Me habría descubierto? ¿Sabía que llevé el libro maligno al cuarto de los libros de sombra? Quise cambiar de tema y pregunté:

—¿Por qué te interesan los peluches de mi hermana?

—Hace muchos años un niño entró a esta casa con un conejo de peluche. Lo trajo Eufrosia. Es su sobrino, venía de su pueblo y sus padres lo dejaron aquí por unas horas. Su mascota parecía un inocente conejo peludo, pero tenía un hongo al que le gusta mucho el papel. ¡Toda mi biblioteca se contagió! Miles y miles de libros de todas las épocas estaban en peligro. Ese temible conejo de peluche había estado en contacto con libros enfermos. El niño era monaguillo en el

pueblo de Eufrosia. En la iglesia, el sacerdote tenía libros antiguos que hubieran sido valiosos en caso de estar sanos. Pero eran libros con hongos que se meten bajo la piel. ¡Mira estas marcas! —el tío me tendió sus muñecas, mostrando unas rayas blancuzcas que yo no había visto—. ¡Los hongos rayaron mi piel! Me hubieran dejado como un tigre de Bengala de no ser porque fumigué todos los libros, página por página. Ningún especialista quiso hacerlo porque tenía miedo de pasar tanto tiempo en contacto con el veneno. Tuve que rociar el polvillo personalmente. Durante dos años no leí una línea, solo curé libros enfermos. Fue la peor época de mi vida. Esta biblioteca se convirtió en un hospital de páginas agonizantes. El aire olía a sustancias tóxicas y Eufrosia dejó de venir. Me alimenté de pan y agua, como un prisionero. ¿Conoces una tragedia peor?

—¿Y respirar tanto veneno no te afectó un poquito? —pregunté.

—¿Tú que crees? —el tío sonrió de manera curiosa—. ¿Te parezco un poco raro?

—La verdad es que sí —me atreví a decir.

—¡Siempre he sido así! No me interesa ser una persona aburrida y normal.

—No tiene nada de malo ser normal.

—A mí me parece aburrido. Un tostador de pan es normal. En cambio, un guiso sabroso es especial. Prefiero ser un guiso.

—Eres mi tío, no eres un platillo.

—Todo depende de qué tan antropófago te pongas. Hay caníbales que se han merendado a sus tíos favoritos.

—Solo te quería decir que no es malo que seamos normales.

—Tampoco te hagas el muy sencillo. Tienes aspecto de persona simple: dos ojos, una nariz sin chiste, una barriga de tragón común y corriente. Pero tienes talento para atraer a los mejores libros. Eres un lector príncipes y eso nadie te lo quita. Por eso te necesitaba a ti. El veneno no me afectó, querido sobrino, lo que me afectó fue la soledad y no saber qué hacer con tantas lecturas. Tú puedes cambiar eso, solo espero que los peluches de tu hermana no traigan un hongo.

—No han estado en contacto con libros antiguos.

—Todavía no me repongo de aquel conejo tan contagioso. Los libros son seres vivos. Hay que cuidarlos mucho. Te voy a confesar una cosa: anoche cometí un grave error.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en el tono más inocente del que fui capaz.

—¿Te acuerdas del libro que mandé pedir, el de tapas azules que es muy antiguo?

—Más o menos —mentí.

—Te dije que era un libro para buscar otros libros.

—Ah, sí, recuerdo algo. ¿No dijiste que era un libro explorador?

—En realidad, es un libro pirata.

—¿Pirata?

—La gente llama «libros pirata» a los que se fabrican sin permiso, las copias mal hechas que se venden en la calle. Pero hay otra clase de libros pirata: libros que interceptan los mensajes de los demás libros y se los roban para que nadie pueda leerlos. Fue lo que pasó con el libro que le prestaste a Catalina. Ahora lo sé.

—Cuéntame —dije, muy interesado.

—Quise ver qué estabas leyendo y cometí el error de dejar *Un hallazgo en el río en forma de corazón* al lado del libro de pastas azules ¡y le robó el contenido! Tú le diste el libro a Catalina a la mañana siguiente. Ya estaba alterado.

—¿Cómo pudo pasar eso?

—Los libros se relacionan unos con otros, algunos se hacen amigos, otros incluso parecen parientes. Pero también hay libros envidiosos que desprecian los buenos mensajes de otros libros y tratan de dañarlos. Son libros hechos por gente incapaz de proponer algo por su cuenta y que solo puede destruir lo que otros hacen. Así es el libro de tapas azules. Pensé que me ayudaría a encontrar *El libro salvaje*. Grandes especialistas hablaban maravillas de ese tratado de adivinanzas, pero también hay especialistas que se equivocan o que quieren hacer daño. No todo lo que se escribe es bueno, querido sobrino.

El tío hizo una pausa. Suspiró como si saliera del agua. Luego continuó:

—El libro azul es dañino, el peor de los libros pirata, hecho para saquear y perjudicar a los demás libros. El autor no firmó con su nombre. Es un cobarde que se oculta. Quien quiera que lo haya escrito odia a todos los demás autores. Él quisiera ser el único sobre la Tierra. Por eso busca acabar con los demás libros, especialmente con los buenos, que son los que más rabia le provocan. Debí entender esto pero me ganó la ambición de tener un libro muy especial. Ayer te vi con furia y con envidia. Lo reconozco y te pido una disculpa. Estaba bajo la influencia de ese libro destructivo. Fue como si tomara una droga. Te odié a ti y odié a tu amiga porque ustedes leen como yo no puedo hacerlo, mejorando las historias. El libro me aconsejó apartarte de Catalina, y algunas cosas peores.

—¿Qué cosas?

—Te lo diré todo, pero promete que me perdonarás.

—No te preocupes —dije, con voz temblorosa.

—No soy un lector prínceps, nunca lo he sido. Puedo detectar a quien lo es, pero yo no tengo ese poder. Quise encontrar *El libro salvaje* por mi cuenta y por eso recurrí al terrible tratado de tapas azules. En vez de dejar que tú hicieras todo, me quise adelantar, usando ese libro que resultó ser un enemigo.

Solo entonces advertí que no había tocado su taza de té. Nunca lo había visto hablar tanto tiempo sin beber ni ir al baño.

—Antes de que vinieras a esta casa estaba muy triste —prosiguió—. Pensé que moriría sin descifrar el misterio de esta biblioteca. Mi padre me habló de *El libro salvaje*, pero ese volumen no ha querido que yo lo lea. Es como un potro que no acepta jinete, o que espera a un jinete muy especial. Pensé que no habría solución. Angustiado, fui a la sección de libros de magia y me enteré de ese antiguo tratado de adivinación. Lo recomendaban algunos hombres con fama de sabios, pero ahora sé que eran malas personas. Los malos, querido sobrino, no siempre parecen malos. A veces hasta parecen sabios. Mandé pedir el libro antes de que tú llegaras. No sabía que al fin tendría la oportunidad de contar con tu ayuda. Cuando el libro malvado llegó, ya estabas aquí. Lo viste entrar. Debí deshacerme de él, pero la tentación fue demasiado fuerte. Sus páginas se apoderaron de mí. Perdí el control. Estaba aturdido. Me sumí en esas hojas como una bolsita de té en el agua. Me disolví por completo. Apenas ahora vuelvo a ser tu tío. Esta mañana desperté sintiéndome completamente distinto.

—¿Distinto a cuándo? —pregunté, tratando de seguir sus ideas.

—A ayer. Durante la noche, el libro desapareció de mi escritorio. Me dio una rabia infinita y lo busqué por todas partes, con desesperación y linternas especiales. No apareció. Curiosamente, desperté mucho más tranquilo, con la mente despejada. Ahora entiendo que me hizo bien alejarme del libro. Por eso puedo ver las cosas de otra manera y pedirte perdón. ¿Me perdonas?

—Ya te perdoné, tío —dije, avergonzado por tanta insistencia.

—¿Sabes por qué conecté el teléfono? —me preguntó.

—¿Para ver si hablaba mi mamá?

—Claro que no. Para pedirle un consejo al rector de la universidad. Es un viejo amigo mío. Quiero avisarle que tengo un enemigo de los libros en la casa. Necesito consejos para localizarlo.

—¿No es mejor que siga perdido? —pregunté, con fingida inocencia.

—Es bueno que esté perdido, pero temo que vuelva a aparecer. Necesito

saber cómo enfrentarlo.

—¿Y el rector te puede ayudar?

—Es un gran experto en libros malvados. Por desgracia tiene demasiado trabajo. Le hablé hace rato pero no pudo atenderme: tenía una cita con el entrenador del equipo de futbol de la universidad, que está a punto de bajar a segunda división. Supongo que eso le importa más que un libro pirata. Quedó de hablarme cuando terminara con el problema. Por eso dejé el teléfono conectado y por eso entró la llamada de tu madre, que hablaba para ver si de chiripa daba con nosotros. Lo de Carmen es una emergencia. Me pregunto cuántas emergencias caben en esta casa…

—¿Y no hay forma de controlar al libro de tapas azules?

—Ciertos libros son tan poderosos que anulan al libro pirata. Lo someten y eliminan sus efectos. Es posible que en esta casa haya algunos, pero no sé cómo encontrarlos.

Entonces me llené de valor y le dije:

—¿Te puedo decir una cosa y prometes no enojarte?

—Desde luego, sobrino, estoy avergonzado por mi conducta de ayer. No me voy a enojar contigo. Tú ya me perdonaste y yo perdonaría cualquiera de tus defectos chicos, medianos o grandes.

Tomé aire y le conté de un tirón lo que ocurrió la noche anterior.

El tío me miró, sin dejar de sonreír:

—¿Entonces tú le pusiste la campanilla a Dominó? Debí sospecharlo. ¿Para qué sirven mis sesos? Estaba tan afectado por el libro maligno que me comporté como un tonto. Tu solución fue magnífica. El libro envidioso ha sido controlado por los libros de sombra, que él no puede leer. ¡Qué maravilla que estés conmigo! ¡Podemos desconectar el teléfono!

—¿Y si llama el rector?

—No importa. Esta emergencia ha terminado.

El tío se inclinó para desenchufar el contacto.

—¿No sientes una extraña paz? ¡Qué escándalo provoca el teléfono!

—Solo sonó una vez.

—¿Te parece poco? Para mí eso equivale a un cañonazo. Tardo mucho en reponerme —se llevó la taza a los labios y exclamó—: ¡Puaj! Es la primera vez que se me enfría una taza de té. Nunca había hablado tanto tiempo sin beber mis preciosas hierbas. Vamos a la cocina, querido sobrino: necesitamos recobrar fuerzas.

Y así terminó el extenso diálogo con el pariente que, para mi fortuna y la de los libros, había vuelto a ser el mismo de siempre.

El príncipe manda

El tío pasó los siguientes días de estupendo humor. Mandó a Eufrosia al mercado a comprar ingredientes para guisos especiales y canturreó extrañas canciones mientras arreglaba sus libros.

También me llevó al cuarto de las estatuas para enseñarme el rincón que yo no había advertido y donde estaban las fotos de la familia.

Me gustó revisar con él esas fotografías enmarcadas. No eran muchas. Tal vez había veinte. Vi los rostros de personas de otras épocas, a las que no conocía pero sin las cuales yo no hubiera podido existir.

—Tu familia —comentó el tío.

—No reconozco a nadie —le contesté.

—Te falta práctica en comparar narices y cejas. Yo tampoco reconozco muy bien las caras. Soy poco sentimental y casi nunca veo estas fotos. Pero a veces vengo por aquí a recordar que he tenido parientes. Algunos son parientes lejanos o políticos, pero me da gusto verlos. Tengo espíritu de coleccionista y me agrada coleccionar parientes. Como no soy muy sociable prefiero verlos en fotografía, sin oírlos roncar, estornudar o sonarse los mocos.

Me llamó la atención la foto de un niño de unos ocho años y le pregunté quién era.

—No lo vas a creer: ¡es tu papá!

—¿Este niño?

—Fíjate bien: tiene cara de niño ingeniero. Sus ojos miran a la distancia, como tratando de poner un puente.

Vi el rostro algo regordete del niño que muchos años después sería mi padre.

—Tú tienes el mismo lunar en la mejilla, la misma frente, cejas idénticas. Se

parecen mucho —comentó el tío.

En verdad había un fuerte parecido entre nosotros. Lo curioso es que él se veía como mi hermano menor.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó el tío.

—¿Cómo sabes que estoy pensando algo?

—Pusiste una cara que no es precisamente de ingeniero. En eso eres distinto a tu padre. Tus ojos parecen buscar un misterio. Son ojos de detective de personas, es decir, ojos de lector prínceps.

—Sentí algo raro: ¡me sentí mayor que mi padre!

—Estás creciendo, Juan. Ya tienes tu propia vida. Tal vez no te has dado cuenta, pero estás tomando muchas decisiones. Necesitas a tus padres y ellos te necesitan a ti; sin embargo, ya tienes tu propio camino. Alguna vez tu papá fue el niño que aparece en esa foto. Tú le podrías dar un consejo a ese niño; sabes más de lo que él sabía entonces. El tiempo pasa de manera increíble. Algún día serás tú quien cuide a tus padres, y ojalá te sobre un poco de tiempo para cuidar a tu tío.

Revisé las demás fotografías hasta encontrar a una chica durmiendo en el campo. El sol le daba en la cara y ella sonreía, como si disfrutara de una siesta después de un sabroso *picnic*.

El tío me explicó que se trataba de mi madre, cuando tenía 16 años. Se veía muy tranquila y hermosa. Me hubiera encantado estar con ella.

Pasamos buen rato discutiendo las barbas y los peinados de otros parientes. Luego sentí un urgente deseo de ir a la farmacia a hablar con mi madre.

Crucé la calle, saludé a Catalina a toda prisa y marqué el número que ya sabía de memoria.

Le dije a mamá que había visto fotos de ella y de papá cuando eran jóvenes.

—Te pareces mucho a tu padre —dijo ella.

—Pero en grande —bromeé.

Le pregunté por Carmen y me dijo que en unos días la llevaría a la casa.

Mi madre sonaba calmada y repuesta. Me animó a seguir leyendo libros en casa del tío.

—¿Estás tomando tu hierro?

—Ya no lo necesito —dije con tanta seguridad que ella no agregó nada más.

Después de colgar fui al mostrador a darle las grandes noticias a Catalina: no fue ella quien arruinó la aventura en el río en forma de corazón, sino el libro de tapas azules. Le conté todo, con lujo de detalle.

Catalina sonrió de manera avasallante:

—¡La culpa no fue mía! —exclamó.

Entonces entendí lo útil que a veces es tener un enemigo. El libro de tapas azules volvía a unirnos. Estaríamos juntos en su contra y en favor de otros libros.

Catalina propuso que siguiéramos buscando historias del río, y yo regresé a la casa, más contento que nunca.

Encontré a mi pariente de buen ánimo pero algo pensativo:

—Ha llegado el momento de que me rinda, sobrino —me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Estás a un té de pipa de convertirte en mi jefe.

—No entiendo.

—Ten paciencia; las batallas no se ganan en un santiamén.

Dicho esto, fue a la cocina y regresó con una taza humeante. A pesar de que el líquido hervía, lo bebió casi de un trago. Luego dijo:

—Has demostrado tener gran contacto con los libros. Ahora entiendo mi misión: servirte de apoyo, ser tu escudero. Los libros te prefieren a ti.

Bebió lo que quedaba del té haciendo un ruido espantoso. Luego se pasó el dorso de la mano sobre la boca y exclamó:

—¡Ahhhhhh!

La vida sin más compañía que los libros no producía buenos modales. A mí no me importaba mucho que alguien estuviera sucio o hiciera ruido al comer, pero el tío era un caso récord. Antes de volver a hablar, eructó con potencia, se metió el dedo a la oreja, descubrió una migaja en el tapete y se la comió como si se tratara de una deliciosa golosina. Tenía hábitos de roedor.

Esos gestos no parecían los de alguien emocionado; sin embargo, el tío atravesaba una situación que lo conmovía mucho. Así me lo dijo:

—Nunca creí que alguien llegaría a ser para mí más importante que yo mismo. No sabes cómo aprecio que estés conmigo. Eres el guía que necesitaba.

Otra persona hubiera puesto cara importante o hubiera hablado con voz entrecortada por la emoción. El tío descubrió más migajas, se puso en cuatro patas, comió los restos a su alcance y olisqueó el suelo para ver si hallaba un rastro de alimento. Luego se volvió hacia mí, como un sabueso que de pronto descubre la presencia de su amo:

—¿No tienes nada que decir?

—Gracias.
—¿Es todo?
—No se me ocurre nada más —confesé.
—Para ser el nuevo guía de esta biblioteca pareces bastante simple.
El tío caminó de rodillas hacia mí:
—Las bibliotecas padecen enfermedades, sobrino: hongos, polillas, termitas, cucarachas, ratones de biblioteca. Pero hay un mal que no se combate con fumigaciones.
Por fin se puso de pie y dijo:
—La arrogancia es peor que las cucarachas. Creí saber demasiado y ese estúpido libro me puso en tu contra. No hay nada peor que alguien que no sabe que no entiende.
—No entiendo.
—¿Lo ves? —dijo, entusiasmado—. Eres honesto. Cuando no sabes algo lo dices. Mucha gente finge saber más de lo que sabe. Tú eres sincero. Ha llegado el momento de que asumas la delantera y decidas lo que debemos hacer.
—¿Yo?
—¡Eres un lector prínceps!
—He leído menos que tú.
—Cuando la intuición funciona, vale más que el conocimiento.
—¿Cómo sabes que mi intuición funciona?
—No lo sé yo, lo saben los libros. Es lo que importa.
Iba a decir algo, pero en ese momento desvié la vista a la mesa del cuarto y me sorprendió hallar un volumen con un título extraordinario: *Un amigo en el río en forma de corazón.*
—¿Te das cuenta? —el tío preguntó con asombro.
El libro había llegado ahí por su cuenta, sin que nosotros lo viéramos.
—Los libros buscan a sus lectores. Eres un lector príncipe, y el príncipe manda. Dime qué hacemos.
Puso una rodilla en el suelo. Pensé que buscaba otra migaja pero entonces dijo, con enorme seriedad:
—Pon una mano en mi hombro y nómbrame escudero. Es una vieja costumbre de caballería.
Hice lo que me pedía.
—Te obedeceré hasta la muerte, príncipe de los libros —dijo con voz grave.
Sentí un extraño temblor al poner mi mano en su hombro, como si me

cargara de energía.

El tío me vio con sus ojos saltones:

—¿Qué hacemos, *milord?* —parecía muy ilusionado en ser escudero.

—Antes que nada, dime Juan. Soy tu sobrino y tú eres mi tío.

—Algunos escuderos también han sido tíos. Acepto el encargo. ¿Qué rumbo tomamos?

La exagerada disponibilidad del tío me pareció incómoda. Por eso le dije:

—Ve a la cocina.

—¿A la cocina? ¿Y tú adónde irás?

—A la biblioteca.

—¿Solo?

—Llevaré a Dominó.

—No olvides tu campanilla —me recomendó el tío.

Esto me dio una idea:

—Te la regalo —puse la pequeña campana sobre la mesa—. Ya puedo orientarme en la biblioteca.

—¿Estás seguro?

—«El príncipe manda» —le recordé.

—Está bien, *milord*… quiero decir, sobrino Juan.

La verdad es que no estaba muy seguro de conocer de memoria ese laberinto de cuartos y pasillos, pero había llegado el momento de hacer algo distinto y mostrar que podía tomar decisiones.

Sentí una curiosa libertad al caminar por la casa sin la campanilla.

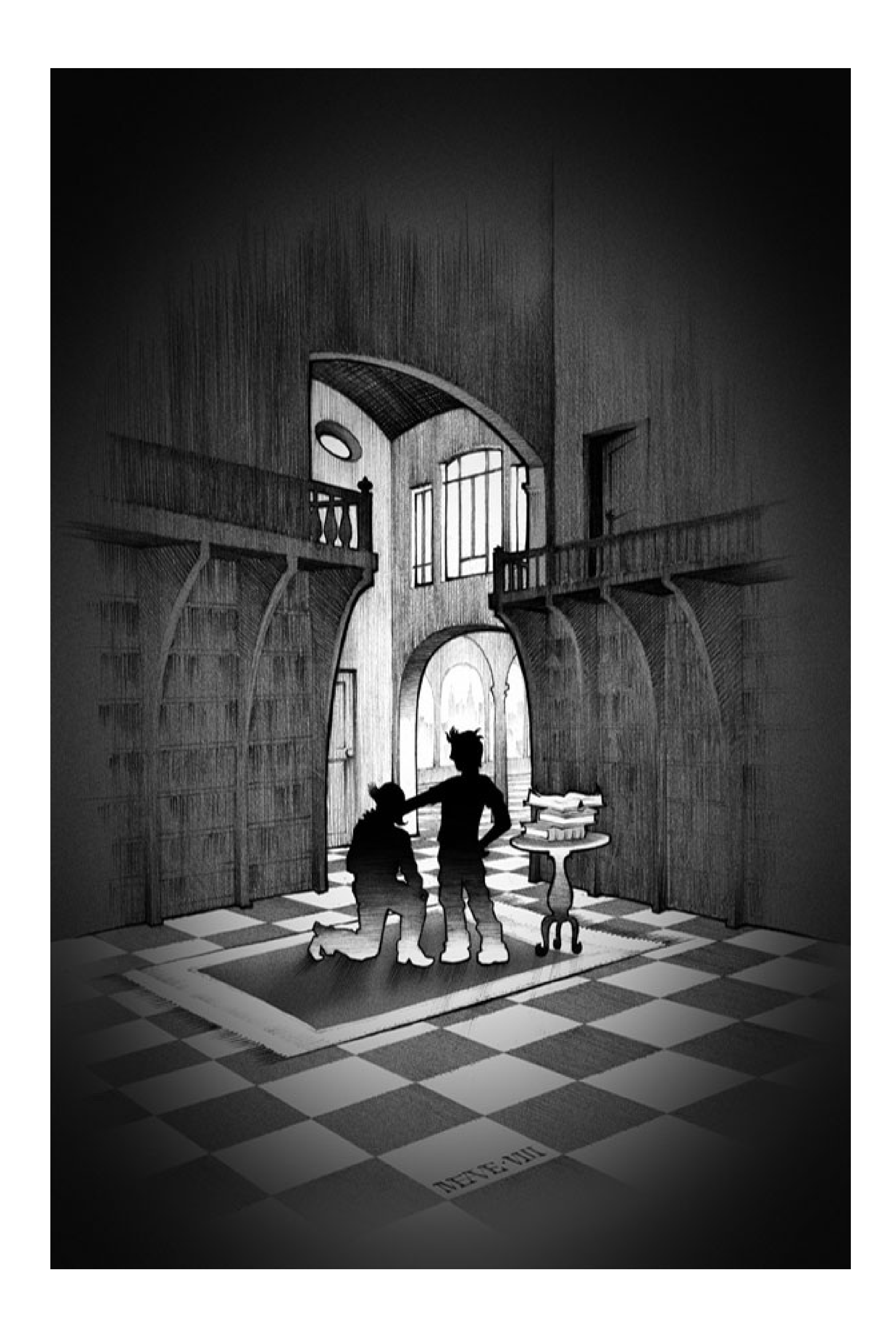
Fui a la sección «Cómo salir del laberinto». Quería encontrar libros relacionados con la biblioteca, libros que ofrecieran nuevas opciones.

Me perdí un par de veces, pero logré retomar el rumbo. Finalmente llegué a los estantes donde todos los volúmenes hablaban de estrategias para desorientar a los hombres. Había laberintos materiales (hechos con ladrillos en casas y ciudades, o con plantas en bosques y jardines), pero también había laberintos mentales (hechos con trucos para extraviar y confundir el cerebro).

Me sorprendió la cantidad de tácticas para enredar a las personas. Curiosamente, la sección se llamaba «Cómo salir del laberinto». Digo «curiosamente» porque durante casi todo el día solo encontré descripciones de laberintos sin dar con ninguna salida.

Tan interesado estaba en el tema que se me olvidó comer. Leí de pie y luego sentado en el suelo. Me enteré de familias que habían vivido a lo largo de varias

generaciones sin conocer otro paisaje que un laberinto.



De pronto recordé la existencia de mi reloj. Había estado tan entretenido en la lectura que no lo había consultado en todo el día. ¡Eran las doce de la noche! El tío debía estar preocupado. Decidí regresar. En eso, un título llamó mi atención: *Reloj de letras*. La primera frase era: «Todos los tiempos están en este».

El libro trataba de los laberintos del tiempo. Lo hojeé de prisa, porque deseaba volver con el tío. Aunque solo pasé unos instantes ante esas páginas, el efecto fue poderoso. En un santiamén recordé cosas que parecían muy lejanas. Pensé en mi primer triciclo, en los juguetes que construía mi padre, en el sabor de un helado de pistache que no había vuelto a probar, en el día en que a mamá se le olvidó ir por nosotros a la escuela y tuvimos que regresar a pie, en la forma en que nos abrazó y yo respiré el perfume de su pelo. ¡Qué lejano parecía todo eso! Y al mismo tiempo, ¡qué cercano! Ese libro me hizo sentir que los recuerdos vivían con fuerza dentro de mí. Volví a ponerlo en su sitio.

Entonces pasó algo increíblemente extraño: al lado vi un libro blanco, sin letras impresas. Parecía un libro a medio hacer, con el lomo de tela cruda, algo rasposa. ¿Había llegado ahí por descuido o accidente?, pero no era el momento de pensar qué clase de libro podía ser: ¡era el momento de atraparlo!

Traté de tomarlo, pero se escurrió entre mis dedos. Fue veloz como el rayo, tan veloz que no pude ver su movimiento. Simplemente dejó de estar ahí. Apenas logré rozarlo con las yemas de los dedos. La mano me vibraba de emoción, como si pensara por su cuenta.

Los demás libros cerraron filas para ocultarlo y no quedó un hueco en la repisa, como si ese libro nunca hubiera estado ahí.

Oí una campanilla: el tío había llegado a buscarme.

—¡Llevo horas revisando la biblioteca! —exclamó al verme—. La cena ya se enfrió.

Entonces dije:

—Lo toqué.

El tío seguía pensando en la comida, de modo que tardó en reaccionar. De pronto alzó la cabeza y dijo:

—¡¿Qué tocaste?!

—¡Lo toqué! —no podía decir otra cosa ni podía dejar de verme la mano; finalmente acerté a decir—: Lo vi. Es blanco y no tiene letras. Parece un libro que no está terminado.

—*El libro salvaje* —murmuró el tío.

—Se escapó.

—Hay que domarlo para que regrese.

—¿Cómo?

—Eso lo descubrirás tú. Yo soy tu humilde escudero.

Solo entonces percibí un olor a comida. El tío abrió su mano derecha:

—Traje un sándwich para el camino.

El pan se había convertido en un montón de migajas en el puño del tío.

—Estaba muy nervioso por no encontrarte y apreté demasiado el sándwich.

Probé unas migajas. Aunque aquello parecía incomible, sabía muy bien.

Memoricé el sitio donde había rozado el libro blanco y me dispuse a cenar como si nunca hubiera probado alimento.

Tito cocina novelas

Al día siguiente desperté tarde, cansado de las muchas horas que pasé en la biblioteca. Decidí quedarme en la cama. El ornitorrinco, uno de mis animales favoritos, podía estar mucho tiempo inmóvil. Imaginé que vivía en Australia como un ornitorrinco feliz. Hubiera sido aún mejor ser un canguro. Un canguro pequeño que descansa en la bolsa de su madre. Pero no se puede tener todo en la vida: ya me había imaginado como ornitorrinco y así pasé buena parte de la mañana.

Siempre amable, Eufrosia me llevó el libro que había dejado en la sala: *Un amigo en el río en forma de corazón*.

Pasé horas leyendo y anticipando el placer de llevarle el libro a Catalina. Aquella aventura me gustaba cada vez más. En esta ocasión, los protagonistas encontraban en el bosque a un muchacho perdido que no sabía nada de la naturaleza. Ellos no eran tan expertos como Ojo de Águila, pero ya conocían secretos para hacer fuego y podían distinguir las huellas de los más distintos animales. El otro chico se llamaba Bruno y usaba un chaleco muy colorido porque pertenecía a un coro de niños cantores. Había llegado al bosque del modo más extraño. Estudiaba en una escuela de canto que solo recibía a alumnos con magnífica voz. Ese verano, su salón había tomado un barco para cantar en el norte del país. Cada dos días se detenían en un sitio de interés. Luego de recorrer los grandes lagos de la región, hicieron un paseo por el bosque. Bruno no era bueno para el ejercicio y se quedó atrás del grupo. Le costaba trabajo subir las colinas y avanzar entre la maleza. Se desesperó tratando de alcanzar a los demás, saltó de una roca a otra y los lentes se le cayeron a un abismo. A partir de ese momento, el paisaje se le volvió borroso, gritó con todas sus fuerzas sin que

nadie lo escuchara, caminó sin rumbo hasta que cayó la noche y supo que estaba perdido.

Ernesto y Marina lo encontraron al día siguiente, muy asustado. Bruno era bueno en matemáticas y tenía una voz estupenda, sobre toda para entonar canciones de Navidad. Esas habilidades magníficas servían de muy poco en un sitio donde había que defenderse de los lobos y saber de qué lado soplaba el viento para no provocar un incendio al encender una fogata.

Bruno no parecía especialmente simpático. Le tenía miedo a los bichos y todo le parecía pegajoso, o por lo menos sucio. Como no veía bien, a cada rato metía un pie en un hormiguero o pisaba caca de venado. Ernesto y Marina tenían que cuidarlo como si fuera su hermano menor.

Aquel niño resultaba muy inmaduro para la vida del bosque. Hasta antes de ese viaje, solo había visto comida en el refrigerador de su casa. No sabía cazar ni pescar ni recolectar frutos. Solo sabía abrir cajas de cereal o latas de atún.

Mientras Ernesto y Marina cuidaban de Bruno, el barco de los niños cantores seguía su ruta. El concierto que tenían era muy importante y el director del coro decidió que veintinueve muchachos podían cantar tan bien como treina. En el siguiente puerto avisó a las autoridades que uno de los chicos se había quedado en el bosque y pidió que fueran por él.

Varios helicópteros sobrevolaron la región en busca de Bruno. Aunque llevaba un chaleco de muchos colores, no podía ser visto a través de las tupidas copas de los árboles. Durante días los helicópteros revisaron el bosque sin poder encontrar al niño perdido.

El muchacho torpe y miedoso permitió que Ernesto y Marina comprobaran las muchas cosas que sabían. Como el recién llegado no conocía nada, tuvieron que darle consejos de cómo salar la carne para conservarla y cómo distinguir el canto de un búho del de un ruiseñor.

Una persona se entera de lo que sabe cuando debe explicarlo. Bruno hizo que Ernesto y Marina supieran todo lo que habían aprendido en el bosque.

Poco a poco, Bruno comenzó a aprovechar su oído musical para reconocer los cantos de las aves y para imitarlos con tal precisión que los pájaros más diversos acudían a su llamado.

En el último capítulo, Ernesto y Marina llevaban a Bruno al sitio donde el río juntaba sus aguas en forma de corazón. Entonces le pedían al niño cantor que imitara los sonidos de los pájaros y en el cielo se formaba un enorme círculo de aves. Los helicópteros, que no habían perdido la esperanza de encontrar a Bruno,

llegaban atraídos por ese espectáculo.

No salí de la cama hasta que terminé el libro. Luego me vestí a toda prisa y fui a la farmacia.

No encontré a Catalina. Había salido para llevar unas pastillas a domicilio, pues también el mensajero tenía gripe.

Su madre estaba detrás del mostrador.

Le entregué *Un amigo en el río en forma de corazón* y le pedí que se lo diera a Catalina.

La mujer me habló en tono amable pero firme:

—No sé si deba hacerlo. Todas esas lecturas la tienen muy cansada. Le he prohibido que lea en las noches pero sigue leyendo a escondidas. Leer es bueno, pero ustedes están exagerando.

—Es solo un libro —protesté.

La madre de Catalina me vio de un modo curioso:

—Un libro nunca es *solo* un libro. Lo sabes mejor que nadie.

Ella tenía razón. No supe qué decir.

—Me preocupa que Catalina se altere como la vez pasada —comentó la madre—. Le salieron ojeras y hasta la oí llorar.

—Este libro es bueno y será aún mejor cuando ella lo lea.

La madre pareció recordar algo y me vio con mayor simpatía.

—Hace muchos años, el padre de Cata me dio un libro estupendo —sus ojos se iluminaron—: También tenía la palabra «corazón» en el título. Era de medicina, pero a mí me pareció muy romántico.

—¿Le dará el libro? —pregunté esperanzado.

—Veré cómo se siente. Es lo más que puedo prometerte.

Con estas palabras salí de la farmacia.

Comencé a preguntarme si algún día podría encontrar *El libro salvaje*. ¿Qué podía hacer? La biblioteca superaba mis fuerzas. Además, el libro que buscábamos no había querido ser leído por nadie. Era un rebelde. Como el último combatiente de un ejército que se refugia en la montaña y no se rinde nunca. ¿Tenía caso buscarlo? La biblioteca era imposible de abarcar para una sola persona.

Recordé lo que había leído en *Un amigo en el río en forma de corazón*. Hay

cosas que son muy difíciles en soledad y muy gratas en compañía. Ernesto y Marina pasaban por pruebas que exigían mucho valor y mucho esfuerzo, pero que revivían con gusto cuando las recordaban al calor de una fogata. Lo mejor de la aventura era que había sido compartida con alguien más. Decidí invitar a Catalina a la biblioteca. No podía hacerlo sin permiso del tío, así es que fui a buscarlo a la sala de lectura, pero no lo encontré. Tampoco estaba en el cuarto de los helechos ni en la sala de mapas, donde solía encerrarse por horas.

Después de un rato, vi a Obsidiana y a Marfil dirigirse a la cocina, como si olisquearan algo sabroso. Los seguí hasta ahí.

Encontré al tío cubierto de harina.

—Estoy empanizando un pescado a la Moby Dick.

Los gatos lo miraron, muy atentos, esperando el resultado. Al poco tiempo también llegó Dominó.

Quise hablar con mi tío, pero no permitió que lo interrumpiera. Se mordía la lengua para no perder la concentración y a cada rato hojeaba un grueso volumen. Pensé que se trataba de un libro de recetas y me sorprendió saber que era una novela.

—¿Qué buscas ahí? —le pregunté.

—Herman Melville escribió una magnífica aventura en el mar espumoso. Quiero confeccionar comida con sabor a novelas. Moby Dick es el nombre de una ballena blanca. En esta humilde cocina no hay espacio para cocinar ballenas, por lo tanto estoy preparando uno de los dorados que la ballena llevaba en su vientre. El secreto está en agitarlo mucho. No creas que se viaja tranquilo en la panza de una ballena, sobre todo si es tan agresiva como Moby Dick. El toque final es el arpón de sabor.

El tío tomó una aguja de tejer y la sumergió en un platón rebosante de salsa. Luego la encajó en el pescado hasta atravesarlo por completo y explicó así su extraña receta:

—El capitán Ahab estaba furioso con Moby Dick porque le había comido una pierna de un mordisco. Para la ballena eso fue una simple botana, como una salchicha de mar. El capitán la odiaba y quería matarla, aunque tuviera que morir en el intento. La buscó en los océanos más arriesgados hasta que la encontró y vio su ojo terrible. Moby Dick había sobrevivido a muchos arpones y llevaba algunos encajados en su gruesa piel. Era tan grande que los arpones parecían pequeños sacacorchos clavados en su cuerpo lleno de cicatrices. El último arponazo de Ahab atravesó a la ballena. La bestia blanca se irritó tanto que

acabó con el barco y la tripulación entera. Solo se salvó un marino: Ismael, el que cuenta la historia. Pase lo que pase siempre queda un testigo para que el mundo se entere. El pescado a la Moby Dick no sería nada sin la salsa Ismael —el tío señaló el platón donde había hundido la aguja.

—¿De qué está hecha la salsa? —pregunté.

—No te puedo revelar mi receta: a los cocineros nos interesan las cosas que entran en la boca, no las que salen de ella. El chef se traga sus secretos. Solo te digo una cosa: a los marineros les gustan los tatuajes. Esta salsa es tan sabrosa que no se olvida, es como si te tatuara el estómago.

La fantasía que el tío había puesto en la lectura ahora se volcaba a la cocina. Me costó mucho que cambiáramos de tema. Finalmente pude decirle:

—¿Puedo invitar a Catalina?

—¿Al cine? Está bien. Te doy permiso. No me interesa que alguien mastique palomitas a mi lado, pero a lo mejor a ti sí te gusta.

—La quiero invitar a la casa.

—¿A tu casa? Recuerda que ahora no vives ahí.

—A esta casa.

—¿Aquí? ¿Quieres traer aquí a una chica guapísima con la que no sé de qué platicar?

—No tienes que platicar con ella, vendrá a ver los libros.

—La lectura es un acto solitario, sobrino, ella solo te va a distraer.

—Hablaste de la lectura en forma de río. Ella mejoró el libro que yo había leído.

—Eso puede ser peligroso.

—Los libros me empezaron a buscar cuando los dos leímos el mismo libro. Dijiste que mis emociones se estaban abriendo y gracias a eso los libros podían leerme de otro modo.

—He dicho cosas estúpidas, cosas falsas y cosas inútiles. No se puede ser sabio veinticuatro horas al día.

—También dijiste que el príncipe manda.

—Pero nunca hablamos de una princesa.

—Las cosas cambian.

—Si estás tan seguro de lo que haces, ¿para qué me pides permiso?

—Porque es tu casa y yo soy tu sobrino. Necesito que estés de mi parte. No puedo encontrar *El libro salvaje* si te opones a mí.

—¿Me necesitas muchote o poquérrimo?

—Como un sobrino necesita a su tío favorito.

—Esa última palabra no está nada mal. ¿Crees que a ella le guste el pescado? Puedo hacer otras cosas: una isla flotante del tesoro, un pastel de mil y una noches, crepas flambeadas en el infierno de Dante…



Dejé al tío repasando los muchos libros que podía convertir en recetas.

Esa tarde volví a la sección «Cómo salir del laberinto». Revisé los volúmenes que trataban de hombres extraviados. Por un momento temí que *Reloj de letras* hubiera desaparecido del estante. Me dio gusto encontrarlo justo donde lo había dejado.

Lo llevé a mi habitación, me acosté en la cama y pasé la tarde leyendo acerca de los laberintos del tiempo. Aprendí que todas las épocas se pueden conectar en la imaginación de los hombres.

En algún sitio del laberinto del tiempo estaba *El libro salvaje*, que aún no tenía lector. Me preguntaba esto cuando el tío me pidió que bajara a cenar.

Comimos un banquete marinero: sopa de pulpo al estilo Capitán Nemo, pescado a la Moby Dick y, de postre, Nieve del Almirante.

Todo estuvo delicioso y fue acompañado de divertidas anécdotas:

—Los guisos saben mejor conversados que en silencio —explicó el autor de la cena.

Al final de la noche, el tío sonreía: había encontrado la manera de cocinar historias.

Catalina en la biblioteca

No pude dormir por la emoción de invitar a Catalina a casa del tío. Además me asaltaban otras ideas: ¿su madre la dejaría venir?, ¿habría leído *Un amigo en el río en forma de corazón*?

Me presenté en la farmacia cuando apenas descorrían la cortina metálica. Me sorprendió que Catalina ya estuviera dentro.

—Hay una puerta trasera para lo empleados —explicó—: Llegamos media hora antes que los clientes —estaba chupando una perita de anís y sus palabras olieron deliciosas.

Sus mejillas habían recuperado el color rosa pálido que tanto me gustaba y su pelo parecía más esponjoso. Antes de conocerla a ella, no me importaba la forma en que alguien pudiera chuparse un dedo donde le crecía un pellejito o rascarse la cabeza. Pero si Catalina se chupaba un dedo o se rascaba la cabeza yo me quedaba embobado. Nada me gustaba tanto como verla. Si Catalina fuera una película, yo viviría dentro del cine.

Le pregunté si había leído el libro.

—¡Me encantó! —fue su maravillosa respuesta—. Después del otro libro, pensé que no volvería a leer nada que me gustara.

Comentamos la aventura de Bruno, el niño cantor perdido en el bosque. En esta ocasión ella leyó exactamente lo mismo que yo. Tal vez por estar cansada no agregó detalles, como lo había hecho en otras ocasiones. Sin embargo, ese era su episodio favorito.

Por alguna razón, me sentí muy orgulloso, como si yo fuera el autor. Tal vez leí el libro con más emoción que en otras ocasiones. Por eso ella no había tenido que mejorarlo.

Esta explicación es un poco vanidosa, lo sé, pero me propuse escribir este libro con toda sinceridad. Al ver la sonrisa de Catalina, sentí una rara confianza. En ese momento hubiera aceptado hacerme cargo de una familia de ornitorrincos. Todo me parecía posible.

Esta seguridad me ayudó cuando su madre se acercó a nosotros. Normalmente me ponía nervioso con ella. Ahora le dije con calma:

—Catalina se enfermó con un libro y se curó con otro.

—Mi hija está sana porque toma las vitaminas de esta farmacia.

—El libro que leyó ayer hizo que se sintiera mejor —insistí.

—Ayudó a que estuviera contenta, eso no lo niego.

La mujer me vio con los ojos color miel que había heredado Catalina. A pesar de que desconfiaba de las lecturas que desvelaban a su hija, le había entregado el libro que dejé con ella. Podía haberlo escondido, pero no lo hizo. En cierta forma estaba de nuestra parte, pero quería darnos una lección:

—Deben medir sus fuerzas —añadió—. Son demasiado jóvenes. Tarde o temprano, las personas que exageran acaban en esta farmacia.

—Nosotros no exageramos, mamá —protestó Catalina.

—¿Te parece normal leer a todas horas? Sé que te gusta, pero lo bueno, cuando no tiene límites, se convierte en un vicio.

—Ya me siento bien. Fue solo un libro el que me cayó mal.

—Mi tío tiene demasiados libros en su biblioteca, pero el más importante de todos está perdido y él no puede encontrarlo. Quiere que Catalina y yo lo busquemos —vi a la señora para calcular el efecto de mis palabras: su cara estaba tiesa, como si aún no decidiera qué emoción sentir.

—No vamos a ir a leer sino a buscar un libro —comentó Catalina—. El ejercicio me hará bien.

—No se trata de leer cosas raras sino de buscar un libro perdido —insistí.

—¿Qué clase de libro? —preguntó la madre.

¿Cómo describir algo que no conocía? Aquello era como describir lo que pasa dentro de un volcán o en las profundidades del mar, donde los peces están ciegos. Me arriesgué a decir:

—Un libro… muy útil. Un libro…

—Es un libro que alivia, como el que acabo de leer —intervino Catalina—. ¡Un libro que cura! ¡Un libro farmacia!

La señora nos vio con extrañeza. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué pasaba por su mente. Catalina, que la conocía mucho mejor, dijo:

—¿Qué te pasa mamá?

—Me acordé de algo.

—¿De qué?

—Algo que sucedió hace muchos años, antes de que tú nacieras, cuando tu padre y yo abrimos esta farmacia.

—¿Qué sucedió?

—Tu padre dijo algo muy parecido a lo que acabas de decir. Me enseñó el vademécum.

—¿Qué es eso? —pregunté yo.

—El libro donde están los nombres de todas las medicinas y donde se explica para qué sirven —me explicó Catalina.

La madre tenía los ojos fijos en la pared, como si ahí viera una película de su pasado:

—Tu padre dijo: «este es un libro que alivia… un libro farmacia: nosotros vamos a vivir dentro de ese libro» —desvió los ojos a su hija—: Aquí naciste y creciste, en esta farmacia.

En ese momento recordé lo que había leído en *Reloj de letras*: a veces las épocas se cruzan y revives algo que pasó hace mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo la madre—, ve con Juan, pero regresa a las siete de la noche. Le van a dar de comer ahí, ¿verdad? —me preguntó la madre.

—Claro, mi tío es un gran cocinero.

—No sabía eso.

—Es una nueva afición.

—Con razón mandó pedir tantas cosas —la tía señaló al otro lado de la calle, donde varios cargadores bajaban cajas con verduras, carnes y botellas. En la puerta de la casa estaba tío Tito, más despeinado que nunca.

—Vuelvo a las siete —dijo Catalina, y me tomó de la mano para cruzar la calle.

—¡Igualita a tu padre! —la señora gritó a nuestras espaldas.

Sentí una felicidad enorme, como si flotáramos y nada malo pudiera pasarnos. Íbamos a la casa donde el tío recibía toda clase de ingredientes para sus guisos fabulosos, donde los pasillos tenían miles de libros dormidos y donde debíamos lograr que despertara uno: el libro que jamás había querido conocer a su lector.

—¡Qué rico huele! —fue lo primero que dijo Catalina cuando la puerta se cerró detrás de nosotros.

—¿Te gustan los cronopios dulces o salados? —preguntó el tío.

—No los he probado.

—No me extraña: los acabo de inventar.

—¿Qué son los cronopios? —preguntó Catalina.

—Un nuevo tipo de galleta con forma de animal fantástico. Cronopio viene de Cronos, dios del tiempo. Los salados traen recuerdos de otras épocas y saben a lágrima; los dulces provocan ilusiones y saben al azúcar de los tiempos futuros.

—¿De dónde sacaste la receta? —le pregunté al tío.

—De unos cuentos de Julio Cortázar, inventor argentino.

—¿Podemos probar? —preguntó Catalina.

—Vengan por aquí.

El tío nos llevó a la cocina, que estaba más desordenada que nunca. Había marcas de harina en el techo y las paredes.

—Pierdo el control cuando un experimento sale bien —dijo el tío y señaló un platón con cientos de galletas.

—¿Y cuando sale mal? —preguntó Catalina.

—En ese caso el tiradero no tiene aspecto feliz. Todo queda como un campo de batalla y me tengo que rendir a los trapos de Eufrosia.

—Eufrosia es la cocinera —le expliqué a Catalina.

—*Era* la cocinera —protestó Tito—. Ahora se especializa en recoger migajas chicas, medianas y grandes. Si escribiera un libro sobre todo lo que recoge en esta cocina se llamaría *Sobras completas*.

Catalina puso cara de «este señor está más chiflado de lo que creía».

—¿Quieren probar mis cronopios? —preguntó el tío.

Nos tendió un tazón con galletas de formas extrañas, unas parecían enormes microbios, otras diminutos dinosaurios. Su tamaño real era como el de una uva. Comí varias al mismo tiempo. El sabor fue raro.

El tío advirtió mi confusión y dijo:

—Comiste cronopios salados y dulces. En tu boca, el pasado se mezcla con el futuro: estás probando el sabor del presente.

—Es un sabor curioso.

—En efecto, querido sobrino, el presente tiene sabores extraños: no puedes

analizar lo que no ha dejado de suceder. Solo el pasado y el futuro tienen sabores definidos.

Probé un cronopio salado y me gustó mucho. Cuando terminé de masticar, probé uno dulce. Tenía un sabor completamente distinto, también delicioso. Curiosamente, al mezclarlos, perdían ese gusto.

Catalina, que no estaba acostumbrada a la forma de hablar del tío, lo vio con preocupación.

—Creo que ya probamos suficientes galletas —le dije.

Había llegado el momento de recorrer la biblioteca.

Le di la campanilla a Catalina. No podía esperar que se orientara de inmediato en el laberinto de libros. Se la até con el nudo Margarita que había aprendido en el *Atlas de nudos* del tío y recordé la frase que él dijo al respecto: «Una vez atado, ni Dios lo quita».

Visitaríamos juntos cada sección; ella empezaría a revisar libros por un lado y yo por otro.

Describí el aspecto nada especial de *El libro salvaje*, un volumen blanco que parecía inacabado, de tamaño normal. Un libro extraordinario disfrazado de libro mal hecho.

Me pareció oportuno que comenzáramos a buscar en el sitio donde estuve a punto de atraparlo.

A Catalina le sorprendió la caprichosa manera de nombrar las secciones y se rio mucho al ver que una se llamaba «Cosas que parecen ratón».

Pasamos un día agradable hojeando libros, comentando títulos que nos parecían especiales, recordando las historias que ocurrían en el río en forma de corazón. A la hora de comer, el tío nos envió sándwiches para no interrumpir nuestro trabajo. Cada sándwich tenía encajado un palillo con un papelito.

Los dos primeros decían: «Sándwich Robinson Crusoe, ideal para náufragos: contiene cangrejo y aceite de coco». Los siguientes decían: «Sándwich Tres Cochinitos: contiene jamón, tocino y pierna».

Revisamos los volúmenes de la sección «Cómo salir del laberinto» sin que sucediera nada extraño. Ningún libro trató de acercarse a nosotros.

¿La magia no ocurría cuando estábamos juntos? ¿Habíamos escogido un mal método?

—Hay que tener paciencia —dijo Catalina—. *El libro salvaje* ha sido muy paciente. Lleva muchos años en la biblioteca, ¿no? A todo libro le gusta ser leído pero ese no ha encontrado a su lector.

—Tal vez odia a los lectores —comenté.

—No quiere ser leído por cualquiera. Por eso es paciente: prefiere esperar a que llegue alguien que valga la pena.

—En tal caso, nosotros no le gustamos. Huyó de mí.

—Tal vez no te conoce lo suficiente.

Me gustó que Catalina tuviera tanta confianza en nosotros. Entonces ella tomó el libro *Reloj de letras* y luego vio su reloj de plástico: eran las siete de la noche.

—Se me hizo tarde. Me tengo que ir.

Salimos corriendo de la biblioteca y estuvimos a punto de tropezar con un gato (ni siquiera pude ver de cuál se trataba).

Llegamos un poco tarde a la farmacia, pero la madre de Catalina fue comprensiva.

—¿Ese es el libro que buscaban? —señaló lo que su hija tenía en las manos.

Solo entonces nos dimos cuenta de que con las prisas para llegar a tiempo, Catalina había olvidado poner en su sitio *Reloj de letras*.

—¿Me puedo quedar con él para leerlo esta noche? —me preguntó.

Obviamente estuve de acuerdo. Me dio gusto imaginar a Catalina viajando por los laberintos del tiempo.

Regresé a la casa y encontré a Eufrosia de pésimo humor.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Tu tío es un desastre. Me paso el día entero limpiando. Además, no deja que yo cocine. Quiere que le lea en voz alta pero como leo mal se desespera. Entonces toma el libro y lo lee por su cuenta, sin dejar de usar las cucharas. El resultado es un tiradero asqueroso. Quiero irme de aquí.

—Por favor, no lo hagas. El tío te necesita. Bueno, los dos te necesitamos.

—Lo voy a pensar —dijo ella y sus labios hicieron la trompa de la gente ofendida.

El tío, naturalmente, estaba en la cocina. En ese momento le daba de cenar a los gatos.

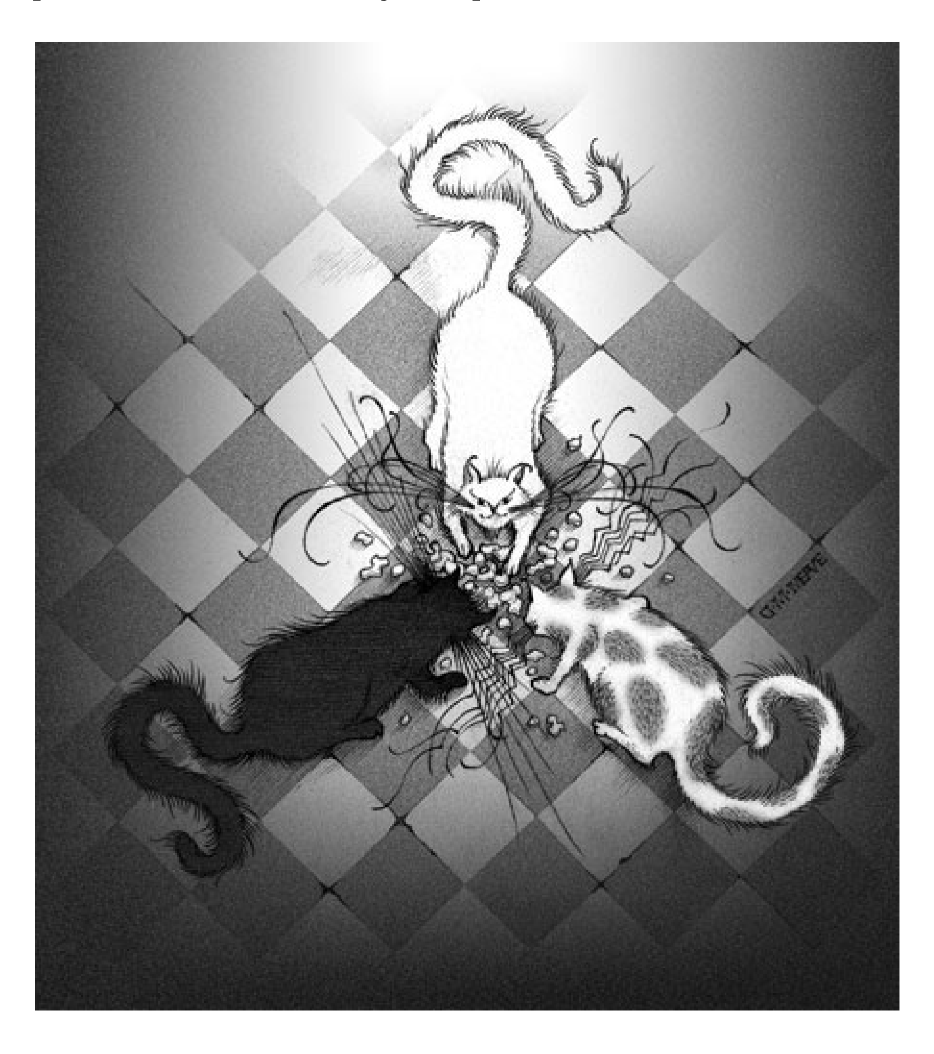
—¡Son adictos a los cronopios! —exclamó.

—¿Salados o dulces?

—A ellos les gustan mezclados. El presente le sabe distinto a los gatos, ¡con eso de que tienen siete vidas! —hizo una pausa para servirles leche, luego agregó—: Si tienes siete vidas, el presente te sabe a eternidad.

Marfil, Obsidiana y Dominó parecían, en efecto, muy contentos de combinar

las galletas que sabían a recuerdos y las que sabían a ilusiones.



El tiempo y las galletas

La lectura de *Reloj de letras* le descubrió cosas importantes a Catalina. Se llevó el libro por accidente y de nueva cuenta entendimos que ciertas historias buscan a sus lectores. Aquel volumen de tapas grises, con un reloj de arena lleno de letras en la portada, la había seguido como un cachorro sigue a quien quiere que sea su amo.

Según me contó después, el libro también le interesó a sus padres. Catalina les leyó unas páginas antes de dormir y la madre recordó la época en que su hija era pequeña y ella le leía historias. Ahora las cosas pasaban al revés: la joven le leía a los padres, que ya no tenían buena vista (sus ojos se habían gastado de tanto leer las letras diminutas en las medicinas).

Catalina llevó a sus padres por los laberintos del tiempo.

De pronto leyó una frase que tuvo grandes efectos: «Los libros sirven para recordar lo que se ha escrito pero también cosas que están fuera de los libros».

En ese momento, el padre de Catalina exclamó:

—¡Mi chaleco verde!

¿Qué había sucedido?

Algo bastante curioso: el padre había perdido su chaleco en la farmacia y de pronto recordaba dónde lo había dejado. Apenas dijo esto la madre gritó con entusiasmo:

—¡Mi mascada de seda!

También a ella se le había perdido esa prenda y ahora recordaba que la había dejado en casa de una amiga.

Por su parte, Catalina recordó dónde había dejado la pluma roja que buscaba desde hacía varios días y que quería usar cuando volviera a la escuela.

¿Cómo fue posible que lograran eso? El libro daba la siguiente explicación: «Cuando lees algo que tiene que ver con aviones, puedes recordar algo parecido: un avión de juguete, un objeto en el cielo, un pájaro, un disfraz con plumas, y así por el estilo».

Lo que leyeron les permitió hallar un chaleco, una mascada y una pluma.

Catalina se preguntó si eso podría ayudar a encontrar *El libro salvaje*.

La solución no parecía fácil, pues el libro se movía de lugar. Era como un apache que vive en una cueva, como un soldado que no quiere volver al ejército, como un bombero que huye y se dedica a provocar incendios, como un marciano que no se adapta a la Tierra y quiere volver a su planeta. A veces yo me sentía así, como un libro solitario que nadie comprende y quiere ser salvaje para que no lo molesten.

Esa tarde, Catalina leyó en voz alta con gran atención: «Los seres humanos tienen una memoria personal para recordar las cosas que han vivido. Algunos ancianos tienen tan buenos recuerdos que no han olvidado su primer chupón. Sin embargo, es imposible que alguien se acuerde de todo. Los libros son la memoria externa de los hombres: un almacén de recuerdos».

Catalina guardó silencio. ¿Habría un libro que ayudara a recordar la vida fugitiva de *El libro salvaje?*

Más adelante leyó algo que la interesó aún más: «No hay que olvidar que los recuerdos solo existen desde el presente; alguien tiene que estar vivo para que el pasado exista y esa persona es el lector: el mundo de ayer solo existe cuando alguien lo recuerda *hoy*».

La última palabra aparecía en letras inclinadas para recalcar su importancia.

Al día siguiente, Catalina llegó muy temprano a la biblioteca. Llevaba *Reloj de letras* en alto, como si fuera una antorcha y, entre otras cosas fantásticas, me dijo:

—Este libro me ayudó a entender las galletas de tu tío.

La vi con mucha atención: era tan hermosa como siempre, pero los ojos le brillaban más.

En ese momento, Catalina desvió la vista, como si presintiera algo.

Se oyó un crujido.

Un rumor de pasos llegó de algún lado de la casa.

—Vamos a un sitio seguro —propuso ella.

—Toda la casa es segura —contesté. Luego pensé en el libro azul, encerrado junto a los libros de sombra, pero no dije nada.

—No quiero que tu tío nos oiga —comentó ella.

—Ven por aquí —propuse.

Subimos al cuarto de las estatuas. El tío nunca entraba ahí.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Catalina.

—Famosos lectores de la antigüedad.

—Me refiero a las fotografías —dijo ella, y se dirigió al muro del que colgaban las imágenes de la familia.

A ella le habían interesado más los retratos que las imponentes estatuas.

—Este es mi papá —señalé su foto de cuando era niño.

—Parece tu hermano menor —Catalina sonrió.

Luego me vio con una atención que me puso muy nervioso y dijo con seriedad:

—Ya no tienes cara de niño.

Siguió revisando las fotografías y de pronto preguntó:

—¿Quién es ella?

Entre todas las imágenes había escogido la de mi madre dormida.

—Mi mamá —contesté.

—Qué guapa. Parece que está soñando en algo muy lindo. Me gustaría conocerla. ¿Dónde está?

Le pedí que nos sentáramos en el piso y, con una calma de la que no me hubiera creído capaz, le conté que mis padres se habían separado. Le hablé del puré de papa con sabor a ceniza y de los puentes que hacía mi padre. El último de ellos estaba en París.

Hablé en voz baja, como si mi madre pudiera despertarse en su retrato.

Ella me pidió que le siguiera hablando de ellos y le dije que mi padre podía construir enormes puentes y edificios con los cubos de plástico que yo tenía. Era capaz de hacer que todo se mantuviera en equilibrio. Sus manos nunca temblaban al colocar la última pieza de una torre.

—Lo admiras mucho, ¿verdad? —me preguntó ella.

Hasta ese momento no había pensado en eso. Estaba enojado con mi padre porque se había ido y también lo extrañaba y quería volver a verlo. Todo era bastante confuso y ahora me daba cuenta de que lo admiraba.

Catalina me tomó de la mano y me hizo una caricia en la palma, como si siguiera la ruta de un caracol:

—Las espirales del tiempo —me dijo—. Los recuerdos se mueven así, como un círculo que regresa pero no vuelve a ser exactamente el mismo.

Todo me pareció extraño y hermoso: ella me tomaba de la mano y yo podía oler su pelo, que tenía un aroma a manzanilla o a una flor que no existe. Vi el lóbulo de su oreja, cubierto de vellos dorados, como la piel de un durazno y no entendí ninguna de sus explicaciones sobre el tiempo, solo supe que eso era importante para hallar *El libro salvaje.*

Luego ella se puso de pie, caminó por el cuarto y yo la escuché, un poco más tranquilo.

—Este cuarto es perfecto para lo que te quiero decir —sus pasos rechinaban en las duelas de madera—. No es raro que tu tío haya preparado esas galletas.

—¿Los cronopios?

—Sí, los cronopios.

—¿Por qué?

—Porque solo ha vivido en el pasado o en el futuro. Su vida no ha tenido presente. Su única familia han sido las fotos en esa pared. Nunca ha compartido nada con nadie. Por eso no encuentra *El libro salvaje.*

—No entiendo —dije con toda sinceridad.

—Memoricé una frase de *Reloj de letras* —dijo—. Es esta: «Alguien tiene que estar vivo para que el pasado exista y esa persona es el lector: el mundo de ayer solo existe cuando alguien lo recuerda *hoy*».

Hizo una pausa, abrió las manos como un mago después de hacer un truco y preguntó:

—¿Te das cuenta?

Yo solo me daba cuenta de que sus brazos se veían muy bien extendidos.

—No entiendo —volví a decir, temiendo que me considerara tarado.

—Tu tío lee y lee pero no comparte su vida con nadie, ni hace nada concreto. Solo recuerda o imagina las cosas. Tiene poca vida.

—¿Se puede tener mucha o poca vida? —le pregunté.

—Él solo tiene vida imaginaria.

—Pero quiere encontrar *El libro salvaje*. ¡Eso es algo concreto!

—No lo puede encontrar porque no sabe cómo actuar. Su presente es insípido, por eso sus galletas solo son sabrosas si tienen que ver con el pasado o con el futuro.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con nosotros?

—Tiene que ver con *El libro salvaje*.



—¿Cómo?

—Los libros que ya están escritos vienen del pasado. Los libros que se van a escribir pertenecen al futuro. *El libro salvaje* es rarísimo porque está en el presente: aún no ha sido leído, ¡es un libro a punto de ocurrir! Se va a escribir a sí mismo cuando tenga un lector. Es lo que necesita, alguien vivo, alguien que sienta hoy lo que pasó hace mucho: un lector de verdad.

Hizo una larga pausa para mirar las barbas de piedra de una estatua y añadió:

—¿Sabes qué creo?

—¿Qué?

—Tu tío nos mintió.

—¿En qué?

—Algo me dice que él ya vio *El libro salvaje*.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una corazonada. Habla del libro con mucha familiaridad, como si ya lo hubiera visto. Tal vez el libro sintió que ese lector no estaba suficientemente vivo y le tuvo desconfianza. A tu tío le da miedo que algo suceda. *El libro salvaje* es como un caballo que nunca ha sido montado. Necesita un jinete especial, alguien en quien confiar.

¿Sería posible que ella tuviera razón? ¿El tío tuvo la oportunidad de leer *El libro salvaje* y se arrepintió o fue rechazado por esas páginas que hasta ahora no habían querido a nadie?

—Tu tío confiesa sus emociones con sus platillos —añadió Catalina, que estaba incontenible—. No se atreve a decir que tuvo miedo de *El libro salvaje* pero sus cronopios nos dan una clave. ¿Sabes lo que tu tío necesita?

Catalina hizo una pausa en la que sentí los latidos de mi corazón.

—Una agitada —dijo ella, con toda naturalidad.

—¡¿Una agitada?!

—Sí. En la farmacia tenemos algunos medicamentos que dicen «Agítese antes de usarse». El polvo se va al fondo del frasco y hay que agitarlo para que funcione.

—Mi tío no es una medicina.

—Necesita agitarse, recuperar la intensidad, vivir con ganas, atreverse a que algo le pase —las manos de Catalina se movían tanto que parecían electrificadas —. Ya es hora de que deje de vivir como una de estas estatuas y haga algo por su época.

Ella estaba tan acelerada que me pregunté si habría un medicamento con una etiqueta que dijera: «Serénese antes de usarse».

No me atreví a contradecirla. En ese momento la hubiera seguido a un campo de batalla, aunque no tuviera más armamento que una cerbatana.

Fuimos a la cocina, donde mi pariente rebanaba calabacines.

—¡Qué gusto verlos, exploradores de libros!

Las palabras de Catalina me habían motivado en extremo. Encaré a mi pariente y le hablé con una seriedad que incluso a mí me sorprendió:

—Te queremos hacer una pregunta, pero promete decir la verdad.

—¿Tiene que ver con mis recetas?

—No.

—Entonces no me importa. Mis sabores son secreto de artista. Lo demás, puede llegar a los periódicos. Pregunta lo que quieras: dispara, detective.

—¿Alguna ves tocaste *El libro salvaje?*

—Bueno, tanto como tocar…

—Prometiste que dirías la verdad.

—Si quieres te doy una pequeña receta, podría sacrificar un secreto pequeño. ¿Te interesa saber cómo se hace el ate con queso?

—¿Cómo es *El libro salvaje?*

—Tiene ese aspecto deshilachado, como una señora que sale a la calle sin peinarse. Perdón, estoy un poco nervioso. Tiene aspecto de libro sin terminar, que aún no acaba de ser impreso. Esa es su magia: solo se terminará de hacer cuando encuentre a su lector.

—¿Y lo abriste? —le pregunté.

—Déjame tomar un trago de té.

El tío se llevó la taza a los labios y bebió ruidosamente. El té le escurrió por la barbilla y no se molestó en secarse. Habló con más nerviosismo que mal humor:

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? ¿De qué se me acusa?

—Solo quiero saber si abriste el libro.

—¿Por qué?

—Para saber si ha permitido que alguien de esta casa lo tome.

—Es muy escurridizo. Se escapa con facilidad. Si los libros fueran atletas, este sería campeón olímpico.

—Eso ya lo sabemos.

—Nunca me habías hablado así, sobrino.

—¿Quieres que encuentre *El libro salvaje?*

—Claro.

—¿Entonces por qué no me ayudas?

—Te ayudo en todo lo que puedo: te preparo guisos deliciosos, Eufrosia te lava la ropa y enrolla tus calcetines en bolita, dejo que tu novia venga a la casa.

Desvié la vista a Catalina, tratando de no ponerme colorado. Ella lucía hermosa y tranquila. La voz me temblaba cuando dije:

—Catalina no es mi novia.

Me arrepentí de inmediato de haber dicho esto. ¿Lo tomaría ella como un rechazo? Yo no podía pensar en tantas cosas a la vez. El tío prosiguió:

—Bueno, dejo que tu preciosa amiga, que ojalá fuera tu novia, venga a la casa.

—¿Quieres que encuentre el libro o no? —pregunté furioso.

—Tranquilo —me dijo Catalina, y me tomó de la mano.

Luego se dirigió a mi tío:

—Queremos ayudarlo.

El tío hizo una cara que nunca le había visto. Parecía a punto de llorar. Sin darme cuenta, le había provocado una emoción muy intensa. Sus ojos estaban tristes pero al mismo tiempo llenos de afecto. Me veía como si yo me alejara de él en un barco y no quisiera quedarse solo en el muelle.

Desvié la vista a Catalina. También ella parecía emocionada.

—¿Qué te pasa, tío? —pregunté al fin.

—Hace unas semanas, cuando llegaste a esta casa, sentí que al fin tenía la oportunidad de encontrar *El libro salvaje*. Desde pequeño has tenido poderes de gran lector. Me dio mucho gusto comprobar que los años no te habían embrutecido y que aún atraías a los libros. Luego, cuando le abriste tu corazón a esta jovencita, que no es tu novia pero que ojalá lo fuera, supe que tus sentimientos eran no solo los de un lector especial, sino los de un lector súper especial. Me dio un enorme gusto saber que después de tantos años podías dar con el libro que nadie ha podido leer. Pero luego pasó algo extraño.

—¿Qué?

—Es difícil decirlo, sobrino.

—Di lo que tengas que decir.

—Lo diré en seco, sin té de por medio.

El tío puso una mano grande y pesada sobre mi cabeza:

—No sé si quiero que encuentres el libro —dijo, con voz muy grave.

—¿Por qué? ¿Me puede pasar algo?

—Me puede pasar algo a mí.

—¿Qué?

—Si encuentras el libro, la aventura habrá terminado.

—¿Y eso qué?

—Eso significa que ya no tendrá importancia que estés conmigo. Eso significa que te irás a otro lado. Eso significa que dejaré de verte.

El tío me vio con unos ojos que por primera vez no me parecieron saltones. La emoción los disminuía mucho. De pronto tenía cara de sabio japonés. Entonces pronunció unas palabras que nunca creí que diría:

—Te quiero, sobrino —vio a Catalina y dijo—: también a ti, aunque te conozca poco. No quiero quedarme solo.

Catalina acercó su boca a mi oído. Sus palabras rozaron mi oreja como una brisa rápida:

—Creo que ya se agitó lo suficiente —susurró.

Vi a mi tío y le dije:

—No tienes que estar solo. Te puedo visitar o puedes ir a casa de mi mamá.

—¿Salir a la ciudad, donde la gente apesta y habla de dinero, los perros se hacen caca en la calle y los coches se mueven demasiado?

—Podrías invitarnos a comer una vez a la semana.

—¿Me prometes que si encuentras *El libro salvaje* no dejarás de visitarme?

—Te lo prometo.

—¿Qué querías saber? —preguntó y se cruzó de brazos, como si apenas ahora comenzáramos a hablar.

Yo estaba tan conmovido por lo que había dicho el tío que también olvidé lo que quería averiguar:

—No sé —musité.

Por suerte, Catalina no había perdido el hilo de la conversación:

—Queríamos saber si usted alguna vez abrió *El libro salvaje*.

—Sí. Una sola vez. Fue mi oportunidad, y la eché a perder.

Catalina volvió a preguntar:

—¿Qué pasó?

—Sentí un miedo horrible.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Es un libro de terror?

—Es algo más fuerte.

—¿Qué? —preguntamos al unísono Catalina y yo.

—Es un espejo —el tío tragó saliva—. Sentí que me asomaba a un espejo. Ya te dije que todos los libros son espejos, pero este es distinto: es un espejo para gente valiente, dispuesta a meterse en el libro, a ser chupado, a sentir emociones como si tú lo escribieras.

—¿Leyó un poco del libro? —le preguntó Catalina.

—No alcancé a leerlo. Vi todo en blanco pero sentí que ese libro me estaba retratando. Tuve miedo de reconocerme, de sumergirme en sus páginas para saber cómo soy por dentro. Cerré el libro de inmediato.

—¿Y qué pasó? —preguntó Catalina.

—El libro se esfumó. Yo no merecía ser su lector. No volví a verlo.

Catalina había tenido razón. El tío sintió miedo de que algo intenso le ocurriera.

—¿En qué sección lo encontraste? —pregunté.

—Recuerdo el librero donde me topé con el libro: «Motores que no hacen ruido». Ya saben que detesto los sonidos. Quería ver si encontraba una licuadora para que Eufrosia triturara sus verduras en silencio. *¡El libro salvaje* estaba ahí! Luego entendí por qué: un libro es un aparato, un mecanismo, un motor que funciona y no hace ruido.

—¿Usted cree que haya regresado a ese lugar? —preguntó Catalina.

—Es muy posible. Los libros son insistentes. Por eso se vuelven clásicos.

—¿Has entrado a esa sección? —me preguntó Catalina.

—Una vez.

—¿Y qué pasó?

—Me gustan los coches pero los motores no me interesan mucho: pasé rápido por ahí.

—¿No viste algo raro? Trata de recordar —me dijo Catalina.

—¿Te traigo un cronopio salado? —sugirió el tío.

—¡Un momento! —exclamé.

—¿Qué pasa? —los ojos del tío volvieron a ser saltones.

—Sí sucedió algo raro: en la sección de motores había libros sobre caballos de fuerza.

—Eso es lógico, sobrino. Pero supongo que no es eso lo que quieres

contarnos.

—No. Cuando ya me iba, un libro cayó al suelo. Lo recogí y volví a ponerlo en su estante.

—¿Y? —el tío se acercó tanto a mí que pude oler un rastro de salsa de tomate en sus mejillas.

Entonces recité, como si hablara en un sueño:

—Se llamaba *Los caballos de fuerza no usan herraduras*.

—Obvio, sobrino, ¿qué esperabas?

—Los caballos que no usan herraduras son potros salvajes —dije—. Nadie los ha montado, no han sido domados.

—¡Como *El libro salvaje!* —dijo el tío—. El libro te estaba dando una señal.

—Ahora me doy cuenta —dije, muy sorprendido.

Catalina expresó lo que todos pensábamos:

—Vamos ahí.

Motores que no hacen ruido

Cuando entramos a la sección «Motores que no hacen ruido», Catalina fue al fondo del cuarto y yo me quedé cerca de la puerta. Revisaríamos libro por libro, título por título, autor por autor, en busca de nuestra presa.

Habían pasado unos veinte minutos cuando algo empezó a zumbar. Parecía el ronroneo de una tubería o de un aparato en otra parte de la casa. Pensé que el tío preparaba algo en la licuadora, pero el zumbido duró demasiado para que esa fuera la causa.

Vi el librero que tenía frente a mí y me pareció que la madera vibraba, como si el metro pasara bajo la casa. Pero en aquella parte de la ciudad no había metro.

Los ojos de Catalina brillaban al fondo del cuarto. Tenía la expresión de quien contempla algo muy interesante que se puede volver peligroso. Con señas me pidió que me acercara.

Di unos pasos y sucedió algo curioso. No puedo decir que se escuchara un sonido; era otra cosa, como si el aire acumulara fuerzas para estallar, un silencio que sonaba, una energía a punto de reventar.

Catalina me mostró el libro del que no se había desprendido desde que llegó a la casa: *Reloj de letras*.

Puso el índice sobre los labios para que yo no dijera nada. Entonces me mostró un libro que había encontrado: *Ajustes de tiempo.* Pensé que se trataba de un volumen extraviado en esa sección, pero en cuanto lo abrí supe que trataba de mecánica. Era una manual para ajustar los motores al ritmo en el que deben funcionar. Yo no sabía que un motor pudiera estar fuera de tiempo.

Catalina me pidió que volviera a poner el libro en el estante y a su lado colocó *Reloj de letras*. El zumbido cesó en el acto. Ella sonrió de un modo

maravilloso.

Luego me hizo una seña para que saliéramos de la habitación.

—¿Qué fue eso? —le pregunté.

—Una buena señal. Los libros se inquietaron cuando llegamos. ¿Notaste el zumbido?

—Claro.

—Se pusieron como motores a punto de arrancar. Fue como si nosotros les sirviéramos de gasolina y pidieran que los encendiéramos.

Catalina parecía entender los misterios de la biblioteca mejor que yo.

Aunque han pasado muchos años desde entonces, recuerdo muy bien que en ese momento llevaba una blusa azul, con estrellas amarillas bordadas en el cuello. No pude olvidar ningún detalle de esa escena en la que le pregunté, lleno de curiosidad:

—¿Y por qué dejaste ahí *Reloj de letras?*

—Teníamos que mandarles una señal. Los libros se relacionan entre sí, es lo que dijo tu tío. Ahora dos libros que tratan del tiempo están juntos: uno trata del tiempo de los humanos y otro del tiempo de los motores. A ver qué pasa.

—¿Qué crees que suceda?

—*El libro salvaje* ha estado muy tranquilo. ¿Te acuerdas de la trucha azul en *El río en forma de corazón*?

¿Cómo podía olvidarla? Era uno de mis episodios favoritos. Ernesto y Marina subían a una canoa a pescar. Pasaban toda la tarde sacando peces. Antes de regresar al campamento revisaban la pesca: era abundante pero poco valiosa. Todos los peces eran pequeños. Eso no podía conformar una rica cena. Entonces se daban cuenta de que esa pesca podía ser sabrosa, no para ellos, sino para un pez de las profundidades. ¡No habían pescado su cena sino la del pez que querían pescar! Acto seguido, colocaban los pescados pequeños en los anzuelos y hundían la carnada muy hondo. Después de varios esfuerzos atrapaban una trucha azul, especie muy rara y de gran tamaño, cuya carne era muy apreciada por su sabor y porque los brujos de la región decían que daba grandes poderes.

A veces uno atrapa algo que parece insignificante pero sirve para atrapar otra cosa. El buen pescador consigue pescados sin chiste que lo ayudan a llegar al que vale la pena. Algo parecido sucede con las personas: es necesario conocer bastantes para llegar a las que en verdad interesan.

—*El libro salvaje* es como la trucha azul —dijo Catalina.

—¿Le pusiste *Reloj de letras* como carnada?

—Sí. Es un libro con el que se puede identificar.

—¿Y por qué quisiste que saliéramos del cuarto? Sería emocionante ver cómo se mueven los libros.

—Sería fabuloso, pero tu tío dice que a los libros no les gusta que los veamos moverse. De pronto encuentras uno sin saber cómo llegó ahí.

—Tienes razón: si se movieran delante de nosotros la gente les tendría miedo o jugaría al tiro al blanco con ellos. Los cazarían como animales salvajes. La gente puede ser tremenda.

Catalina se me quedó viendo y dijo:

—¿Y a ti qué te gusta?

No contesté y ella insistió:

—¿Cuál es tu trucha azul?

¿A qué se refería? ¿A la carnada que podía interesarme?

—*El libro salvaje*, supongo —contesté.

—¿Y nada más? —preguntó sin dejar de verme a los ojos.

Seguramente me puse de todos colores. Yo quería encontrar *El libro salvaje*, pero sobre todo quería estar con Catalina, pero me daba vergüenza decírselo. Ella parecía esperar que yo dijera algo importante. No quería equivocarme y decepcionarla.

—Estás temblando —Catalina puso su mano en mi mejilla—. ¡Como un libro a punto de ser leído! —sonrió.

¡Ella se había dado cuenta de que yo estaba enamorado! Me leía como se lee un libro, pero yo era un libro muerto de vergüenza.

Fue un alivio que Catalina dijera:

—Vamos a ver qué pasó.

Entramos de nuevo al cuarto, que seguía en completo silencio. Caminamos muy despacio rumbo al estante donde ella había colocado *Reloj de letras*.

Al llegar ahí, todo parecía como antes. No vimos señas de un lomo blanco.

Pero tampoco encontramos *Reloj de letras*.

Catalina y yo nos veíamos en silencio cuando una voz de niña dijo:

—¡Juanito!

Era Carmen. Al fin había llegado a la casa. Venía en compañía de Eufrosia, que cargaba una pesada maleta. Mi hermana tenía las manos llenas de peluches, entre ellos su muñeco Juanito.

—¿Ella es tu novia? —me preguntó.

No contesté: desvié la vista a los tres gatos que habían seguido a mi hermana.

Catalina tampoco respondió, pero sonrió y vio a Carmen con tranquilidad, como si no le molestara lo que ella había dicho.

Mi cara se había puesto roja como un tomate y Carmen dijo:

—¡Uy, metí la pata! Tío Tito me dijo que tienes una novia a la que quieres mucho pero que no te gusta que digan que es tu novia.

—Es Catalina —dije.

—Hola —dijo Catalina con admirable voz alegre.

—¿Aquí está el Club de la Sombra? —me preguntó Carmen.

—¿Qué es el Club de la Sombra? —se interesó Catalina.

—Un lugar al que solo se puede ir de noche —contesté.

—¿Y está en esta casa? —continuó mi hermana.

Recordé el cuarto de los libros para ciego y dije:

—Sí.

—¡Yupi! —Carmen estaba feliz—. ¿Me llevarás?

—Claro —contesté, sin estar muy seguro de poder cumplir mi promesa.

—¿Te presento a mis nuevos peluches? —Carmen colocó una hilera de muñecos en el librero. Algunos libros cayeron al suelo.

En ese momento el tío entró al cuarto. Venía armado de una lupa:

—¡Que ningún peluche se mueva! Necesito inspeccionarlos para saber si están limpios.

—Los bañé la semana pasada —informó Carmen.

—Eso no es suficiente. Necesito pasarles revista uno por uno. ¿Catalina?

—¿Sí?

—Sé que tienes experiencia con enfermos. Te pido que me ayudes a revisar a estos pacientes.

—No son pacientes —intervino Carmen—, ¡son mis peluches!

—Por el momento, querida sobrina, son pacientes sospechosos de tener hongos debajo de las orejas y en otros lugares a los que no siempre llega el jabón. Manos a la obra.

El tío le pidió a Eufrosia que pusiera los peluches en fila. Sacó otra lupa de su bolsillo y se la dio a Catalina. Revisaron orejas, ojos, patas, garras, hocicos y narices sin encontrar nada especial.

Tío Tito quedó satisfecho con la inspección:

—Estos peluches están sanos como una manzana —declaró.

Carmen me presentó a los que yo no conocía. Me mostró un conejo al que le daban terribles retortijones en el estómago, una liebre que siempre estaba nerviosa y una tortuga a la que le dolía la cabeza como a nuestra mamá.

—Aquí van a estar más tranquilos y se curarán de todo —le dije a Carmen.

Ella me dio un abrazo y noté que había crecido un poco en las semanas que llevábamos sin vernos.

Ayudé a recoger los peluches y me asombró la habilidad de Eufrosia para tomar hasta siete en una mano.

Luego vi a Catalina y un escalofrío me recorrió la espalda.

Sus ojos, de por sí grandes, se abrían de manera enorme.

Ella miraba algo a mis espaldas. Algo importante. Algo que le daba el brillo de las ideas especiales.

Me di la vuelta. En ese momento hubiera querido tener el arpón del capitán Ahab, que luchó contra Moby Dick. No había ninguna ballena en el lugar, pero en la parte superior de un librero se veía un lomo blanco, un libro que hasta hace unos momentos no estaba ahí, un ejemplar de tapa blanda, un libro disfrazado de libro cualquiera, sin letras a la vista, como si aún no lo terminaran de hacer. En una palabra: un libro que nunca había sido leído.

Me acerqué de prisa al librero. El tío vio lo que hacía y soltó un alarido, Eufrosia dejó caer los peluches, Carmen se tropezó, yo la pisé y cuando al fin mi mano llegó al sitio correcto, ya no era el sitio correcto.

El libro salvaje había vuelto a desaparecer.

Esa noche me costó mucho trabajo dormir. Oía ruidos en el cuarto de al lado, donde ahora dormía Carmen. A eso de la medianoche ella llegó a pedir que la llevara al Club de la Sombra.

Le dije que no podía, no esa noche.

Entonces quiso dormir en mi cama. No me gustaba que durmiera conmigo porque le daba por soñar que volaba y extendía mucho los brazos, ocupando toda la cama. Yo no podía dormir así. Además, ya estaba bastante grande para compartir mi cama con niños.

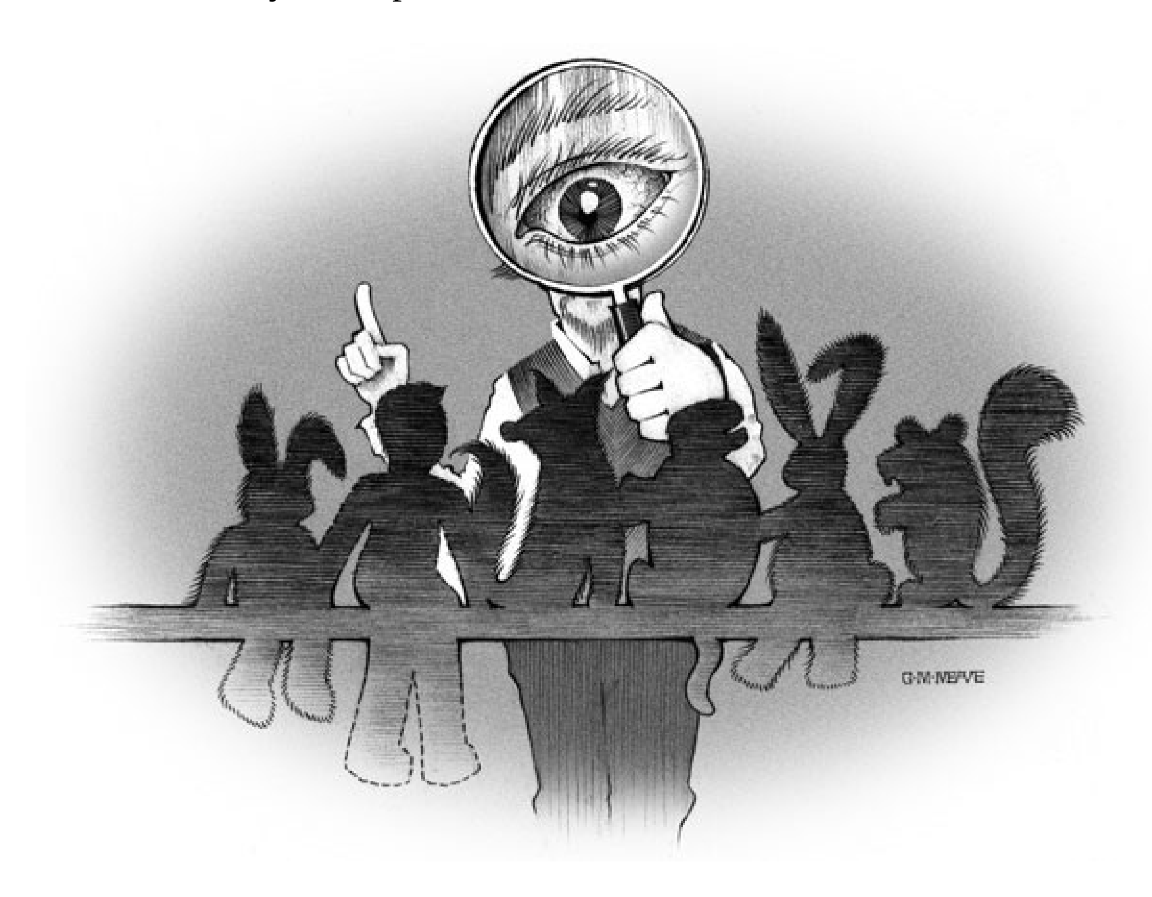
—Vamos a tu cuarto. Te acompañaré hasta que te duermas —le dije.

—No tengo sueño —fue su respuesta.

Siempre decía eso. La llevé a su cuarto y cinco minutos después ya estaba

dormida.

Regresé a mi cuarto, más despierto que nunca. Envidiaba la rapidez con que Carmen se dormía y se adaptaba a todas las cosas.



Estuve pensando y pensando en *El libro salvaje*.

¿Tendríamos otra oportunidad de atraparlo? Esta vez habíamos fallado por muy poco.

Me quedé inmóvil, escuchando los crujidos de la casa hasta que sentí que eran los crujidos de mis ideas.

La última vez que vi el reloj antes de dormirme eran las tres de la mañana.

De nuevo soñé con el cuarto escarlata, pero esta vez ocurrió algo distinto. Oí el lamento que salía del fondo del pasillo y caminé hacia ahí con mis pesadas botas de hierro. Entré a la habitación de paredes rojas, pero no había sangre en las paredes, simplemente se trataba de un cuarto pintado de rojo. Siempre me había gustado ese color y no me molestó estar ahí. Volví a oír el quejido que venía de un rincón. Parecía el sollozo de una mujer. Me acerqué en esa dirección y vi algo envuelto en un trapo. Era un bulto pequeño, pero no pude cargarlo. Pesaba más que mis botas de hierro. Traté de retirar el trapo y tampoco pude

hacer eso. Era un envoltorio sin nudos ni aperturas. Algo lloraba ahí adentro.

Me arrodillé y palpé el bulto con cuidado. Me pareció que era un libro. Curiosamente, cuando reconocí su forma se volvió más ligero y pude levantarlo.

¿Qué podía hacer con un libro que llora? ¿Había forma de arrullarlo?

Revisé la habitación y descubrí una puerta que hasta entonces no había advertido. Tenía tres cerraduras. Por suerte, cada cerradura tenía puesta una llave. Abrí la puerta y un resplandor me deslumbró. En el cuarto era de noche, pero detrás de la puerta estaba el día, un día radiante.

El cuarto escarlata daba a un campo con sol de mediodía. La luz llegó hasta el bulto envuelto en el trapo y el libro que estaba adentro dejó de llorar.

Salí al campo y sentí el pasto bajo mis pies. Ya no llevaba botas de hierro. El trapo, que hasta entonces era de un color impreciso, se convirtió en una tela de cuadritos rojos y blancos, como un mantel. Traté de abrirlo, pero tampoco esta vez pude hacerlo.

Subí a una colina y me senté a ver el paisaje. Recordé la foto de mi madre dormida y me tendí sobre el césped. Dormí profundamente. Dormí dentro de mi sueño. En algún momento pensé que no podría despertarme pero luego me dije: «sí puedo hacerlo porque estoy en mi sueño y yo decido lo que pasa». Abrí los ojos y fue como si me despertara dos veces, dentro y fuera del sueño.

Estaba en mi cama, en casa de tío Tito.

Traté de volverme a dormir para volver al campo y saber lo que sucedía con aquel libro misterioso, pero es más fácil huir de un sueño que regresar a él.

De cualquier forma, sentí una calma que nunca había sentido antes. Por primera vez, había logrado salir del cuarto escarlata, y además había salvado un libro, un libro que lloraba como un niño.

Tal vez lo que ese libro quería era ser adoptado, tal vez al pasar del cuarto escarlata al campo había dejado de ser niño y se había vuelto mayor.

Pensé que si alguna vez volvía a tener ese sueño, llevaría tijeras para cortar el trapo y saber de qué libro se trataba.

No pude llevar a cabo esta idea porque nunca más volví a tener la pesadilla del cuarto escarlata.

Había perdido el miedo a lo que ahí ocurría. En cambio, mi curiosidad por saber lo que contiene un libro que no ha sido leído había aumentado.

Una radiación en zig-zag

Pensé que mi hermana se iba a aburrir en casa del tío, pero ocurrió todo lo contrario. Le encantó llevar sus peluches a la cocina. A cada uno le amarró una servilleta al cuello y pasó largas horas acompañando al tío.

Él necesitaba que alguien leyera en voz alta historias capaces de inspirar recetas y Carmen se convirtió en su ayudante. Gracias a este trabajo de equipo, pudimos comer el exquisito guiso «conejo apresurado», que se les ocurrió después de leer *Alicia en el país de las maravillas.*

Mientras el tío y Carmen convertían historias en guisos, Catalina y yo revisábamos los libros de la sección «Motores que no hacen ruido». Pero después de nuestro éxito inicial no hubo avances.

Llegó un momento en el que Catalina dijo algo que jamás pensé que pudiera decir:

—Extraño la farmacia.

Se trataba de una frase normal. A fin de cuentas, era ahí donde ella trabajaba en las vacaciones y donde estaban sus padres. Sin embargo, eso podía significar algo atroz: ¿sería capaz de abandonar la búsqueda?

Le propuse descansar de *El libro salvaje* y buscar otra aventura de *El río en forma de corazón.*

Así lo hicimos, pero no fue fácil dar con un nuevo episodio de esas historias que aparecían en cualquier lugar de la casa.

Llegamos muy cansados a la cena. El rico olor de la comida nos reconfortó un poco y le pregunté al tío:

—¿Por qué las historias de *El río en forma de corazón* nunca aparecen en el mismo lugar de la biblioteca?

—Es un libro al que le gusta atrapar a sus lectores por sorpresa. Es un libro cazador.

—Y *El libro salvaje* es un libro que no quiere ser cazado —comentó Catalina.

—En efecto —dijo el tío—. A los libros les gusta ser encontrados de una manera parecida a la historia que está escrita en sus páginas. Las aventuras de *El río en forma de corazón* ocurren en un bosque donde hay que pescar peces y cazar animales, por eso quiere que también sus lectores busquen los episodios como si la biblioteca fuera una naturaleza silvestre. Hay que recordar que los libros se hacen con árboles, así que esta biblioteca puede ser considerada un bosque.

—Si supiéramos de qué trata *El libro salvaje*, podríamos acercarnos a él de una manera parecida a su historia —dije.

—Claro que sí, sobrino, pero no lo sabemos.

Al día siguiente temí que Catalina no fuera a la casa. Mi alegría fue inmensa al oír el timbre de la puerta. Llegó con ánimos de encontrar otro episodio de *El río en forma de corazón* y me dio una perita de anís para endulzar mi travesía por los pasillos que recorrían la casa del tío.

Decidimos separarnos para tener más oportunidades. Quise darle la campanilla a Catalina, pero Carmen se la había amarrado a un conejo de peluche que según ella era muy distraído.

—Si se la quito se pone triste —me dijo.

Me puse de pésimo humor. Mi hermana era demasiado infantil. Si seguíamos haciéndole caso a sus caprichos nunca lograríamos nada. Eso no era una juguetería. Era una biblioteca donde se ocultaba un libro fantástico.

Para que yo me calmara, el tío recurrió a un remedio de emergencia: le dio un pandero a Catalina para que pudiera llamarnos en caso de que se perdiera. Era un poco absurdo recorrer una biblioteca con un pandero en la mano, pero se trataba de un remedio eficaz. En las aventuras del río había aprendido que en los momentos de urgencia no hay que fijarse en los detalles: si un calcetín te sirve para frenar una hemorragia haciendo un torniquete, no te puedes poner exigente quejándote de que huele mal.

Debían ser las dos de la tarde cuando oí el repicar del pandero.

El ruido venía del piso de arriba.

Es muy raro cómo pasan las cosas. Cuando Catalina y yo nos separamos, me pareció normal que ella fuera a cualquier parte de la casa. Pero cuando oí el pandero y me acerqué al sitio de donde venía el sonido, me pareció muy preocupante que estuviera en *esa* parte de la casa.

Recorrí el pasillo que llevaba nada más y nada menos que al cuarto donde yo había encerrado al maligno libro de tapas azules. Por suerte, Catalina no estaba dentro. Me esperaba en el pasillo.

—¿Qué crees? —preguntó.

—¿Qué?

—Lo que buscábamos estaba en el piso —señaló la alfombra donde había varios libros. ¡Eran los mismos que tiré cuando me escondí en el pasillo! Sin embargo, entonces no advertí que entre ellos estuviera esa aventura tan interesante.

Recordé perfectamente la escena que ocurrió en lo más profundo de la noche: el tío había pasado junto a mí, quejándose de Eufrosia y del desorden de la casa, y nadie había vuelto a poner los libros en su lugar. Curiosamente, uno de ellos era el que buscábamos. Se llamaba *Medianoche en el río en forma de corazón*.

Le propuse a Catalina que fuéramos a leer al cuarto de los helechos, que tanto me gustaba. Ella se sentó a mi lado en el mullido sofá y por primera vez leímos un libro al mismo tiempo.

—¿Ya? —me preguntaba para saber si yo había terminado la página.

En ese episodio, toda la historia ocurría de noche. Trataba de un extraño material radiactivo que era enterrado por unos ladrones en una colina. Un grupo de guardias forestales llegaba a revisar el lugar y pedía la ayuda de Ojo de Águila y de Ernesto y Marina, que ya se habían vuelto famosos por su manera de cuidar el bosque.

Los guardias explicaban que el material radiactivo había desaparecido de una planta nuclear que producía electricidad. Era muy valioso y los ladrones habían pedido rescate por él. Tenían pistas de que estaba oculto en el bosque. La única manera de localizarlo era percibir un resplandor verde, usando unos anteojos especiales.

El material radiactivo estaba protegido por una caja de metal. Sin embargo, su luz era tan potente que en la noche lograba traspasar el metal. Aunque estuviera bajo tierra, mandaba a la superficie señales en forma de zig-zag y producía un resplandor color verde eléctrico que duraba apenas unos segundos,

pero podía ser detectado por ojos atentos y rápidos.

El bosque era enorme. Se necesitaban los ojos de muchas personas ultraconcentradas para poder revisarlo. Ojo de Águila era capaz de ver a una lechuza bebé a cincuenta metros en la parte más cerrada del bosque. Encontrar el material radiactivo era aún más difícil.

Lo peor del asunto es que si el material no era encontrado a tiempo podía contaminar esa reserva natural. La radiación afectaría a todas las especies: nacerían codornices con tres patas, osos azules y águilas ciegas.

Leímos la historia de un tirón hasta llegar al momento en que Marina y Ernesto recorrían el bosque a la medianoche. De pronto vieron un reflejo verdoso.

En eso, sentí que las líneas del libro vibraban. Pensé que mis ojos estaban cansados de tanto leer. Me froté los párpados con fuerza. Cuando volví a ver el libro, Ernesto y Marina avanzaban entre hojas secas rumbo a un brillo verde. Habían encontrado el material que podía envenenar el bosque.

Vi a Catalina: tenía los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Sentí que las letras se movían. Luego vi un resplandor demasiado fuerte.

Justo entonces yo miraba un brillo verde.

—¿De qué color? —le pregunté.

—Verde —me dijo.

Detrás del brillo, las letras parecían moverse, de izquierda a derecha, como si en ese momento se imprimieran en el papel. No pude ver qué decían porque la luz era muy intensa.

Segundos después, el libro recobró su aspecto normal.

—Yo también vi el resplandor —dije—. El libro se encendió.

—Es lo mismo que vi yo —Catalina se recostó en mi pecho y pasé mi brazo sobre su hombro.

Seguimos leyendo: Ernesto y Marina localizaban el bloque, enterrado a gran profundidad (su radiación era tan potente que avanzaba como un delgado rayo en la tierra y llegaba a la superficie en forma de zig-zag).

Corrían a ver a Ojo de Águila, quien producía su famoso aullido de coyote para ser localizado por los guardias forestales.

En la última parte del libro, un equipo de especialistas armados con guantes y trajes especiales desenterraba el material contaminante. La caja era tratada con sumo cuidado, le amarraban correas y la enganchaban al cable de un helicóptero.

Así era trasladada de regreso a la central eléctrica.

La historia nos gustó mucho pero lo que pasó con las letras nos dejó confundidos. ¿Qué habíamos experimentado? El libro brilló como si encontráramos algo radiactivo dentro de él.

Volvimos a abrir el libro en la página 198. No encontramos nada extraño o sospechoso. Las letras se ordenaban como la tranquila superficie del agua. Pero nosotros sabíamos que esa superficie podía agitarse.

Se hizo de noche en el cuarto de los helechos. A través del tragaluz vimos la Luna, en forma de rebanada de sandía.

Catalina me dio otra perita de anís y estuvimos un rato en silencio, contentos de estar juntos, disfrutando la compañía, sin tener que decir nada.

Los dos pensábamos en el raro efecto que nos había producido el libro, pero no teníamos que decirlo.

Cuando las peritas de anís se disolvieron en nuestras bocas, fuimos a ver al tío.

Lo encontramos embarrado de harina hasta las cejas, junto a un ventilador apagado.

—Este es un pésimo momento —nos dijo—. Miren nada más —señaló a Carmen y sus peluches, todos embarrados de harina.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Encendí este ventilador y vean lo que pasó.

Desvié la vista al techo: cientos de cerezas se habían embarrado ahí.

—¿Quién dijo que cocinar es asunto tranquilo? —preguntó el tío.

Para Carmen la situación era muy divertida porque le daba oportunidad de llenar la tina de agua tibia para bañar de nuevo a todos sus peluches.

El tío se limpió la cara con la torpeza que lo caracterizaba; olvidó frotarse las cejas, que quedaron blancas de harina. Solo se dio cuenta de su descuido cuando una hormiga trepó hasta ahí en busca de alimento.

—Me doy un baño de cejas y estoy con ustedes —dijo el tío.

Cuando finalmente estuvo listo, se acercó a nosotros con su habitual taza de té y escuchó lo que teníamos que decirle.

Escuchó con enorme atención la historia del libro que se había encendido.

Cuando terminamos, hizo una pausa bastante larga. Luego dijo lo que pensaba:

—Han comprobado la fuerza de la lectura. Las palabras transmiten energía, por eso vieron ese resplandor. Al leer los dos juntos sumaron la intensidad que tienen. Me extraña que las hojas no se hayan achicharrado.

—La página brilló cuando los personajes encontraban el material radiactivo —dije.

—Claro —me respondió el tío—. Ustedes estaban emocionados y querían ver eso. Cuando lees nunca ves las letras; ves las cosas de las que tratan las letras: un bosque, una casa convertida en biblioteca, una farmacia. Los libros funcionan como espejos y ventanas: están llenos de imágenes.

En ese momento, Catalina vio el reloj.

—Hora de irme —dijo.

—Antes de que te vayas, linda, debo decirles algo —informó el tío.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Lo que les sucedió es muy importante. El libro les quería decir algo más.

—¿Algo más? —preguntó Catalina.

—Las grandes historias te hacen pensar en tus propias historias. *Medianoche en el río en forma de corazón* trata de un material dañino enterrado en el bosque. Algo de lo que hay que librarse. Un libro es como un estanque: muestra una historia en la superficie y otra en la profundidad. ¿No se les ocurre que pueda haber algo debajo de lo que leyeron?

—¿Debajo?

—Una historia escondida bajo esa historia, una historia parecida pero que tiene que ver con ustedes. ¿Hay algo de lo que tendrían que deshacerse en la noche? ¿Algo parecido a ese bloque que podía destruir el bosque?

Recordé el sueño del cuarto escarlata en el que yo sacaba el libro al campo. Salvaba al libro para que al fin dejara de llorar, pero también me salvaba del libro que había estado llorando.

—Es posible que haya algo —dije.

—¿Qué es? —preguntó el tío.

—No puedo decirlo —respondí.

Pensé en el libro de tapas azules. Seguía en la casa. Tenía que sacarlo de ahí. Era nuestro material radiactivo. Aunque no lo viéramos, otros libros podían sentir que algo malo salía de ahí, semejante al zig-zag color verde. Mientras ese libro dañino estuviera entre nosotros, *El libro salvaje* seguiría desconfiando.

Catalina y el tío me miraban con atención pero no les dije nada del libro de tapas azules. No quise que nadie más tuviera que ver con eso. No sé por qué

actué de esa manera. Supongo que hay momentos en que uno siente que debe hacer algo por los demás, sin que ellos lo sepan.

Tenía que acabar el trabajo que había comenzado. El enemigo no podía vivir entre nosotros. Aunque estuviera controlado por los libros de sombra, era necesario sacarlo de ahí.

—¿Qué te sucede? —preguntó el tío, muy extrañado de mi silencio.

Seguramente yo había puesto la cara del que piensa en cosas atrevidas y no quiere decirlas.

—Hay algo que debo resolver solo.

Catalina me vio con extrañeza:

—¿No te podemos acompañar?

—Para que sigamos juntos, debo arreglar algo —dije, con una seguridad que no había sentido hasta ese momento.

—¿Tienes que hacer «algo», sobrino? ¿No puedes ser más específico?

—No.

Ese «algo» tenía tapas azules.

El Club de la Sombra

Esa noche no me puse la piyama. Dejé pasar un largo rato en mi cuarto hasta que no oí otra cosa que los crujidos y los rechinidos que hacen las casas antiguas, como si recordaran los pasos de todos los que alguna vez han caminado por sus pasillos.

Tenía que actuar solo. El tío no podía volver a entrar en contacto con el libro maligno, pues había demostrado ser más débil que él. Por otra parte, no quería poner en riesgo a Catalina.

En las historias del río en forma de corazón, Ernesto y Marina solían enfrentarse a la decisión de qué camino tomar en medio del bosque. Cuando había dos posibilidades, cada uno seguía una ruta distinta para enfrentar distintos peligros. Si alguno se topaba con algo tremendo, el otro tenía la oportunidad de salvarse.

Había llegado el momento de que yo hiciera algo parecido. Si el libro de tapas azules me hacía daño o me volvía loco, los demás podrían continuar la búsqueda de *El libro salvaje*.

Abrí la puerta, dispuesto a actuar en total soledad, pero me encontré a Carmen sentada en el pasillo:

—Te estaba esperando —dijo.

Llevaba a su muñeco Juanito del brazo.

—¿Vas a ir al Club de la Sombra? —me preguntó.

¿Podía decirle una mentira? Mi hermana me veía con enorme ilusión.

—Tus peluches necesitan que los cuides de noche —le dije, tratando de ganar tiempo para pensar en excusas.

—Acaban de elegir presidente. Ganó el conejo Campanito y me dijo que yo

podía ir contigo.

Carmen vivía en un mundo de fantasía que la ayudaba en todo lo que quería.

No tenía argumentos para impedir que me acompañara, de modo que dije lo que menos pensaba decir esa noche:

—Está bien: puedes acompañarme.

Tomé la linterna que había traído de mi casa (sabía que no iba de campamento, pero me hizo ilusión empacarla) y caminé sobre el piso de madera que cada tres pasos producía un rechinido. Mi hermana me tomó de la mano y con la otra sostuvo a su muñeco Juanito.

Carmen se asombró de lo bien que yo conocía los recovecos de esa casona, llena de pasillos torcidos, escalones desiguales, libreros que cerraban el paso.

Avanzamos hacia la zona donde el aire empezaba a oler a encierro. Luego llegamos a la parte en la que parecía haber más polvo que aire. Por último, pasamos a la región donde el piso de madera rechinaba más y percibimos el extraño aroma de la emoción y del miedo. Olía a un animal de otra época. Olía a dragón.

Nos detuvimos frente al cuarto de los libros de sombra. De algún lado llegaba el tic-tac de un reloj de pared. Una lechuza cantó en la oscuridad.

¿Habría lechuzas afuera de la casa? ¿Se trataría de una lechuza imaginaria? ¿El reloj producía ese sonido? Demasiadas preguntas.

Para calmarme un poco, le conté a Carmen que nuestro tatarabuelo y nuestro tío abuelo habían sido ciegos. Le hablé de los libros de sombra y del ejemplar de tapas azules que había dejado ahí.

—Los libros buenos lo están vigilando —agregué.

—¿Es un libro hechizado? —preguntó ella.

—Es un libro maligno.

—¿Lo vas a destruir?

Era una buena pregunta que yo no me había planteado. Solo sabía que tenía un asunto pendiente en ese cuarto: había dejado ahí un libro que no debía estar en la biblioteca. No era bueno tener a un prisionero de tanto peligro.

—¿Lo vas a quemar? —insistió Carmen.

Entonces recordé un fragmento de *Medianoche en el río en forma de corazón*. Ernesto le pregunta a los guardabosques si el material radiactivo puede ser destruido para que deje de causar problemas: «Eso causaría un daño mayor:

podría contaminar todo el bosque». Luego Ojo de Águila decía: «Si encuentras un árbol que tiene una plaga, lo peor que puedes hacer es quemarlo: tratando de salvarte de un árbol, podrías provocar un incendio y destruir a todos los demás». Marina concluía la discusión: «Los árboles son como los libros: el que se atreve a quemar uno, corre el riesgo de quemarlos todos».

No se puede destruir un libro, por malo que sea. Aunque se trate de un libro pirata que roba y destruye lo que dicen los demás.

Las aventuras del río en forma de corazón me daban pistas de lo que debía hacer en mi vida. No debía destruir ese dañino ejemplar. Debía sacarlo de la casa, como había hecho en el sueño del cuarto escarlata. Sí, esa era la solución.

Con esta idea en mente, abrí la puerta del cuarto. Estaba tan nervioso que se me olvidó apagar la linterna. Eso no le gustó nada a los libros de sombra. Dos o tres, bastante pesados, cayeron sobre mi cuello. La linterna fue a dar al piso y se apagó. Oí un portazo a mis espaldas. No hubo más movimientos.

—¿Juan? —dijo mi hermana.

Traté de verla pero la oscuridad era muy espesa. Caminé hacia ella y tropecé con los libros que habían caído al piso.

Finalmente toqué algo afelpado. Pensé que era el muñeco Juanito, pero tenía orejas largas y peludas.

—También traje a Andrés —explicó Carmen—. Lo tenía escondido en mi camisón. Los zorros son muy listos y Andrés ha ganado varias competencias.

Carmen me dio la mano en medio de la oscuridad.

No nos habíamos sentido tan solos desde que nuestro padre se fue de la casa.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

No tenía la menor idea de lo que debíamos hacer, pero de una cosa estaba seguro: no podíamos tener miedo. En ese cuarto tuve un presentimiento extraño. Sentí que todo lo que nos pasara después iba a depender de ese momento. Si lográbamos hacer algo tan importante como librarnos del libro maligno, tendríamos mucha fuerza. Una fuerza que nos acompañaría para siempre. Aunque papá estuviera lejos. Aunque mamá fumara mucho y se preocupara de todo.

—Yo te cuido —le dije a Carmen.

—¿Y luego me llevas a París?

—Sí.

—¿Veremos los puentes que hace papá?

—Sí.

—¿Y luego iremos con mamá?

—Sí.

—¿Y tú manejarás el coche para que ella no choque?

—Sí.

En ese momento hubiera contestado «sí» a todo lo que me pidiera mi hermana. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera, pero no sabía cómo lograrlo.

¿Sería posible encontrar el libro maldito en la más completa oscuridad? Traté de acostumbrarme a la penumbra y solo logré distinguir los marcos de los libreros: parecían negros esqueletos.

—Tenemos que avanzar —dije de pronto.

Apreté la mano de Carmen con demasiada fuerza porque ella me dijo:

—Cuídame, pero no me apachurres.

Dimos un par de pasos al frente. Podía distinguir los libreros y caminar entre ellos, pero no sabía en qué dirección avanzaba.

A medida que nos adentrábamos en el cuarto, respiré el agradable olor de las páginas y me sentí más tranquilo. No olía a encierro, sino a papeles guardados con cuidado, a papeles que descansaban.

No podía leer esos libros, pero habían demostrado ser mis amigos. Mi tatarabuelo y mi tío abuelo los habían leído. Recordé, también, que algunos de los mejores lectores habían sido ciegos. Para ellos, los libros normales eran tesoros que solo podían imaginar. ¿Qué se sentiría leer con las yemas de los dedos? Me acerqué a un librero, tomé un libro, lo abrí y acaricié ese alfabeto hecho para el tacto. Sentí un cosquilleo y tuve la curiosa sensación de que el libro me leía a mí. Cada quien tiene una huella digital distinta; para esos libros cada lectura resultaba única, incomparable.

Desde niño, imaginaba que tenía amigos invisibles que se reunían de noche, pero no imaginé que esos amigos pudieran ser libros. Ahora lo sabía. Todo libro está dormido hasta que lo despierta un lector. Dentro vive la sombra de la persona que lo escribió.

Mientras pensaba esto, un librero se movió un poco.

—No te asustes —le dije a Carmen—, a veces los libros caen para hacer escalo…

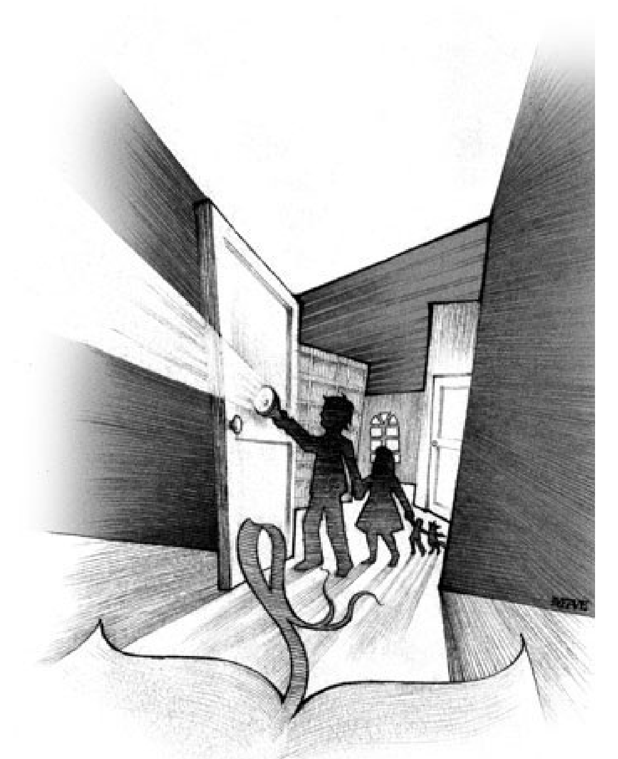
No había terminado la frase cuando dos o tres volúmenes fueron a dar al piso. Luego cayó otro más, y otro.

Los libros se comenzaron a desplomar. Como ya había estado ahí, supe que caían con un propósito definido. Aquello era un desplome bastante ordenado.

Los libros formaban escalones y yo debía obedecerlos. Pisé el primero con mucho cuidado, pero luego sentí que los libros tenían prisa y caminé con mayor rapidez, sin soltar a Carmen.

Era muy raro dar un paso en el aire sabiendo que un nuevo escalón apoyaría esa pisada. Los peldaños se formaban a medida que subíamos.

Ascendimos hasta sentir una leve brisa. Estábamos cerca del techo. Vi el estrecho túnel que ya conocía y la apertura en la que desembocaba. Una rebanada de Luna flotaba en el cielo.



Me dispuse a salir por ahí, impulsado por la escalinata que habían hecho los libros. Sin embargo, algo me preocupaba, como si hubiera dejado abierta la llave del agua caliente. ¡Había olvidado lo más importante: buscar el libro pirata!

Iba a regresar cuando Carmen preguntó:

—¿Es este?

—¿Qué? —me volví a verla.

—Mira: el último escalón. ¡Es un libro de tapas azules!

Los libros nos habían llevado hasta ahí en compañía de su rival, como si nos pidieran que lo sacáramos. Teníamos que hacer eso.

Me senté en el borde del túnel que iba a la ventana y traté de levantar el libro. Pesaba mucho y le pedí ayuda a Carmen. Entre los dos tiramos de las tapas del libro. Con mucho esfuerzo logramos empujarlo.

Poco a poco se hizo más y más ligero. Cuando llegamos al borde de la ventana, pesaba como un libro normal. Bajé con él por la escalera que conducía al jardín.

Carmen me siguió.

Habíamos pasado entre los libros de sombra más tiempo del que yo pensaba. La Luna se disolvía en lo alto y comenzaba a amanecer. El cielo se teñía de un color violeta con rayas azul claro.

¡Lo habíamos logrado! Habíamos sacado el libro que de nada servía. En eso, Carmen exclamó:

—¡Se me olvidó Juanito!

Siempre era lo mismo con ella, olvidaba algo, se retrasaba, tenía que ir al baño, perdía un juguete y quería regresar. Tener una hermana era tener todos esos problemas.

—¿Y Andrés? —pregunté.

—Los zorros son listos —dijo ella, mostrando su peluche—. Juanito es el más tonto de todos mis juguetes.

Me le quedé viendo, ofendido de que llevara mi nombre.

—¡También es mi favorito! Tenemos que volver al Club de la Sombra.

—Primero debemos deshacernos de este libro —dije, para ganar tiempo.

—¿Dónde lo vas poner?

No tenía la menor idea de qué hacer con un libro que solo servía para perjudicar otros libros. Pero fue como si el cielo escuchara mis pensamientos porque oí una campana.

—Escucha —le dije a mi hermana.

Prestamos atención: no se trataba de una campanilla como la que yo había usado en la biblioteca ni de una campana de iglesia. No era ni pequeña ni grande. Si las campanas tuvieran tallas, yo diría que esa era de talla mediana.

¡Claro: se trataba de la campana del camión de la basura!

Yo no tenía llave de la casa, de modo que no podía salir a la calle por mi cuenta.

¿Qué hacer?

¿Has tratado de trepar por una enredadera para subir una barda? Si eso parece difícil, ahora imagina trepar con un gran libro atado a la espalda. Porque eso fue lo que hice.

La idea se le ocurrió a Carmen. Se quitó el suéter con el que siempre dormía (si no, soñaba que estaba en el Polo Norte) y lo usó para amarrar el libro a mi espalda. Ya he dicho que pesaba menos al aire libre. Parecía que tenía ganas de huir y por eso se aligeraba. Sin embargo, no es nada cómodo tener un bulto mientras tratas de encontrar tu camino en una enredadera.

La campana volvió a sonar, esta vez más cerca de nosotros. Yo sabía que los camiones de basura se detenían en una esquina durante un rato. Mientras tanto, un hombre de guantes amarillos muy sucios recorría la calle avisando que estaban ahí.

Disponía de unos diez o quince minutos para escalar la barda, saltar a la calle y correr al camión de la basura.

Me atoré entre las ramas. Sentí que una de ellas me aferraba el tobillo. Costaba trabajo moverse en esa enredadera. Las ramas se doblaban y se enrollaban en mis pies. Tal vez el tío había cultivado un tipo especial de enredadera para evitar que los ladrones treparan por ahí.

Me iba a dar por vencido cuando algo me empujó por la espalda. No fue un golpe fuerte; parecía una palmada de apoyo. Vi una rama arriba de mí y la tomé con fuerza. La planta se enroscó en mi muñeca. Esto me ayudó a alzarme. Entonces entendí el método para ascender: si usaba los pies, tratando de aprovechar las ramas como escalones, las plantas me jalaban hacia abajo, pero si usaba las manos, podía servirme de ellas como sogas para subir.

En *El río en forma de corazón* había aprendido que la naturaleza tiene sus propias reglas, una forma especial de ser entendida. Yo había usado el sistema equivocado para moverme en la enredadera y al fin descubría el correcto.

Y ahora debo decir algo que no ha dejado de sorprenderme en todos estos años: creo que el libro maligno me ayudó. La palmada que sentí en la espalda vino de él, como si se apoyara sobre mí para darme confianza. Después de eso pensé con claridad y entendí lo que debía hacer.

El libro de tapas azules quería escapar de la casa tanto como yo quería deshacerme de él. Aunque éramos enemigos, por un momento deseamos lo mismo y estuvimos de acuerdo. Fuimos aliados para llegar arriba, donde volveríamos a ser rivales.

Cuando finalmente alcancé la cima, la campana había dejado de sonar.

¡El esfuerzo había sido en vano! Tardé demasiado en subir.

Eso fue lo que pensé al contemplar la calle desierta. Pero entonces oí el ruido de un motor y vi unos faros a la distancia. ¡El camión recorría la calle y se aproximaba a la barda!

Esperé a que estuviera cerca, tan cerca que pude oler su peste a naranjas podridas, y arrojé el libro con todas mis fuerzas. Cayó entre las bolsas de basura.

Lo vi desaparecer en la calle donde salía el Sol.

No sé si esa fue la mejor solución. En todo caso, al viajar entre cáscaras de naranja y cosas inútiles, mi adversario tendría pocas posibilidades de perjudicar a otros libros.

El libro quería salvarse y me ayudó a trepar la barda, de eso estoy seguro. Tal vez de ahora en adelante viviría como un vagabundo, sin tener contacto con las páginas ajenas que tanto deseaba arruinar. Parecía una vida triste para él, la vida de un libro pordiosero, pero al menos había salvado el pellejo. Recordé entonces

que sus páginas parecían, precisamente, hechas de pellejo, y me dio gusto que estuviera lejos de nosotros.

Bajé en un santiamén la barda que tanto trabajo me costó escalar. Carmen me esperaba con ojos expectantes. No había apartado la vista de la barda. Por eso no había podido ver una extraña aparición en el jardín: Juanito estaba en el pasto, atrás de mi hermana.

¿Cómo llegó ahí? Carmen decía que a sus peluches les crecía el pelo, hablaban un idioma que nosotros no entendíamos, se casaban unos con otros y tenían peluchitos. En pocas palabras, estaba segura de que tenían vida propia.

Sin embargo, incluso ella se sorprendió de que Juanito llegara ahí por su cuenta.

—¿Qué pasó? —me preguntó—. ¿Juanito voló hasta aquí?

Lo único que se me ocurre es que Juanito se nos olvidó a nosotros, pero no a los libros. Ellos lo ayudaron a salir. ¿Cómo lo hicieron? Es difícil saberlo. Los libros de sombra están hechos para trabajar sin ser vistos.

Otra explicación es que el muñeco llegó por su cuenta. Las cosas que queremos se acercan a nosotros. A veces merecemos que esto suceda. Todo parece indicar que así es.

Carmen me abrazó y el Sol llenó de luz ese jardín donde los pájaros cantaban como si supieran que éramos felices.

Una carnada más suculenta

A lo largo de esta historia he hablado bien y mal de mi tío. Según yo, si pudiéramos contar lo bueno y lo malo que he dicho de él, el marcador iría ocho a tres en favor de sus aspectos positivos.

Prometí ser sincero. Por eso me he atrevido a decir cosas incómodas de alguien que me trató con tanto cariño. Ahora debo confesar algo aún más difícil. Soltaré de un tirón lo que necesito comunicar: el tío parecía idiotizado por sus guisos.

Al principio me llamó la atención que combinara historias con recetas de cocina. Luego me encantó que sus mezclas fueran tan deliciosas. También fue bueno verlo ocupado y compartir su buen humor.

Sin embargo, cuando se convirtió en un especialista en la cocina, se concentró tanto en los ingredientes que no pudo hablar de otra cosa. Era capaz de discutir media hora sobre la pimienta o la mayonesa.

Si al principio usaba su biblioteca para hacer platillos que recordaran historias, ahora hablaba de las verduras como si fueran libros: se refería al apio como si se tratara de un personaje apasionante y a los tomates como si fueran protagonistas de una novela de aventuras.

El tío se dejaba afectar demasiado por sus aficiones. El libro de tapas azules le cambió el carácter y ahora la cocina lo tenía prisionero.

Carmen, que había estado feliz ayudándolo, se aburría con el tío, capaz de dar conferencias sobre la espinaca.

Hay que reconocer que los platillos eran cada vez más originales y sabrosos. Tío Tito se había convertido en un experto. Lo que no resultaba divertido es que hablara como experto. Nada es tan aburrido como saber mucho de muy poco.

Llegó un momento en que se volvió casi imposible conversar con tío Tito. Para decirle algo, había que saber mucho del ajo.

Fueron días difíciles. Catalina y yo recorrimos una y otra vez la sección «Motores que no hacen ruido», colocando libros que pudieran interesarle al que deseábamos encontrar.

Queríamos caerle bien y le llevamos obras sobre el tiempo y la lectura, temas que asociábamos con su vida de libro.

Nos habíamos librado del libro de tapas azules: *El libro salvaje* se podía mover con mayor libertad. Pero eso no parecía suficiente. No basta con que te deshagas de un tiburón para que los demás peces se acerquen a ti.

Nuestra presa había mostrado curiosidad, como una trucha que se acerca a la superficie, pero no habíamos hallado la carnada definitiva.

En los largos ratos en los que aguardábamos que algo sucediera, como si estuviésemos pescando en un estanque de agua inmóvil, yo pensaba mucho en mi madre.

Llevaba muchos días sin verla y temía que se me olvidara su rostro. Cometí el error de no llevar una foto de ella a casa del tío. La única que había ahí era de hacía mucho tiempo, cuando ella se quedó dormida durante un día de campo. A veces trataba de recordar sus facciones en detalle y sentía que algo no encajaba, como si las semanas de separación hubieran sido una terrible goma de borrar. Sabía que tenía el pelo y los ojos castaños, que su nariz era recta y su risa la más maravillosa que había, pero no podía ver todo eso en su ausencia.

¡El tío se había convertido en un cocinero lunático y a mí se me borraba el rostro de mi madre!

Para colmo, empezaba a perder la fe en encontrar *El libro salvaje*, pero no quería demostrarlo y esto me ponía más nervioso. Si Catalina se daba por vencida, no volvería a la biblioteca.

Hasta ese momento no me había atrevido a decirle que estaba enamorado de ella, porque temía que eso le pareciera ridículo y dejara de ir a casa del tío. Prefería ser su sombra a que me rechazara como novio.

Tío Tito, Carmen, Eufrosia y hasta los gatos parecían enterados de que ella me gustaba mucho, pero yo no me atrevía a dar el siguiente paso. ¡Qué terrible situación!

Todo esto me bajó los ánimos. Yo quería ser alguien decidido, una persona que no se equivoca, pero no sabía qué hacer.

Por fortuna, cuando más desesperado estaba, Catalina encontró una solución.

Me explicó lo que sucedía: al buscar una carnada para *El libro salvaje* nos habíamos comportado como el tío en la cocina. Escogimos libros para expertos, libros que solo hablaban de otros libros.

—*El libro salvaje* quiere algo más divertido —opinó Catalina—. Si solo le ofrecemos libros sobre libros va pensar que lo queremos clasificar. Lleva mucho tiempo escondido y no creo que quiera ser un aburrido libro de consulta. Debemos mostrarle que ser leído puede ser una aventura muy divertida.

—Es cierto, ¿pero qué libro le puede gustar?

—¿Sabes qué creo? —los ojos color miel de Catalina brillaron como cada vez que se le ocurría algo importante.

Estaba tan ansioso de oírla que ni siquiera pude contestar. Entonces ella dijo:

—Si ese libro va a vivir entre nosotros, debemos ofrecerle algo más tentador.

—¿Como qué?

—¡Algo que nos guste a nosotros! Debemos mostrarle lo que nos gusta para que nos conozca de verdad.

—Como las historias de *El río en forma de corazón* —propuse.

—¿Y si no le interesan? —preguntó Catalina, repentinamente preocupada por su propia idea.

Traté de reanimarla:

—Debe conocernos tal como somos. Si no le gusta lo que más nos gusta, no tiene caso que esté con nosotros.

—Tienes razón.

Así fue como decidimos colocar distintos episodios de *El río en forma de corazón* en sitios donde suponíamos que podía estar *El libro salvaje*.

¿Le gustaría lo mismo que a nosotros? Lo más sincero que podíamos hacer era confesar qué clase de lectores éramos.

Las historias de *El río en forma de corazón* habían sido modificadas por la lectura que habíamos hecho; contenían la historia original, pero también lo que nosotros habíamos puesto en ella. Si *El libro salvaje* quería conocer a quienes podían ser sus amigos, era lo mejor que podíamos ofrecerle.

Dejamos la carnada y fuimos a la cocina, donde el tío quiso hablar de la cáscara del cacahuate. Eso nos confirmó que habíamos tomado la decisión correcta con *El libro salvaje*. Durante días y días le llevamos libros que nos hacían ver como especialistas en cosas muy serias. Ahora podría saber que también nos interesaban historias tan variadas como la vida.

Lo que pasó al día siguiente fue positivo pero raro.

Recorrimos la sección «Motores que no hacen ruido» hasta percibir una extraña vibración. De nuevo algo parecía a punto de estallar en ese cuarto.

Fue entonces cuando, al lado de *Un hallazgo en el río en forma de corazón*, avistamos un destello de papel, un lomo blanco, sin letras, un libro que parecía casi listo, pero aún no estaba impreso.

Se asomó por uno de los estantes superiores, los más difíciles de alcanzar.

Me puse en el suelo, en cuatro patas, para que Catalina subiera sobre mi espalda, pero fue inútil.

Un segundo más tarde el libro había desaparecido.

El pez se acercaba a la carnada, pero no mordía el anzuelo.

Lo que empieza cuando algo termina

Tío Tito volvió a conectar el teléfono porque quería hablar con un proveedor de *curry* de la India y recibimos una llamada de mi madre.

—Ya solo estarán cinco días allá —me dijo.

Me pareció magnífico volver a verla, pero la buena noticia también me llenó de preocupaciones. ¿Lograríamos encontrar *El libro salvaje* antes de mi partida? ¿Qué pasaría con Catalina?

Con voz segura, mamá agregó que papá estaba por regresar. Él viviría en otra casa, pero todos nos seguiríamos viendo.

—Tu papá y yo estamos en buenos términos y los queremos mucho.

Los adultos se especializaban en encontrar palabras que podían significar muchas cosas distintas. «Buenos términos» era una expresión francamente rara. ¿Significaba eso que él no dormiría en la casa pero llamaría a la puerta mostrando una sonrisa?

Me alegró volver a ver a mi madre. La quería tanto que quería recordarla tal como era y me daba miedo borrar sus facciones. Sin embargo, en cuanto dijo que ya iba a ir por nosotros, fue como si acelerara un reloj que yo llevaba en mi cuerpo.

Me gustó que mamá conservara el buen humor que había mostrado en los últimos días, pero yo tenía mis propios asuntos que resolver. Me quedaban cinco días para encontrar *El libro salvaje* y para que Catalina se enamorara de mí. Por primera vez estas dos cosas me parecieron conectadas.

Colgué el teléfono tan metido en mis pensamientos que tardé en darme

cuenta de que alguien estaba junto a mí. Era el tío. Miraba el piso con enorme tristeza:

—Te voy a extrañar, sobrino —dijo—. Nos quedan cinco días —agregó, mostrando los dedos de la mano—. ¿Volverás a visitarme? —preguntó con ansias.

—Claro —le dije.

—Tu mamá dijo que te cambiarás de casa. Espero que no sea muy lejos —comentó con resignación.

La ciudad crecía a toda prisa. La casona del tío estaba en el centro y hubiera sido tremendo que nos mudáramos a las afueras. No quise seguir pensando en mi nueva casa, que de seguro quedaba en Saturno, así de mala era mi suerte.

Tío Tito volvió a desconectar el teléfono y bajamos a la cocina. Estaba tan afectado por la noticia de nuestra partida que no habló de cocina: le preguntó a Carmen cosas de la vida de sus peluches, mostrando que se había interesado en ellos mientras hablaba de purés y estofados.

—Prefiero que hoy cocine Eufrosia —desvió la vista al reloj en la pared de la cocina y exclamó—: ¡son las diez y Catalina no ha venido!

Sentí un hueco en el estómago y fui a la farmacia.

La encontré detrás del mostrador, más ocupada que nunca.

Me explicó que algunas escuelas ya habían vuelto a clases y los alumnos se habían contagiado con los virus y las bacterias que atraparon en las vacaciones. Tenía que ayudar a sus padres:

—No puedo ir a la biblioteca —dijo con frialdad.

Más que ocupada, parecía molesta.

Su mamá me trató con la amabilidad de siempre, preguntó por mi hermana, mi madre y mi tío. Luego me dijo que veía un poco cansada a su hija.

Si la veía cansada, ¿por qué la había puesto a trabajar? Era Catalina la que quería estar ahí. ¿Se había aburrido de la biblioteca? O, algo aún peor, ¿se había aburrido de mí?

La vi trabajar con maravillosa eficiencia. Al cabo de un rato me atreví a hacerle la terrible pregunta:

—¿Qué te pasa?

Catalina tenía cara de estar molesta, pero contestó como hacen millones de seres humanos cuando están molestos y no quieren decirlo. Se quitó un mechón de pelo con un soplido y dijo:

—¿A mí?

Pensé en decirle: «¡Claro que a ti!, ¿con quién crees que estoy hablando?» Pero su voz había sonado a lumbre y me dio miedo ofenderla. Quería que estuviera de buenas, a como diera lugar. No se me ocurrió otra cosa que preguntarle:

—¿Hice algo mal?

En ese momento hubiera aceptado cualquier culpa; le hubiera perdido perdón a Catalina por las cosas más raras, aunque no las hubiera hecho y ni siquiera las hubiera pensado, por guerras de otras épocas y naufragios en mares lejanos. Mi único interés era que volviera a sonreír como antes.

—No te preocupes —dijo ella, en un tono indiferente que casi me mató de la preocupación.

—¡¿Qué te pasa?! —exclamé con poco control.

—¿Quieres que te lo diga? —los preciosos ojos de Catalina me vieron de horrible manera.

—Sí —contesté, como alguien partido a la mitad.

—¿Ves esta receta? —me mostró un papel que le había entregado un cliente.

—Sí —contesté, como alguien que sigue partido a la mitad.

—En la farmacia puedo encontrar las medicinas más raras. Ya me cansé de buscar un libro que nunca aparece.

—¡Estamos a punto de lograrlo!

—No lo creo.

—Tú decidiste que le acercáramos los libros de *El río en forma de corazón*. Fue una buena idea.

—Solo sirvió para que jugara a las escondidas con nosotros. Aquí mi trabajo es útil, Juan.

Aunque el contenido de sus palabras no era muy bueno, me gustó que dijera mi nombre.

Desde niña, Catalina trabajaba en las vacaciones con sus padres. Estaba acostumbrada al trajín de la farmacia y le gustaba ayudar a la gente que necesitaba remedios. Yo nunca había trabajado y no podía saber lo que era eso, pero lo imaginé por primera vez esa difícil mañana.

—Está bien —le dije a Catalina.

¿Debía agregar algo más? ¿Decirle, por ejemplo, que ya solo iba a estar cinco días en la casa y necesitaba su ayuda con urgencia para encontrar el libro?

Pensé que si ella no quería acompañarme por diversión, no tenía caso que me acompañara por lástima.

Le di la espalda y caminé hacia la puerta.

Catalina me alcanzó antes de que yo saliera:

—Sigue buscando el libro por tu cuenta. Estoy segura de que lo vas a encontrar.

Entonces comprendí una diferencia entre Catalina y yo: ella tenía un sitio que extrañar si pasaba mucho tiempo en la biblioteca; en cambio, yo solo tenía la biblioteca.

Crucé la calle tan cabizbajo que casi me atropella un taxi. Entré en casa del tío sin volver la vista atrás.

Me propuse encontrar el libro para probarle a Catalina que podía hacer algo decisivo sin su ayuda. Además, no tenía otra cosa que hacer en el poco tiempo que me quedaba en la casa.

—¿Quieres que te ayude, sobrino? —el tío se acercó con una libreta, dispuesto a anotar los títulos de los libros a medida que los revisaba.

Había sido tan amable conmigo que no pude rechazar su compañía.

Recorrimos la sección «Motores que no hacen ruido» sin otro resultado que un calambre en mi pierna derecha y una tempestad de estornudos en la nariz del tío, que se había desacostumbrado al polvo de los libros.

Decepcionado, el tío me dijo:

—No soy un lector prínceps. Los libros se dan cuenta. Se necesitan dos para esta búsqueda, pero yo no hago buena pareja.

Con estas palabras se dio por vencido.

En la tarde no tuve ánimos de seguir buscando. Entré en la sección «El pescador y su anzuelo» y un título llamó mi atención: *Los misterios de París*. Era extraño que estuviera en esa parte de la biblioteca, pero ya me había acostumbrado a los caprichosos saltos de los libros.

Cuando empezaron las vacaciones yo odiaba esa ciudad porque mi padre se había ido ahí sin nosotros. Luego, cuando papá habló conmigo, me contó del puente que construía y de lo mucho que me extrañaba, me pareció un sitio menos malo. Ahora comenzaba a interesarme.

Regresé a mi cuarto, abrí el libro y comencé a leer. Contaba muchas historias a la vez, de gente que había sido tremendamente malvada o tremendamente buena. Ahí todo era tremendo. Eso resultó perfecto para alguien abrumado de

problemas. París me pareció como una enredadera de conflictos que podía hacerme olvidar el mío.

Al caer la noche entendí por qué ese libro apasionante estaba en la sección «El pescador y su anzuelo». Era mi carnada y me había pescado. Gracias a él sobreviví a un día que me parecía insoportable.

No paré de leer en toda la noche.

La luz del día me sorprendió con el libro abierto. Luego dormí un par de horas. Bajé por unas galletas y seguí leyendo en la cama. No hice otra cosa en todo el día.

Mientras me metía en todas esas historias ajenas, no dejaba de pensar en Catalina. La gente iba a su farmacia a buscar remedios para enfermedades. El único remedio que a mí me interesaba ahí era la propia Catalina. Como ella no quería estar conmigo, el remedio para su ausencia era viajar a otro mundo, leer historias emocionantes que me ponían la piel de gallina, pero que acababan por hacerme pensar en Catalina. Era como estar en un laberinto, un laberinto emocionante, pero a fin de cuentas un laberinto. Al terminar el libro sentí que conocía París mejor que mi padre.

El tío me visitó en mi cuarto. Puso una cara muy triste, como si llegara a mi entierro.

—No has salido de la cama. ¿Te sientes bien? —preguntó.

—Me siento mejor —le dije, y era verdad.

La gente se metía en la cama para aliviarse de una enfermedad. Eso hice y mi medicina fue la lectura.

A la mañana siguiente ocurrió un milagro. Bueno, ocurrió algo que me pareció un milagro: Catalina tocó el timbre.

—¿Por qué no me explicaste? —fue lo primero que dijo.

—¿Qué?

—Que tu mamá va a venir por ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Carmen fue a la farmacia.

Desvié la vista a mi hermana y ella me dijo:

—La idea no fue mía, fue de Juanito. Es tonto pero a veces se le ocurre algo. Tal vez Andrés habló con él.

Carmen también le había contado cómo sacamos de la casa el libro de tapas

azules. Catalina estaba muy admirada de lo que habíamos hecho y de que no lo hubiéramos presumido.

—Tenemos que encontrar *El libro salvaje* —dijo—, no hay tiempo que perder.

Me encantó su cambio de carácter. Estaba tan emocionado que al entrar a la sección «Motores que no hacen ruido» le di un beso.

Sentí su piel suave, sentí un olor a algo dulce y magnífico, sentí un vacío en el estómago, sentí un cosquilleo en las plantas de los pies, sentí que viajaba a las estrellas, sentí que flotaba, sentí mi corazón y mi sangre y supe que había salido de mi cuerpo y eso me permitía sentir con más fuerza. ¿No es esto mucho sentir después de un beso? Sí, es mucho y me fascinó.

La piel de Catalina sabía a perita de anís. No, sabía a algo mejor: a espuma de perita de anís, o quizá a aire de perita de anís. El caso es que sabía a algo nunca probado y magnífico: sabía a piel. No pude seguir precisando mis sensaciones porque un libro cayó en mi cabeza.

¿Era una casualidad o una seña? ¿Reaccionaban los libros a lo que yo había hecho? ¿Debía darle otro beso a Catalina para hacer la prueba?

Mientras pensaba esto, ella se alejaba rumbo al fondo del cuarto. Me quedé en mi sitio, sin revisar ningún libro, completamente feliz de que Catalina estuviera conmigo y sacrificara su día en la farmacia, donde podía ver tanta gente y enterarse de lo que sucedía en la ciudad.

Las bibliotecas eran sitios apartados y uno podía sentirse solo ahí. ¡Que divertido sería estar en un lugar que fuera mitad biblioteca y mitad farmacia! Un sitio donde uno pudiera conversar, saber lo que pasa en la ciudad y al mismo tiempo pudiera leer. Un sitio donde la imaginación fuera parte de la realidad. Un sitio con remedios para las enfermedades que se curan con pastillas y las que se curan con libros.

Entonces pensé en algo que decidió ese día. La primera vez que *El libro salvaje* se acercó a nosotros, Eufrosia, Carmen, el tío y los gatos estaban en la habitación. Tal vez el libro se acercó porque se sintió rodeado de vida, sintió que no lo íbamos a dejar solo y podíamos adoptarlo.

Pero después no hicimos otra cosa que mandarle señales con libros. Sintió curiosidad con las historias del *El río en forma de corazón,* pero eso no fue suficiente.

Debíamos comunicarle que era uno de nosotros, que no solo formaba parte de la biblioteca, sino que estaba en su casa, con su familia.

Corrí hasta Catalina y le expliqué lo que pensaba sin hacer pausas para respirar. Casi me atraganté.

—No sabía que pudieras decir tantas palabras —sonrió ella y vi mi diente favorito, apenas encimado al de junto—. ¿Qué hacemos? —preguntó.

—Darle la bienvenida a la casa. Espérame aquí.

Caminé hacia la puerta y vi el libro que me cayó encima cuando besé a Catalina. Se llamaba *El hombre que duerme*. Aquel libro había querido despertarme.

Ahora debíamos despertar a *El libro salvaje*.

Carmen llegó al cuarto cargada de peluches, Eufrosia llegó de mal humor porque había dejado un zurcido pendiente, el tío llegó muy intrigado y Dominó, Marfil y Obsidiana llegaron felices de disponer de un tazón de cronopios.

Les pedí a todos que nos acompañaran mientras Catalina y yo buscábamos el libro. No estábamos ahí para cazarlo sino para invitarlo a vivir con nosotros.

Un par de veces creímos ver su lomo blanco, pero no logramos darle alcance. Quizá se trataba de una ilusión de nuestros ojos cansados y ansiosos de atrapar de una vez por todas aquel libro.

El día terminó con sándwiches hechos a toda prisa por Eufrosia, que, la verdad sea dicha, no fueron muy sabrosos.

La cocinera estaba de mal humor. No le gustaba pasar horas y horas junto a libros que no tenía deseos de leer. Tal vez su mal humor fuera contagioso para *El libro salvaje*. Decidí modificar la táctica. Le pedí a Eufrosia que llevara ropa para zurcir y al tío que hiciera un guiso entre los libros. Debíamos vivir del modo que más nos gustara para que el libro nos conociera mejor.

El tío había dicho que Catalina y yo éramos lectores príncipes. Lo que yo pienso es que éramos lectores normales con muchas ganas de encontrar un libro que nos gustara. Haríamos cualquier cosa por llegar a esa historia.

Mientras Carmen jugaba con sus muñecos, Eufrosia arreglaba la ropa y el tío amasaba una pizza en forma de reloj, Catalina y yo revisábamos los estantes.

A veces nos tomábamos de la mano y yo le acariciaba el pelo. Llegó el momento esperado en que ella me dio un beso. Entonces aprendí que a veces dos milagros ocurren al mismo tiempo. Sentí los labios suaves de Catalina mientras Carmen gritaba:

—¡El libro blanco!

Fuimos a la parte del cuarto donde ella jugaba.

—No lo vi yo —dijo Carmen—. Lo vio mi conejo. Tiene muy buena vista. Además es presidente de los peluches.

—¿Dónde está el libro? —le pregunté.

—¿Ahora sí crees que los peluches están vivos?

—¿Eso que tiene que ver con el libro?

—¿Sí crees que mi conejo tiene buena vista? —me preguntó.

—Tu conejo tiene excelente vista —le dije.

—En la tercera repisa, junto al rincón: hace mucho rato que mi conejo lo está viendo —dijo Carmen.

Busqué la tercera repisa.

Ahí estaba.

Sentí la respiración de Catalina en mi nuca, como una brisa suave, y avancé hacia el libro.

Esta vez no se resistió. Toqué el papel rugoso, toqué sus páginas, lo sostuve, era a un tiempo ligero y denso, un libro compacto, agradable.

Tío Tito, Eufrosia, Carmen y los gatos se congregaron alrededor de nosotros. Catalina abrió el libro.

¡Las páginas estaban en blanco! ¡Tanta búsqueda para nada!

Vi el techo, que también estaba en blanco. *El libro salvaje* era un libro vacío.

Entonces percibimos una vibración, como un motor que arranca. El libro temblaba. Parecía que las páginas sentían cosquillas al ser vistas por primera vez. No estaban acostumbradas a ser recorridas con los ojos.

Luego el libro pareció calmarse, como un gato al que le frotan el lomo, aunque nosotros solo lo frotábamos con nuestros ojos, deseosos de leer su historia.

Pero ahí estaban esas páginas blancas como la leche o la nieve. ¿Tenía sentido haber luchado tanto para conseguir una aventura sin letras, una historia sin palabras, un cuento en blanco?

¿Qué debíamos hacer? ¿Agitarlo o apretarlo para que escupiera al fin su mensaje, si es que tenía uno?

Catalina pasó sus dedos sobre las páginas, como si quisiera leer al modo de los ciegos.

—Esperen un poco —dijo el tío, con la voz cortada por la emoción.

Así fue como, de tanto desearlo, las letras se formaron ante nosotros, no poco

a poco, sino en un santiamén. El libro ya estaba escrito, pero necesitaba que fuéramos sus cómplices para mostrarse.

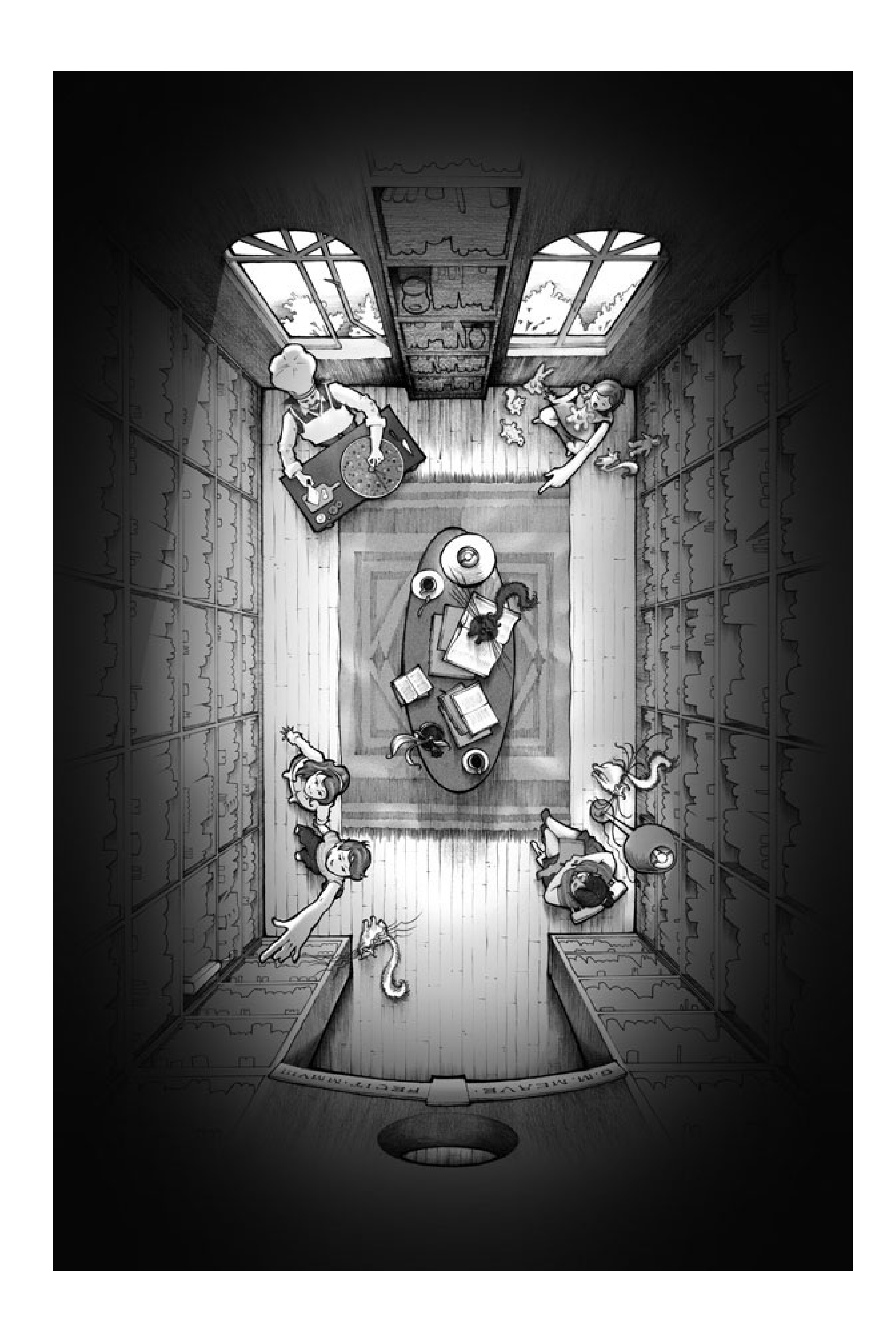
El libro salvaje había viajado sin enseñar su historia y al fin se decidía a abandonar su vida solitaria.

Estaba en su casa.

Nunca olvidaré los días que pasé en casa de tío Tito ni las peripecias que nos llevaron a encontrar ese libro tan especial. A partir de entonces, leí los demás libros como si también los hubiera atrapado y solo a mí me mostraran sus letras.

Al día siguiente de nuestro hallazgo, mamá pasó por nosotros.

Verla fue algo extraordinario. No solo recuperé el rostro que había temido que desapareciera en mi recuerdo, sino que me sentí muy ligero, como si hasta entonces llevara una carga muy pesada de la cual podía al fin despojarme.



El querido Tito se emocionó mucho en la despedida y me dio unos cronopios para el camino. También le dio gusto saber que nuestra nueva casa no quedaba lejos de la suya.

Antes de que saliéramos dijo algo inesperado:

—He aprendido mucho durante tu estancia, sobrino. ¡Ahora hasta tengo ganas de salir a la calle! Los libros mejoran rodeados de vida, es lo que tú me has enseñado. Te iré a visitar, pero no te preocupes por atenderme: llevaré mi propio té de pipa. Viajaré en autobús aunque los demás pasajeros tengan caspa. ¡He roto el cascarón de mi soledad! Me siento como un pollo ilustrado y recién nacido. Tengo canas en vez de plumas, pero no hay pollos perfectos.

Mi tío seguía siendo el pariente más raro y simpático que yo tenía.

Luego me entregó *El libro salvaje*.

—Es tuyo —dijo.

Han pasado muchos años desde que ocurrió esta historia pero no he podio olvidarla. Tampoco la ha olvidado Catalina. Ella siguió trabajando en la farmacia hasta que tuvo edad para casarse conmigo.

Mis padres hicieron sus vidas por separado, pero yo no dejé de ver a ninguno de los dos.

En los momentos de angustia en que me sentí más solo, los libros fueron mis compañeros. Desde entonces han estado conmigo en las buenas y en las malas.

Al fin he contado la historia que guardaba como un secreto. Por cierto, casi me iba de estas páginas sin decir de qué trata *El libro salvaje*.

Hagamos una pausa emocionante en la que está permitido respirar hondo y, si es necesario, comer una galleta para recuperar las energías.

Muy bien, podemos continuar.

Aquel día inolvidable, Catalina, Eufrosia, Carmen, el tío, los gatos, los peluches y yo miramos las páginas en blanco hasta que el libro se decidió a mostrar las peripecias que tenía escritas.

El libro salvaje comienza de esta manera: «Voy a contar lo que ocurrió cuando yo tenía 13 años. Es algo que no he podido olvidar, como si la historia me tuviera tomado del cuello…».

Sí, *El libro salvaje* comienza igual que este libro, pero cada lector le agrega algo distinto.

Has leído la aventura que viví para conseguir la obra que tienes en las

manos.

Lo que sigue, ya depende de ti.

